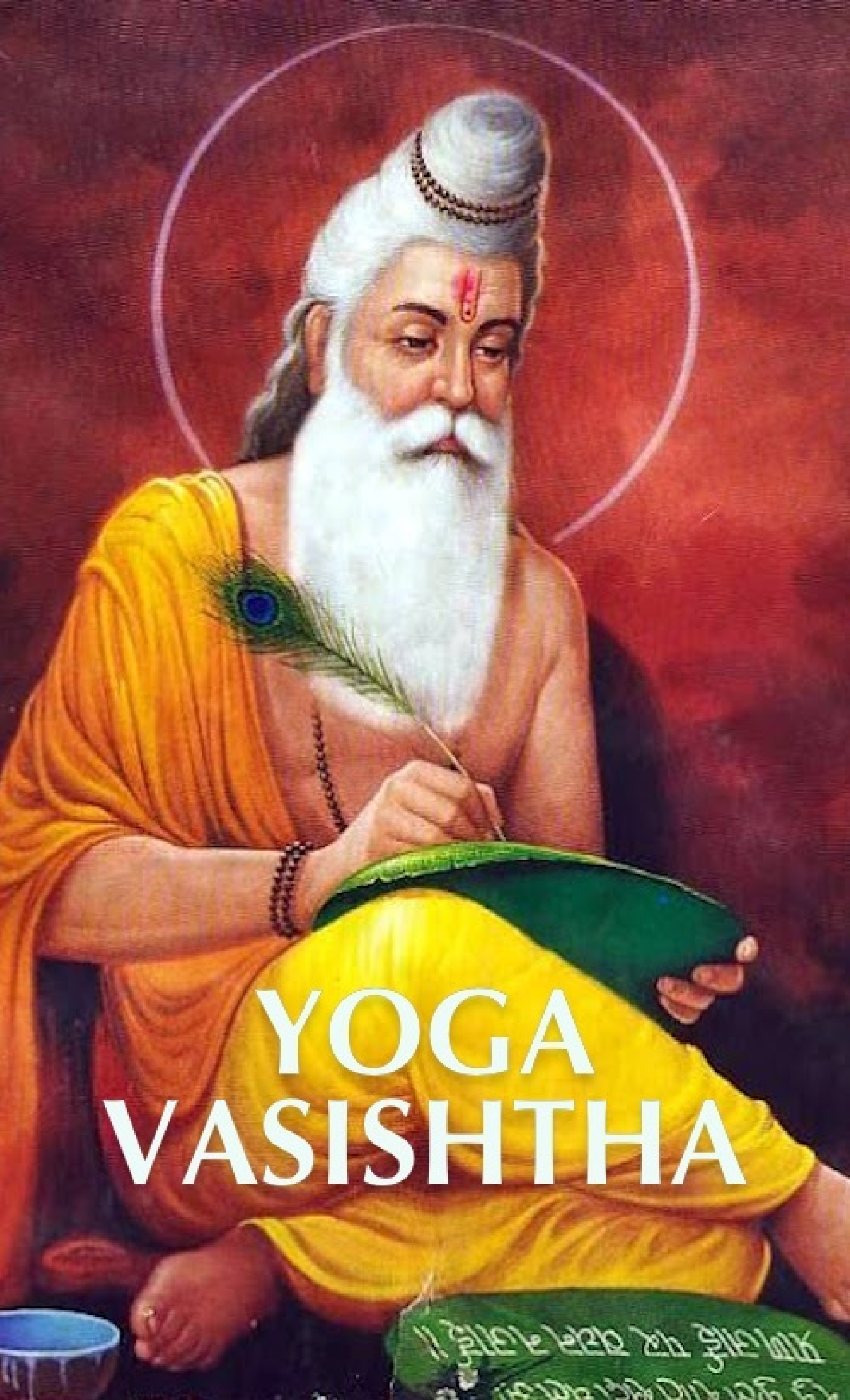




YOGA VASISHTHA

॥ श्रीगणेशाय नमः ॥ श्रीगणेशाय नमः ॥
॥ श्रीगणेशाय नमः ॥ श्रीगणेशाय नमः ॥

Este mundo aparente es una confusión, tal como el color azul del cielo es una mera ilusión óptica. Es mejor ignorarlo que consentir que la mente pierda el tiempo en su contemplación. Pero mientras uno mismo no alcanza la profunda convicción de que este mundo fenoménico es irreal, no puede comprender su naturaleza, ni por ende librarse del sufrimiento.

No existe una división de la consciencia que puede ser llamada mundo. Debes abandonar el concepto de la división por medio de los secretos que te han sido revelados. La vigilia y el sueño sólo son partes de esta creación. La iluminación se caracteriza por la pura luz interior, sin percepción de objetos. La creación del mundo surge de la nada y se disuelve en la nada; su verdadera naturaleza es el vacío, no existe en absoluto. Esta creación parece existir a causa de la falsa autolimitación sin principio, y produce una confusión irresistible.

Lo que no existió en el principio ni existirá al final, tampoco existe en este momento. Esta apariencia objetiva es como un sueño. La verdadera realidad en la que este sueño aparece y desaparece, es la consciencia infinita. En el océano de la ignorancia brota la noción de yo a

causa del poder de la autolimitación, que no tiene origen ni principio alguno. Después, el movimiento de la mente genera otras nociones como 'mío', 'atracción', 'repulsión', etc... Cuando esas nociones se arraigan en nuestra consciencia, somos fácil presa del dolor y de todas las calamidades de la vida.

Profundiza en la paz interior, no en el océano de diversidad. Unos nacen, otros mueren, unos llegan, otros se van, ¿por qué te pierdes en nociones falsas? Si lo único que hay es el ser, ¿dónde puede haber sitio para cosas que aparezcan o desaparezcan? La doctrina que sostiene que Brahman se manifiesta como mundo, igual que una cuerda enrollada se manifiesta como una peligrosa serpiente, sólo se expone para entretenimiento de niños e ignorantes. Los iluminados permanecen firmes en la verdad, que ni siquiera parece ser diferente.

Si deseas poner fin a la ilusión conocida por samsâra, renuncia a toda acción y conviértete en un amante de Brahman.

VALMIKI

Dijo Vasishta: Ahora te impartiré la sabiduría que me fue revelada por el divino creador, el mismísimo *Brahmâ*. Innumerables mundos han sido creados y destruidos desde el origen de los tiempos. En este mismo momento, el número de universos existentes es inconcebible. Todo eso puede ser inmediatamente comprendido en el propio corazón, porque los mundos creados sólo son deseos que brotan en el corazón como castillos en el aire. Los seres vivos evocan esos mundos en su corazón y mientras están vivos permanecen sujetos a la ilusión que ellos mismos imaginan; cuando mueren, evocan otro mundo que reproduce en cierto modo su experiencia anterior, de forma que unos mundos van surgiendo de otros, como las capas de las plantas van naciendo unas sobre otras. Ni el mundo material ni esta forma de creación son verdaderamente reales; sin embargo tanto el vivo como el muerto piensan y sienten que son reales. El engaño sólo se prolonga por la ignorancia de la verdad.

El eterno no se alcanza con ritos y ceremonias, ni con peregrinaciones ni penitencias de ningún tipo. ¡El eterno sólo se alcanza por la conquista de la propia mente!

Todos los seres, sean dioses, demonios u hombres, deben aspirar constantemente a la conquista de la mente y al control de sí mismos, porque éstos son los verdaderos frutos de la sabiduría (*vidyâ*).

Para superar la confusión, debes adorar al Señor que es el maestro del universo. Por ti mismo, no podrías librarte de tu karma negativo que es el férreo lazo que te sujeta a la esclavitud. Hasta que tu mente no se transforme en no mente (*satva*), debes adorar el nombre y la forma. Después podrás contemplar el absoluto. En ese momento, aunque sólo sea por un instante, sujeta el ser con el ser en tu luz interior.

El que por medio del esfuerzo personal y las acciones correctas suplica la gracia del Señor, alcanza el supremo. Los hábitos y las tendencias pasadas son muy poderosos y el propio esfuerzo se revela a veces insuficiente para conseguirlo. Ni los dioses son capaces de hacer frente a lo inevitable. Todos estamos sujetos al orden del mundo (*niyati*) que no admite comprensión ni expresión posible.

El que anhela la liberación debe ocuparse en acciones sin defecto y desistir de todo acto egoísta y malvado. Cuando se abandonan las

características de la mente, se toman las características del infinito. El *jîva* se libera cuando comprende que es el ser que está más allá del cuerpo, los sentidos y la mente, y queda libre de ideas como hago esto o disfruto de esto otro, que le encadenan a las nociones de placer y dolor. Cuando uno comprende y realiza que todos los seres son el ser y que el ser está en todos los seres, y abandona los estados de vigilia, sueño onírico y sueño profundo, permanece para siempre en la consciencia trascendental. Es un estado de felicidad que es consciencia infinita. Inmerso en ese océano de néctar lleno de paz, no contempla diversidad alguna.

Igual que el océano es el substrato de todas las olas que se producen en su superficie, la experiencia directa de la verdad tal cual es, es la base y fundamento de todas las demostraciones. Este substrato es la experiencia consciente de ser al mismo tiempo el perceptor, lo percibido y el acto de percibir. Lo único real es la percepción o experiencia en su conjunto, pero en el estado de ignorancia, esta percepción parece tener un sujeto perceptor y ser, por ende, objetiva. La sabiduría que nace de la autoinvestigación destruye esta ignorancia, y entonces, la

consciencia indivisa brilla con luz propia. A partir de ese momento, hasta la investigación del yo resulta superflua y desaparece con todo lo demás.

El espacio es el vacío en el que aparece la materia, y la mente el vacío en el que aparece el espacio. No es real ni irreal, sino tal como se percibe en los objetos percibidos. El pensamiento es la mente; ambos son idénticos y no hay distinción alguna entre ellos. El ser revestido de un cuerpo mental se conoce como mente, y produce el cuerpo físico material. Ignorancia, samsára, sustancia mental, esclavitud, impureza, oscuridad e inercia, son términos sinónimos. La mente sólo es lo pensado, no existe nada más que lo pensado.

El Supremo Ser sólo puede ser realizado por la sabiduría, y no puede alcanzarse por ningún otro tipo de práctica religiosa. No está cerca ni lejos, sino siempre realizado en nuestro interior, pues es lo que todos sentimos como experiencia de felicidad.

Sin detener el pensamiento, nuestra consciencia no puede abandonar lo pensable. La simple constatación de que el individuo (*jîva*)

está sumergido en este *samsâra*, no es de gran utilidad. Sólo cuando vemos al Ser Supremo por nosotros mismos, el sufrimiento llega a su fin.

El Señor es la consciencia cósmica en la que el universo deja de existir cuando la relación sujeto-objeto ha cesado de manifestarse. Es un vacío en el que el universo parece existir, firme y compacto como una montaña inexpugnable.

El Señor sólo puede ser realizado cuando uno se convence definitivamente de la irrealdad del mundo, como estamos convencidos de que el color azul del cielo sólo es aparente y no real. El dualismo presupone la unidad y el no dualismo sugiere el dualismo. El Señor sólo es realizado cuando comprendemos que la creación es completamente inexistente.

En las joyas, sólo hay oro, en las olas sólo agua, en el aire sólo movimiento, en el espacio sólo vacuidad, y nada más que eso. Pues bien, considerándolo en el mismo sentido, aquí no hay mundo, sólo *Brahman*.

Cuando el infinito se estremece, los mundos parecen nacer, cuando deja de vibrar y queda quieto, los mundos parecen sumergirse en la nada. Cuando una antorcha gira velozmente parece formar un círculo de fuego, pero cuando

la mantenemos quieta, el círculo se desvanece. En vibración o en reposo, el infinito es siempre idéntico, el mismo en todas partes. Mientras no comprendemos esta sencilla verdad, somos víctimas de la ilusión; cuando la realizamos, se desvanecen todos nuestros anhelos y con ellos, nuestra angustia injustificada y estéril.

El absoluto es inmaterial y las fuentes materiales de luz, como el sol abrasador y el fuego temible, no pueden iluminarlo, pues es autoluminoso y no oscuro e inerte como la materia. Este absoluto no puede ser realizado ni experimentado por ningún otro ser; sólo puede experimentarse a sí mismo.

Reflexiona sobre esto: ¿Hay una pulseridad en la pulsera de oro o no es nada más que oro? ¿Lo que llamamos cielo es diferente al vacío? Pues tampoco hay una cosa llamada mundo, como algo independiente del *Brahman* absoluto. Lo que llamamos mundo es inseparable de *Brahman* como la frialdad es inseparable del hielo.

Cuando nace el sentimiento del ego o *ahamkâra*, aunque él mismo no es distinto a la consciencia, concibe ideas separadas de los

diversos elementos que componen el universo, y en la unidad nace la diversidad. Debes renunciar incluso a la idea de *jîva* como algo separado y causado. Cuando todas las ideas han desaparecido y la mente está totalmente quieta, comprendes que la verdad se encuentra a medio camino entre lo real y lo irreal. ¡Nosotros no podemos saber lo que es real y lo que es irreal, porque la realidad que concedemos a las cosas es una proyección de nuestra mente, completamente irreal! Como un hombre es indiscernible de su vida y sus obras, que sólo son la expresión dinámica del propio hombre, el *jîva* y la mente sólo son vibraciones de la consciencia, que no es cognoscible y cuando quiere conocerse a sí misma, se conoce como mundo. Esa consciencia es también la que piensa que no puede ser herida, ni quemada, ni mojada, ni secada; porque es eterna, omnipresente, invariable e inmóvil. Ésta es la verdad. A la gente le gusta confundir a los demás con complicados argumentos, tal vez porque se siente tan confundida como ellos. Pero nosotros debemos superar esa confusión. La gente ignorante y estúpida imagina cambios en lo invariable: pero en la visión de los sabios que poseen el conocimiento del ser, la consciencia no

sufre cambio alguno.

Pensar sólo en eso, hablar únicamente de eso, dedicarse completamente a eso; eso es lo que el sabio entiende por *abhyâsa* o práctica intensa y absorbente. Cuando nuestra mente está saturada de belleza y de bondad, alcanzamos una visión ecuánime y no sentimos pasión por los deleites sensuales; eso es *abhyâsa*. Cuando estamos firmemente convencidos de que este universo no ha sido creado jamás y por lo tanto no existe como tal, no brotan en nuestra mente pensamientos como “Esto es el mundo, éste soy yo”; eso es *abhyâsa*. En ese momento no sentimos ninguna atracción o repulsión por nada. Pero debes tener en cuenta que la superación de la atracción y la repulsión por un esfuerzo de la voluntad, todavía no es verdadera sabiduría, sino mera fuerza de voluntad.

La consciencia infinita aparece en cada lugar como una cosa diferente por su propio poder o *shakti*. No hay separación entre esta consciencia y su poder, entre *Brahman* y su *Shakti*, como no hay distinción esencial entre las olas y el agua o entre el cuerpo y sus miembros. Esa separación sólo es percibida por los ignorantes.

En el espejo de la consciencia infinita se ven innumerables reflejos, que son los *jîvas* de este mundo ilusorio. Cada *jîva* es como una breve agitación sobre la superficie del océano de *Brahman*, o como el imperceptible movimiento de la llama de una vela en una habitación sin corrientes de aire. En esta leve agitación se oculta la infinitud de la consciencia, que parece surgir como consciencia limitada en el interior de la consciencia infinita. Y esa maravillosa e incomprensible limitación de la consciencia es lo que conocemos como individuo o *jîva*.

Cuando la mente percibe la dualidad, la dualidad existe, y también su contrario, que es la unidad. Cuando la mente olvida esta percepción de dualidad, ya no hay dualidad ni unidad de ningún tipo. Cuando uno está firmemente convencido de la unidad de la consciencia, permanece quieto en el ser, ya esté inactivo u ocupado en cualquier trabajo. Este estado supremo también se conoce como estado de no ser, o estado de conocimiento del vacío.

La percepción del mundo objetivo es el estado de vigilia, la percepción del ego es el estado onírico, la sustancia mental en reposo es el estado de sueño profundo, y la consciencia

pura es el estado llamado *turîya*, o cuarto estado, que es la verdad sin contradicciones. Todavía más allá de este cuarto estado, se halla la consciencia en estado absolutamente puro que conocemos como *turîyâtita*, o más allá del cuarto. El que se establece en este estado ha vencido totalmente a la muerte.

Lo que parece existir no es más que un truco de *Mâyâ*, que produce la división de la consciencia en sujeto y objeto. Es tan real como una ciudad soñada, es decir no es real ni irreal, sino una prolongada ilusión, un largo sueño. La asunción de esta división del sujeto y el objeto es la que produce la diversidad objetiva, desde el creador *Brahmâ* al más miserable de los gusanos. Del mismo modo que las diversas características del árbol adulto están ya en la minúscula semilla que le da la vida, la aparente diversidad del mundo objetivo existe eternamente en el ser, si bien sólo como consciencia.

La mente es el único creador del mundo y la persona suprema. Lo que la mente hace es lo que llamamos acción, pues el cuerpo no actúa por sí solo. El que tiene su consciencia extrovertida experimenta placer y dolor, en cambio el yogui, cuya visión está introvertida, no alimenta ideas

de placer o dolor.

Lo que surge en la consciencia de cada cual es lo que parece existir, desarrollarse y producir sus frutos. Ése es el poder de la mente. Igual que los hijos de aquel santo varón consiguieron crear el mundo por el poder de su mente, yo lo he conseguido de la misma forma. Es la mente la que hace que todas las cosas aparezcan. Produce la ilusión del cuerpo y de todo lo demás. Sólo ella y nadie más que ella es consciente del cuerpo.

Cuando no se percibe la razón de esta ilusoria división del sujeto y el objeto, surge el falso sentimiento del ego. Pero cuando la mente indaga la naturaleza de ese ego, aquella división desaparece, se produce la realización de la consciencia infinita y alcanzamos una gran felicidad.

Mientras el *Brahman* indiferenciado penetra todas las cosas, todo se halla en ese estado indiferenciado o no manifestado (*avyakta*). Cuando por su propia voluntad se condensa, nace la mente cósmica. En esta mente surge la intención de existencia de los elementos sutiles, que es el ser cósmico conocido por Brahmâ, el

Creador. Por tanto, este Creador no es otro que la mente cósmica.

Todos los objetos y substancias de este universo han surgido del absoluto *Brahman*, como las olas han surgido necesariamente del agua que las penetra y envuelve. En este universo increado, la mente del creador *Brahmâ* se percibe a sí misma como el sentimiento del ego o *ahamkâra*, y en ese punto la mente cósmica se convierte en creadora del universo. El poder de esta mente cósmica se manifiesta como las distintas fuerzas del universo. En esta mente se manifiesta un número infinito de criaturas diversas que son conocidas como los distintos individuos o *jîvas*.

La mente es sólo percepción y la percepción es un movimiento en la consciencia. La expresión de ese movimiento es la acción, que produce placer o dolor. La mente es un deseo que brota en la consciencia omnipotente e infinita. No es real ni irreal, aunque puede parecer ambas cosas, y su función es captar, percibir, comprender. Aunque no es distinta a la consciencia, cree serlo; aunque no actúa, cree actuar. El *jîva* y la mente son inseparables o, por mejor decir, idénticos.

Cuando la mente piensa una cosa, sea la que fuere, los órganos de acción se esfuerzan por conseguirlo, porque la mente, como hemos dicho antes, sólo es acción. Mente, intelecto, ego, consciencia individualizada, acción, fantasía, nacimiento y muerte, tendencias latentes, esfuerzo, memoria, sentidos, naturaleza, *Mâyâ* y todo este tipo de términos que se refieren a la mente, sólo son palabras carentes de realidad: la única realidad es la consciencia infinita en la cual concebimos que existen todos esos conceptos. Todas ellas brotan cuando la consciencia se ve a sí misma, en un momentáneo autolvido, como objeto de percepción.

Cuando, velada por la ignorancia, la consciencia se ve a sí misma en estado de agitación e interpreta sus propias perturbaciones como objetos que existen fuera de ella, se conoce a sí misma como *manas* o mente. Cuando fija su atención sobre una percepción determinada, se conoce como *buddhi* o intelecto, con su facultad esencial de determinar o comprender. Cuando, en el colmo de la ignorancia y la locura, se identifica a sí misma con un objeto concreto y existente, se conoce como *ahamkâra* o ego. Cuando abandona la investigación adecuada y se

pone a jugar con el torrente de pensamientos que surgen y desaparecen sin cesar, se llama *chitta* o substancia mental.

Hay tres *âkâshas* o espacios de consciencia: el espacio infinito de la consciencia indivisa o *chidâkâsha*, el espacio finito de la consciencia dividida o *chittâkâsha*, y el espacio físico en el que existen los objetos materiales o *bhûtâkâsha*. El *chidâkâsha* existe en todas partes como el testigo puro de lo real y de lo ilusorio. El *cittâkâsha* crea las divisiones temporales, y es en sentido estricto el espacio de la mente. El *bhûtâkâsha* es el espacio en el que existen los elementos (aire, agua, tierra, etc...) y los objetos materiales. Los dos últimos no existen con independencia del primero y esta división de la consciencia en tres partes se propone solamente para facilitar la instrucción del ignorante. El iluminado sabe que sólo hay una realidad, la consciencia infinita o *Chit* y un espacio, el *chidâkâsha*, en el que esa consciencia se mueve sin moverse.

Sólo un loco se deja confundir por sus propias ideas; sólo un loco piensa que lo imperecedero es perecedero, pero se engaña. El ego sólo es una idea basada en la falsa asociación

del ser con los elementos físicos. Si lo único que existe es la consciencia, ¿cómo puede nacer eso que llamamos ego? De hecho, ese ego que es un mero sentimiento o *ahamkâra*, existe como un espejismo en el desierto. En consecuencia, debes abandonar tu errónea visión del mundo que no está basada en hechos y mantener la visión perfecta que se fundamenta en la verdad y posee la naturaleza de la felicidad.

Investiga la naturaleza de la verdad y huye del error. Si eres eternamente libre, ¿por qué te sientes angustiado y temeroso por la muerte? El ser es infinito; ¿por qué, cómo y por quién puede ser esclavizado? En el ser no hay división alguna, porque el absoluto *Brahman* lo abarca todo. Entonces, ¿qué es lo que llamamos esclavitud y liberación? En el estado de ignorancia piensas que estás triste aunque de hecho no puedes ser tocado por la tristeza. En el ser no existe tristeza como no existe sorpresa ni entusiasmo.

Deja que el cuerpo perezca, o se levante, o se vaya a otro universo; no te preocupes por ello. Si no estás limitado por el cuerpo, ¿cómo pueden afectarte todos esos cambios? La relación entre el cuerpo y el ser es como la que existe entre la

nube y el viento, o entre el loto y la abeja. Cuando la nube se dispersa, el viento se hace uno con el espacio. Cuando el loto se marchita, la abeja se va volando a otra flor. El ser no es destruido cuando el cuerpo muere. La propia mente no desaparece hasta que se consume en el fuego del autoconocimiento, pero el ser jamás es consumido. La muerte sólo es la ocultación del omnipresente ser por el tiempo y el espacio. Sólo los locos temen a la muerte.

Abandona tus tendencias latentes como un pájaro que desea ver el cielo rompe el huevo que le encierra y sale volando. Nacidas de la ignorancia, estas *vâsanâs* son muy difíciles de destruir y provocan un sufrimiento sin fin. Son estas tendencias autolimitadoras de la mente las que nos hacen ver finito el infinito. Pero igual que el sol despeja la bruma matinal, la investigación de la naturaleza del ser despeja la ignorancia. El mero deseo de emprender esta investigación ya es capaz de producir un cambio. Las penitencias y otras mortificaciones de este tipo no tienen ninguna utilidad en este caso. Cuando la mente se purifica de su pasado por medio de la sabiduría, abandona sus *vâsanâs* y sólo busca el ser para disolverse en su seno. Ésa

es la meta suprema. Pon todo tu esfuerzo en conseguirla.

Abandona tu dependencia del destino o de los dioses imaginados por la gente ignorante, y consigue una mente sin mente por el esfuerzo de la investigación del yo. Deja que la consciencia infinita se trague a la mente finita y llegarás más allá de todas las cosas. Con tu mente unida al supremo, conocerás el ser imperecedero.

La mente se dirige rápidamente hacia cualquier objeto que considera meta de sus anhelos. La causa de su movimiento nos resulta a veces incomprensible, como las olas en la superficie del mar aparecen unas veces aquí y otras allá sin que sepamos claramente su causa. Este incansable movimiento es consubstancial a la mente, como el frío es inseparable del hielo. Puedes estar seguro de que sin esa conmoción, no hay mente; la inquietud o conmoción interior es la verdadera naturaleza de la mente. El resultado de esta conmoción mental que se produce en la consciencia infinita, es lo que aparece como mundo: en eso consiste precisamente el poder de la mente. Pero cuando la mente es despojada de todo movimiento, podemos considerarla una mente muerta; y ésta es

la penitencia o tapasya de la que hablan las escrituras y la liberación misma que conocemos por *moksha*.

Cuando la mente se absorbe en la consciencia infinita, se produce una paz suprema; mientras la mente está sumergida en los pensamientos reina un gran dolor. La inquietud de la mente es conocida por *avidyâ* o ignorancia, la base de todas las tendencias y condicionamientos mentales. Libérate de esta inquietud mental por medio de la investigación llamada *vichâra* o por el decidido abandono de los objetos sensibles o *vairâgya*.

La mente oscila como un péndulo entre la realidad y la ilusión, entre la consciencia y la materia. Cuando contempla los objetos inertes durante mucho tiempo, asume la característica de la inercia. Pero cuando se dedica con tenacidad a la investigación y a la sabiduría, abandona todo condicionamiento y recupera su naturaleza original de consciencia pura. La mente toma la forma de lo que contempla; si contemplas con decisión el estado que está más allá del sufrimiento, te sentirás libre de toda duda. La mente tiene que controlarse a sí misma: nadie es capaz de hacerlo en su lugar.

Si sólo existe el uno, ¿quiénes el que actúa y qué puede hacer? Si tú no eres realmente el agente, ¿por qué asumes esa actividad? Pero tampoco permanezcas inactivo, porque ¿qué se consigue sin hacer nada? Lo que tiene que hacerse, debe ser hecho. Por tanto, si permaneces desapegado de los frutos de la acción mientras realizas tus acciones naturales, realmente no actúas; si ni siquiera te sientes apegado a la inacción misma, entonces es cuando te conviertes realmente en el verdadero agente, el ser, que todo lo hace, sin hacer nada en absoluto. Si todo este mundo es como el truco de un mago, ¿qué se puede conseguir o que hay que rechazar?

Todo lo que existe, desde el creador *Brahmâ* hasta una hoja de hierba, es el ser; la ignorancia también es ser o en caso contrario, es irreal e inexistente. No hay ni siquiera una segunda cosa que podamos llamar mente. En el mismo ser se encuentra el velo o *môha*, que crea la polarización del sujeto y el objeto, y en ese momento la consciencia infinita aparece como mente. Ese velo es un pensamiento, una intención, una idea en la consciencia infinita, pero también es el ser, pues en caso contrario no podría producir ningún efecto. La mente nace de

este deseo de pensar objetivamente y sólo puede desaparecer con la ayuda del pensamiento contrario que pone fin a aquella idea de pensar.

La firme convicción de que no somos *Brahman*, ciega nuestra mente y sólo puede superarse por la no menos firme convicción de que todo es *Brahman*. Los pensamientos producen la esclavitud y su superación es lo que llamamos *moksha* o liberación. En consecuencia, líbrate de ellos y haz todo lo que tienes que hacer sin premeditación alguna.

El ser confundido por la ignorancia imagina una existencia individual egoísta, como si el oro, olvidando su naturaleza, creyera que sólo es un anillo y llorara desconsolado: ¡Qué desgracia, he perdido mi naturaleza de oro!

Las nociones de cerca y lejos, un momento o una eternidad, son todas ellas alucinaciones; en la ignorancia, lo real parece irreal y lo irreal parece real. La consciencia individualizada percibe lo que cree percibir, a causa de sus tendencias mentales. Cuando a causa de esta ignorancia brota la noción de ego, en ese mismo momento surge la ilusión del mundo objetivo con un principio, un medio y un fin. El que está engañado por esta ilusión, piensa que es un

hombre o un animal y lo experimenta al momento. Todo eso sucede a causa de una coincidencia accidental: igual que un cuervo que sale volando de una palmera y, al mismo tiempo, cae un fruto de ese árbol como si el cuervo lo hubiera arrojado. De modo semejante, por pura coincidencia interna de la mente, lo irreal parece real en el estado de ignorancia.

Entre la visión y lo visto hay una relación que se conoce como el que ve; eso es la mente, el ego. Cuando la división entre el que ve, la visión y lo visto es abolida, eso es *âtman*, el ser.

Cuando las tendencias mentales son superadas y la mente se halla en perfecta tranquilidad, la ilusión que engaña al ignorante toca a su fin. Mientras la ilusión de *Mâyâ* no es claramente comprendida, se siente como una ilusión; pero cuando se la comprende en profundidad, se ve como consciencia, y se transforma en la mayor fuente de felicidad, la realización del *Brahman* absoluto. Sólo hablamos del ser, de *âtman*, de *Brahman*, y de todas estos nombres, por motivos didácticos, pero en realidad sólo existe la consciencia pura y no el ser encarnado. Lo conozcas o no lo conozcas, es lo único que existe. Todas las

desgracias que vemos en este mundo corresponden al cuerpo; el ser, *âtman*, que no tiene relación con los sentidos, no es afectado por sufrimiento alguno. En el ser no hay deseos; el mundo aparece en él sin deseo ni intención alguna por su parte. Por medio de estas enseñanzas debes superar la falsa noción de creación y de existencia objetiva. Tu consciencia, desprovista de todo dualismo, se ha purificado por completo.

Los que dicen que después de la disolución cósmica, este universo existe en forma de semilla o estado germinal, tienen una fe tremenda en la realidad del universo. Eso es pura ignorancia. Es una opinión totalmente falsa que engaña por igual al maestro y al discípulo. La semilla de una planta contiene el árbol futuro, porque tanto la semilla como el árbol son objetos materiales que pueden ser aprehendidos por los sentidos y por la mente. Pero, lo que está más allá de la mente y de los sentidos, ¿cómo puede ser la semilla de mundos futuros? En lo que es más sutil que el espacio, ¿cómo puede existir la semilla del universo? ¿Cómo podría el universo surgir del ser supremo?

¿Cómo puede brotar algo de la nada? Y si

hay algo llamado universo en su interior, en estado germinal, ¿por qué no puede ser visto? ¿Cómo pueden dos cosas contrarias, *Brahman* y el universo, coexistir? ¿Puede haber oscuridad en el sol? Es adecuado decir que el árbol existe en la semilla, porque ambos tienen formas determinadas, pero es imposible afirmar que en *Brahman* existe una forma cósmica objetiva, porque *Brahman* carece de forma. Por consiguiente, aceptar que hay una relación causal entre *Brahman* y el mundo, es una estupidez; la verdad es que sólo existe *Brahman* y lo que parece ser mundo no es algo diferente a *Brahman*.

La única manera de cruzar el colosal océano de la apariencia objetiva es el dominio eficaz de los sentidos. Ningún otro esfuerzo sirve para nada. Cuando uno posee la sabiduría conseguida por el estudio de las escrituras y la compañía de los sabios y tiene sus sentidos bajo control, comprende perfectamente la completa inexistencia de todos los objetos de la percepción.

Todo esto no es más que mente, y cuando esto se comprende, la magia de la ilusión objetiva desaparece por completo. Esta mente,

con su facultad de pensar, produce lo que conocemos como cuerpo; si la mente no funciona, no vemos cuerpo alguno. Por tanto, la curación de la enfermedad mental conocida como percepción objetiva, es el mejor de los tratamientos posibles. La mente crea la ilusión, y produce las ideas de nacimiento y muerte, y como directo resultado de sus propios pensamientos, se siente liberada o esclavizada por ellos.

El árbol que hay en la semilla se desarrolla después de romper la semilla, pero *Brahman* crea este mundo sin destruirse ni modificarse a sí mismo. El árbol (el mundo) se manifiesta, aunque la semilla (*Brahman*) sigue siendo lo que es. Por tanto es imposible comparar al incomparable *Brahman* con ninguna otra cosa. Mientras los árboles y todo lo demás, son sustancias materiales determinadas, *Brahman* es sin forma y sin nombre. No podemos proponer nada con respecto a *Brahman*: no es posible decir que es esto o aquello, ni que no lo es.

Cuando el ser se ve como un objeto, el espectador no puede verse como tal; mientras el universo objetivo es percibido, no podemos comprender el ser. Cuando ves un espejismo

como si fuera agua, no estás percibiendo el aire caliente que produce el espejismo, y cuando te das cuenta del aire caliente, no ves el agua ilusoria del espejismo. Cuando lo uno es verdadero, lo otro no lo es, y viceversa.

Los ojos que perciben los objetos del mundo, no pueden verse a sí mismos. En tanto que uno mantiene la idea de la objetividad, el ser no puede ser comprendido. Brahman es puro y sutil como el espacio. No puede ser comprendido con ningún tipo de esfuerzo. Mientras vemos lo perceptible con el sentimiento interno de que son objetos de percepción y nos vemos a nosotros mismos como un espectador o sujeto separado de aquello, estamos muy lejos de comprender a *Brahman*.

Solamente cuando la división entre el que ve y lo visto desaparece y ambos se ven como una única substancia, se conoce la verdad. La naturaleza del objeto no es diferente a la del sujeto, ni el sujeto, que es el ser, puede verse como si fuera un objeto. De hecho, el sujeto, aunque es *âtman*, sólo aparece en la percepción como objeto, y el objeto que aparece en nuestra percepción no es otra cosa que *âtman*, el ser mismo. Si el ser es todo lo que percibimos, es

obvio que no puede ser también el sujeto perceptor. En la percepción no existe la errónea división del sujeto y el objeto.

Si uno se aproxima en la obscuridad a la jaula de un león, aunque esté vacía, siente miedo. Igualmente, por ignorancia, uno cree que está prisionero de este cuerpo vacío. Las ideas de yo y mundo sólo son sombras, no se corresponden con algo real. Tales ideas crean unos objetos que no son verdaderos ni falsos. Una madre que se considera a sí misma un ama de llaves, se comporta como tal; una mujer que se considera a sí misma madre de su marido, actúa en consecuencia. ¡Abandona las ideas de yo y mundo y permanece firme en la verdad!

Para el ignorante, este cuerpo es una fuente de sufrimientos; para el iluminado, una fuente de infinito deleite. Mientras existe el cuerpo, el sabio extrae de él un gran placer y la dicha de la iluminación, y cuando el tiempo de vida toca a su fin, no lo considera en absoluto como una pérdida. Para el iluminado el cuerpo es una fuente de deleite infinito. Y puesto que le transporta a través de este mundo en el cual se mueve libremente lleno de dicha, considera el cuerpo como un vehículo de sabiduría. Puesto

que por medio del cuerpo el sabio obtiene las experiencias sensibles y consigue la amistad y el afecto de la gente, ese cuerpo es para él una fuente de placer. El iluminado reina en la ciudad que conocemos como cuerpo, tan felizmente como *Indra*, el rey de los dioses, reina en el cielo.

Los que están firmemente establecidos en la liberación, como indican las escrituras, cruzan con toda seguridad este océano de apariencias objetivas como la consciencia fluye hacia el ser. Sin embargo, los que permanecen presos en las redes de las polémicas y las argumentaciones verbales, pierden su joya más valiosa.

¿Qué queda del hombre más ambicioso sino un puñado de cenizas? El que considera el mundo tan valioso como una brizna de hierba, nunca está apenado. El que ha comprendido perfectamente el infinito, está protegido por las deidades cósmicas. No debemos dar un solo paso por el camino equivocado ni siquiera en tiempos de gran angustia. Sólo puede considerarse un verdadero ser humano el que no se complace con su propia virtud, sigue practicando las enseñanzas que ha escuchado y se esfuerza constantemente por recorrer el sendero de la

verdad; los demás sólo son animales con forma humana. El que se siente satisfecho con el dulce sabor de la bondad es la morada del señor *Hari*, que reside en este océano de leche.

Lo que se debe disfrutar ya ha sido disfrutado, lo que se debe ver ya ha sido visto: ¿qué otra cosa puede buscar un sabio en este mundo? Debemos limitarnos a hacer lo que es debido, conforme a las escrituras, abandonando todo deseo de placer personal. Reverencia y honra a los santos porque ellos te salvarán de la muerte.

La riqueza es la madre de todos los males. Los placeres sensibles son fuente del dolor; la desgracia es mejor consejera. Rechazar todo esto es la victoria. El honor y las nobles cualidades florecen y producen al que es amante de la soledad y al que no anhela los placeres de este mundo que sólo conducen al sufrimiento.

El sentimiento de ser uno con el universo, que es la comprensión de los iluminados, es también la más elevada forma de egoidad. Otro tipo positivo de egoidad es cuando uno siente que el yo es extremadamente sutil y totalmente diferente al resto de los objetos del universo; esto también puede derivar hacia lo no objetivable y

conducir a la liberación. Pero la torpe y primitiva egoidad que identifica el ser con el cuerpo, debe ser radicalmente abandonada. Por el constante cultivo de la más elevada forma de egoidad, se desarraigan sus formas inferiores.

Este universo existe en la infinita consciencia como las olas futuras existen en el océano en calma; sin una diferencia real, sino una potencialidad o diferencia aparente. La consciencia infinita es inmanifestada y omnipresente, como el espacio, que existe en todas partes y no puede verse en ninguna. Igual que la reflexión de un objeto en un cristal no puede decirse que sea algo real ni completamente irreal, tampoco podemos afirmar que este universo que se refleja en la consciencia infinita sea real ni irreal en estricto sentido. Como el espacio no es afectado por las nubes que flotan en él, esta consciencia infinita no resulta manchada, ni siquiera tocada, por el universo que se manifiesta en ella. Como la luz no es vista sin un cuerpo que la refracte, la consciencia infinita se manifiesta por medio de innumerables cuerpos. Carece esencialmente de nombre y de forma, pero todo nombre y toda forma se predicen de sus reflexiones.

La consciencia que se refleja en la consciencia resplandece como consciencia, pero el ignorante, que se considera sabio y racional, piensa que él mismo existe como algo distinto a su propia consciencia. Para el ignorante esta consciencia aparece como el temible mundo objetivo; para el sabio esta misma consciencia aparece sólo como ser. Es la consciencia es el experimentar puro; gracias a ella brilla el sol y todas las cosas disfrutan de vida en este mundo.

Esta consciencia no ha sido creada, ni puede perecer. Es eterna y el mundo objetivo se superpone a ella como las olas sobre la superficie del océano. En esta consciencia, que se refleja sobre sí misma, surge la idea yo soy y el mundo es, que producen esta completa diversidad objetiva. Como espacio, la consciencia permite crecer a las semillas en su seno, como aire, estimula su crecimiento, como agua, las alimenta, como tierra, las sostiene, y como luz, manifiesta su nueva vida. La consciencia se manifiesta en el tiempo como el fruto de sí misma.

Este mundo objetivo aparece y desaparece como la verdadera naturaleza de la consciencia infinita. Puesto que no es diferente de la

consciencia, el mundo tiene una mutua relación causal con ella: brota en ella, existe en ella y es absorbido finalmente en ella. Aunque no está agitada, como las profundidades del océano, aparece agitada cuando las olas surgen en su superficie. Igual que el que está borracho se ve a sí mismo como otra persona, la consciencia, al hacerse consciente de sí misma, se considera distinta a lo que en realidad es.

Este ser, el *Brahman* supremo que penetra todas las cosas, es quien permite que seas consciente del sonido, del gusto, de la forma y de la fragancia. Es trascendente y omnipotente, puro y no dual. En él no hay ninguna idea de otro. Las diversidades de existencia y no existencia, del bien y del mal, son estúpidamente imaginadas por los ignorantes. Es indiferente suponer que esa imaginación se basa en el ser o en el no ser.

El sentimiento de ser el agente responsable de la acción produce al mismo tiempo felicidad e infelicidad. Puesto que separa el sujeto del objeto, puede conducir al estado de yoga o unión, pero es ficticia a los ojos del sabio, aunque para el ignorante sea real. ¿Pero de dónde surge esa idea? Brota de la mente cuando se esfuerza por conseguir algo espoleada por las tendencias

latentes; la acción resultante se atribuye entonces a uno mismo. Cuando la acción produce una experiencia placentera, en la mente surge la idea de estar disfrutando. Pero ambas ideas son realmente dos caras de la misma moneda.

Tanto si uno actúa como si no actúa, si está en el cielo o en el infierno, lo que la mente experimenta son las tendencias psicológicas. Cuando se conoce esta verdad, el condicionamiento se debilita y desde ese momento el hombre sabio, aunque actúe, no se implica en el resultado de tales acciones. Deja que las acciones se sucedan en su vida sin apegarse a ellas, y las considera iguales a su propio ser sean cuales fueren sus resultados. Pero ésta no es la actitud del ignorante que está inmerso en los estados mentales.

En consecuencia, debes comprender este ser o consciencia infinita que penetra y trasciende lo real y lo irreal: y a partir de ahí no aferres ni rechaces lo que está dentro o fuera. El sabio establecido en el autoconocimiento está libre de todo tipo de atracciones y repulsiones, como el espacio, que está totalmente libre de mancha por lo que ocurre en su seno.

Vive como los sabios que se conocen a sí

mismos y no emprenden ni rechazan ninguna acción en este mundo. Tu también has alcanzado ese autoconocimiento y estás en paz.

La esclavitud sólo es la esclavitud implícita en esos pensamientos; la liberación es la liberación de esos mismos pensamientos. Desembarázate de todas las ideas, incluso de la idea de liberación. Por el cultivo de las buenas cualidades como la amistad o la caridad, líbrate en primer lugar de las nociones más toscas y materiales. Luego, deshazte de la cualidad de la amistad aunque continúes siendo amistoso y amable con todos. Deshazte de todos los deseos y contempla la naturaleza como la consciencia cósmica. Incluso ella pertenece a la esfera del pensamiento y, en su momento, también tendrás que librarte de ella. Cuando te hayas despojado de todas las ideas, observa lo que queda y pon toda tu atención en ello. Y deshazte también de la idea del que renuncia a esas ideas. Cuando ya ha cesado incluso la idea del ego, serás como el espacio infinito. El que renuncia a todas las cosas de corazón es sin duda el Señor Supremo, ya continúe viviendo una existencia activa o permanezca todo el tiempo en contemplación. Ni la acción ni la inactividad le sirven de nada. He

examinado todas las escrituras y he investigado profundamente la verdad; no hay salvación posible sin la renunciación total a todas las ideas y condicionamientos mentales.

Resuelve de una vez la confusión entre el cuerpo y el ser, y lograrás la paz definitiva. Como una pepita de oro que cae en el fango, no se estropea por la suciedad, el ser no puede ser manchado por el cuerpo aunque permanezca mil años aparentemente unido a él. Con los brazos levantados proclamo: El ser es una cosa y el cuerpo otra muy distinta, tan diferentes como el agua y el loto. ¡Pero nadie me escucha! En tanto que la mente inerte e inconsciente persiga la búsqueda del placer, la oscuridad del mundo objetivo no puede ser despejada. Pero en el momento en que uno despierta de este sueño y se pregunta por la naturaleza del ser, esa penumbra se desvanece de inmediato. Por consiguiente, debemos preocuparnos constantemente de despertar la mente que habita en el cuerpo para poder superar el proceso de las reencarnaciones, porque tales transformaciones están cargadas de dolor.

El ser y el mundo no son idénticos pero tampoco son diferentes: la dualidad no existe. El

mundo sólo es la reflexión de la verdad. Lo único que existe es *Brahmân*. Pensar que somos algo diferente a él, es pura fantasía: ¡deshazte de ella para siempre! El ser se percibe a sí mismo en sí mismo como consciencia infinita. En consecuencia, no hay dolor, ni ilusión, ni nacimiento, ni muerte, ni criaturas: lo que es, es. Líbrate de angustias y dualidades. Permanece firme en el ser, sin preocuparte para nada por lo que se refiere a tu bienestar. Vive en paz interior, con una mente estable. No dejes entrar ningún sufrimiento en tu mente. Permanece en silencio interior, sin pensamientos autodeseados, en verdadera soledad. Ten coraje para dominar la mente y los sentidos. No desees nada, y acepta todo lo que viene sin haberlo deseado. Vive sin esfuerzo alguno para coger o dejar nada en absoluto. Libérate de las perversiones mentales y de las ciegas sombras de la ilusión. Permanece contento en tu propio ser y estarás libre de angustia. Disfruta del ser por el ser, como de los agradables rayos de la luna llena.

Cuando la mente queda libre de deseos y no busca placer alguno, cuando el cuerpo y sus miembros realizan sus funciones habituales, actuar o no actuar tienen el mismo valor y el

mismo significado. Que el cuerpo se ocupe de sus funciones naturales, pues sin esa actividad se desintegraría. Cuando la mente deja de pensar que está haciendo una acción o disfrutando de otra, la acción misma se convierte en no acción.

¡Oh, mente inestable!, esta vida mundana no conduce a la verdadera felicidad. Mantente ecuánime. Sólo en ese estado puedes experimentar la paz, la verdad y la felicidad. Mientras alimentos en tu interior perversos pensamientos que nacen de tus malas inclinaciones, este mundo seguirá creciendo y aumentando frente a ti. Tu deseo de placer multiplica las ramas de este mundo ilusorio el pensamiento despliega la red de la objetividad. Olvida sus caprichos y fantasías y alcanza la ecuanimidad. En la balanza de la sabiduría, los placeres están en un platillo y la dicha de la paz en el otro. Busca lo que creas verdadero. Deja que este mundo sea real o irreal, que aparezca o que desaparezca, no permitas que sus méritos o sus culpas te aparten del camino de la ecuanimidad. Porque en ningún momento tienes una relación real con este mundo aparente: esa relación sólo se manifiesta a causa de tu ignorancia.

Todos los sufrimientos que parecen tan difíciles de soportar, se atraviesan con facilidad en la balsa de la sabiduría, esa luz interior. El que no posee sabiduría se altera ante la menor contrariedad, pero el que posee sabiduría, aunque esté solo y abandonado en el mundo, y no haya sido instruido en las escrituras, cruza con facilidad el océano del dolor. El sabio realiza su tarea sin ayuda de nadie. El ignorante no puede hacerlo pues no tiene fuerzas para ello. Por tanto debemos procurar por todos los medios conseguir esta luz interior de la sabiduría (*Vidyâ*), como uno que quiere recoger muchos frutos se esfuerza primero en trabajar la huerta. La sabiduría es la raíz que, suficientemente alimentada, produce el fruto del autoconocimiento. El esfuerzo y la energía que gasta la gente en las actividades mundanas debería emplearla en conseguir la sabiduría. Primero debemos liquidar la oscuridad de la inteligencia que es la causa de las calamidades y la semilla del gran árbol del mundo objetivo.

Uno debe impedir que la mente discurra cuesta abajo, como se sujeta el curso natural de un río con la construcción de una presa. Después de haber abandonado el contacto con los objetos

externos, retrae la mente hacia el interior y reflexiona sobre todas estas cosas, aunque sigas ocupado en las actividades cotidianas. Con la afilada espada de la sabiduría, corta la densa red de las tendencias mentales, que es la única causa de esta corriente de ilusiones objetivas.

Eres el conocedor de todo lo que hay, el ser, el Supremo Señor no nacido, no distinto al ser que todo lo penetra y envuelve. El que abandona la idea de ser un objeto de percepción distinto al ser, no está sometido a las desgracias que producen pena y alegría.

Los que conocen bien las escrituras declaran que la mente sólo es un ficticio movimiento de la energía en la consciencia. Y la expresión de esa mente son los pensamientos, como el silbido es la expresión de la serpiente. La consciencia sin conceptualización es el *Brahmân* eterno, el absoluto; la consciencia unida a la conceptualización es el pensamiento, la mente. Una pequeña parte de la consciencia, por así decirlo, se manifiesta en el corazón como la realidad misma. Eso es lo que se conoce como inteligencia finita o consciencia individual. Pero esta consciencia limitada pronto olvida su propia naturaleza esencial de consciencia, y continua

existiendo como una cosa inerte. Entonces se convierte en la facultad de pensar, cuya característica natural es aceptar o rechazar lo percibido. De hecho sólo es la infinita consciencia que ha conformado todo lo que ves, pero hasta que su verdadera naturaleza no despierta, no se conoce ella misma como autoconocimiento. Y por esa razón debe ser despertada por medio de la investigación, del desapego y del control de los sentidos que detallan las escrituras. Cuando esta inteligencia se despierta a sí misma, brilla como el absoluto *Brahmân*; mientras tanto, sigue experimentando este mundo finito como si fuera lo real.

Mientras no consigue despertar, no conoce ni comprende nada, pues lo que parece conocer a través de los pensamientos no es, por supuesto, la realidad. Los propios pensamientos sólo tienen valor en función de la consciencia, como un tarro debe su aroma al incienso que hay en él. A causa de esta inteligencia prestada, cree que es capaz de conocer un diminuto fragmento de esta consciencia cósmica, pero la mente sólo florece por completo cuando la luz de la consciencia infinita brilla sobre ella.

Cuando la objetividad surge en la

consciencia, ésta queda condicionada y limitada: eso es la mente, y por ende la esclavitud. Cuando se abandona la objetividad, te quedas sin mente: eso es la liberación. Entrar en contacto con las cualidades y formas de la naturaleza conduce a la esclavitud, abandonarlas, es el camino que conduce a la liberación. Sabiendo esto, puedes hacer lo que quieras. Comprendiendo profundamente que no hay mente, ni ego, ni mundo, permanece firme y erguido, inmóvil como el espacio infinito. Abandona el pensamiento erróneo que crea la dualidad del mundo frente al yo. En el punto medio del yo como sujeto y el mundo como objeto, tú eres la visión misma: permanece siempre en este estado intermedio. Entre el experienciador y lo experienciado, tú eres el experimentar mismo: comprender eso es el autoconocimiento. No lo olvides ni por un momento.

Cuando el ser, olvidándose de sí mismo, se identifica con los objetos que ve y experiencia, surge el veneno del deseo que lo contamina y pervierte. Este deseo potencia la ilusión. Los dioses como *Shiva*, son capaces de enfrentarse con el fuego de la disolución cósmica, pero nadie puede luchar con el fuego del deseo que todo lo

consume. Las más terribles calamidades de este mundo sólo son frutos del deseo. Aunque no puede verse por su extrema sutilidad, este deseo es capaz de destruir la carne, los huesos y la sangre. A veces parece atenuarse, pero al momento siguiente se extiende incontenible por todo el cuerpo abrasando todo lo que encuentra a su paso. Afligido por él, el hombre se siente desgraciado, débil, opaco, mezquino, iluso, miserable y fracasado.

Cuando cesa el deseo, la fuerza vital del hombre es pura y todas las cualidades y virtudes divinas penetran en su corazón. El torrente del deseo fluye solamente en el corazón de las personas ignorantes. Igual que un animal cae en la trampa por su deseo de alimento, el hombre cae en el infierno siguiendo el rastro del deseo. La peor de las cegueras es suave comparada con la ceguera que el deseo produce en nuestro corazón en menos tiempo del que cuesta decirlo. Los deseos nos empequeñecen: hasta el señor *Vishnu* se convirtió en un enano cuando quiso pedir limosna. Es obvio que ese deseo que destruye la vida de los seres debe mantenerse siempre bajo control. Sin embargo, el sol brilla sobre la tierra a causa del deseo, y el viento

sopla, las montañas se yerguen altivas y la tierra soporta a los seres vivientes también a causa del deseo; los tres mundos sólo existen a causa del deseo. Todos los seres que viven en ellos están sujetos por la soga del deseo, más dura de romper que la cadena más sólida y resistente. En consecuencia, debes librarte del deseo abandonando el pensamiento y la conceptualización. La mente no puede existir sin pensar y conceptualizar todo lo que observa. Procura que las ideas de yo, tú y ésto no broten en tu mente, porque estas ideas son la causa de toda esperanza y toda expectativa. Si puedes evitar la construcción de estas ideas pronto te convertirás en un hombre sabio. El deseo no es distinto del sentimiento del yo, que hemos llamado *ahamkâra*, y éste es la fuente de todos los pecados. Corta de raíz este sentimiento del yo con la espada afilada del no yo, y no tengas miedo a nada de lo que existe.

Cuando ha surgido la comprensión profunda “Soy el ser de todas las cosas”, uno no puede volver a caer en el error y en el sufrimiento. El ser puede ser descrito de forma diversa, como vacío, naturaleza, *mâyâ*, *Brahmân*, consciencia, *Shiva*, Purusa, etc..., pero es lo único

eternamente real. La acción implica una dualidad y funciona aparentemente en forma dual, pero la verdad es no dual. Pero no te preocupes si tu naturaleza participa de la dualidad y la no dualidad a un tiempo. La realidad no es dual, porque es la mente la que crea esta división, ni unitaria, porque el concepto de unidad surge como antítesis de la dualidad. Cuando cesan ambos conceptos, la consciencia infinita se comprende como la única realidad no dual.

La codicia es la raíz del sufrimiento, y el único remedio inteligente es renunciar por completo a los deseos y no tolerar su dominio. Éste es el estado Bráhmico puro, libre de deseos y de miseria. Hasta el hombre más insensato, cuando alcanza este estado, queda libre de toda ilusión. El que camina sobre la tierra de la mano de la sabiduría y teniendo como compañera a la consciencia, no puede engañarse nunca. Nada hay de valor en estos tres mundos, nada que merezca la pena desear y que no pueda adquirirse con una mente libre de deseos. Los que quedan curados de esta fiebre del deseo no están sujetos a los sucesivos ascensos y caídas inherentes a la existencia corporal. La mente sólo alcanza la plena satisfacción con un desapego absoluto, sin

acumular deseos y esperanzas vanas. Para el que está vacío de deseos, los tres mundos están tan vacíos como las huellas de una vaca y el ciclo completo del universo no es para estos hombres más que un momento. Cuando se cortan todos los deseos y esperanzas que son las ramas del árbol de la mente, ésta regresa a su propia naturaleza que es la consciencia. Si niegas con decisión la entrada de esas esperanzas y esos deseos en tu mente, el miedo se habrá acabado para siempre. Cuando la mente se libera de los movimientos del pensamiento, que son motivados por los deseos y las esperanzas, se convierte en no mente, y eso es precisamente la liberación. Los pensamientos producidos por los deseos reciben el nombre de *vruttis jîva*; cuando acabas con esos deseos y esperanzas, ya no hay *vruttis*, que es tanto como decir que no hay mente. Cuando la causa se ha superado, el efecto cesa. Por tanto, para recuperar la paz de la mente, debes superar la causa de su perturbación, que son las esperanzas y los deseos.

Una y otra vez, se experimentan los mismos placeres que ya resultan incómodos y pesados, las mismas acciones se repiten tediosamente día tras día; un verdadero sabio se avergonzaría de

todo esto. El mismo día y la misma noche una y otra vez: la vida en este mundo da vueltas como un torbellino, recorriendo siempre el mismo trayecto.

La mente es como un ministro, no es el rey. Aunque es casi invencible, este ministro puede ser vencido. Puede ser dominado en un instante si uno le sujeta por medio de una acción inteligente; sin esa acción, lo destruye todo como una serpiente venenosa. El que se aproxima a él con inteligencia juega con él como se juega con un niño y lo domina a su antojo; el que consigue hacer esto, contempla al rey y sube a su trono fácilmente. Una vez que hemos visto al rey, el ministro queda bajo nuestro control, y a su vez, cuando controlamos al ministro, el rey se ve con claridad. Mientras no vemos al rey, el ministro no está definitivamente vencido, y hasta que no vencemos totalmente al ministro, el rey no puede ser visto. Esto que te estoy diciendo parece un círculo vicioso, pero tiene solución. Mientras no vemos al rey, el ministro no cesa de causar estragos y producir sufrimientos, pero ya te digo que mientras el ministro no es vencido, el rey permanece invisible. En consecuencia, nuestra práctica inteligente debe abarcar

simultáneamente los dos objetivos: contemplar al rey y someter al ministro. Por un intenso esfuerzo personal y una práctica firme y decidida, puedes obtener ambas cosas y en ese momento entrarás en aquella esfera que te he dicho y no volverás a experimentar sufrimiento alguno. Es la región habitada por los santos que están eternamente en paz.

La forma más inteligente para dominar a la mente es la completa liberación de los deseos y apegos con respecto a los objetos de este mundo. Con este método, el poderoso elefante de la mente puede ser sometido. Es un medio fácil y difícil a la vez, hijo mío: difícil para el que no se compromete a una práctica rigurosa, pero muy sencillo para el que realiza un esfuerzo serio y convencido. No se puede cosechar sin sembrar, la mente no puede ser sometida sin una práctica tenaz y porfiada. Hasta que uno no abandona los placeres sensibles, continúa merodeando por este mundo de dolor. Ni el más fuerte e incansable de los hombres puede llegar a su destino, si no se mueve en una sola dirección. Nadie puede alcanzar el estado de desapego total sin una práctica tenaz y persistente.

El desapego sólo puede conseguirse con el

esfuerzo adecuado: no hay otro camino. La gente habla del destino o de la gracia divina, pero en este mundo percibimos a los hombres y no a los dioses. Cuando la gente habla de dioses, se refiere a lo inevitable, lo que no está bajo su control, como los fenómenos de la naturaleza. Por la misma razón, lo que produce ecuanimidad y la cesación del dolor, también se relaciona con la gracia divina. La gracia, el orden natural y el propio esfuerzo son distintos nombres que damos a la misma verdad; su distinción sólo se basa en una errónea percepción.

El autoconocimiento es el árbol que produce el fruto de la cesación del deseo. Sólo cuando vemos el ser se arraiga en nuestro corazón la más elevada forma del desapego. Por tanto, debemos captar el ser por medio de una investigación inteligente, y al mismo tiempo desprendernos del deseo de placer sensible.

Cuando la inteligencia todavía está dormida, podemos disfrutar de los placeres con la mitad de la mente y dedicar la otra mitad al estudio de las escrituras y al servicio del maestro. Cuando comienza a despertar, debemos dedicar sólo la cuarta parte a los placeres y las otras tres a los otros cometidos. Cuando despierta del todo,

dedicaremos la mitad al servicio del maestro y la otra mitad al estudio de las escrituras, con *vairâgya* o el desapego absoluto como fiel compañero de aventura.

Cuando hayas abandonado por completo la persecución del placer sensible, alcanzarás el estado supremo por medio de la investigación. Cuando el ser se purifica por completo, te instalas firmemente en la paz suprema y nunca caes de nuevo en la conceptualización que es la causa del error. Aunque continúes con vida, estarás libre de esperanzas y expectativas, como un cuerpo puro. ¡Enhorabuena, hijo bienaventurado!

Lo único que existe es la consciencia. La consciencia es todo lo que ves, pues todo lo que hay está lleno de consciencia. Yo, tú y el mundo no somos más que consciencia. Si eres humilde y sincero, con esta enseñanza conseguirás lo que te propones; si no es así, mis explicaciones serán como dejar oblaciones en un plato de cenizas.

¡Eres la luz de la consciencia! Los mundos están arraigados en tu interior. ¿Quién es amigo tuyo y quién tu enemigo? Tu eres infinito. Los mundos están ensartados en ti como las cuentas en un collar. El ser que eres no ha nacido ni

muere nunca, porque el ser es real, mientras que nacimiento y muerte son imaginarios. Investiga la naturaleza de todos los males que acosan nuestra vida y vive sin deseos. Tu eres la luz y el Señor, y este mundo parece existir en esa luz, pero no tiene ninguna existencia real e independiente de ti. Aunque has mantenido nociones erróneas sobre lo deseable y lo aborrecible, debes abandonarlas por entero. Entonces disfrutarás de ecuanimidad, y la rueda de los nacimientos se detendrá para siempre. En cualquier momento que la mente intente volver a las andadas, apártala del mal y dirígela hacia la verdad. De este modo habrás domesticado al elefante salvaje de la mente. No te dejes enredar con vacíos y retorcidos argumentos de malvados que se han nombrado maestros a sí mismos sin tener una experiencia directa de la verdad. Escuchando mi discurso con atención alcanzarás con toda seguridad la iluminación.

Saludo a este ser que es su propia luz, libre de la dualidad del conocedor y lo conocido, del sujeto y del objeto. Todas las cosas del universo surgen de él, existen en él, regresan a él. Todo lo que piensa este ser interior se produce de inmediato como una realidad externa al

espectador. Las cosas parecen tomar existencia cuando son pensadas por esta consciencia y parecen llegar a su fin cuando son pensadas como inexistentes. Por esta razón los infinitos objetos surgen en el espacio ilimitado de la consciencia, y parecen crecer y disminuir como la sombra crece o mengua con la luz del sol.

Este ser o luz interior de la consciencia es incognoscible e inapresable; sólo es alcanzada por aquellos que purifican su corazón. Pero los santos pueden verlo en el espacio puro de la consciencia.

Este ser existe en el mundo en un estado indiviso como infinita consciencia autoluminosa, desde el creador *Brahmâ* hasta la más humilde hoja de hierba. Es único, sin principio ni fin, pero existe en todo lo que hay como la experiencia interior de todos los seres animados e inanimados.

Este ser no dual que es la única experiencia, también es, por supuesto, el experienciador; por eso se dice que el ser tiene mil manos y mil ojos. Con el esplendoroso cuerpo del sol lo mismo que con el huido cuerpo del aire, este ser que es Yo, se mueve en el espacio sin obstáculo ni freno alguno. Es idéntico al ser encarnado y es adorado

en este mundo como la divinidad que posee la caracola, el disco y la maza. Primero nació como un ser eternamente sentado en un loto, pero también es el ser que disolverá finalmente esta creación y la despoja de toda manifestación al final de cada kalpa o ciclo temporal.

Encarnado en *Indra* protege el mundo como mujer, como hombre, como muchacho y como anciano, y nace constantemente en este mundo como el Yo que todo lo penetra y envuelve. Desde la base de la infinita consciencia, este Yo hace crecer las plantas y los árboles y está presente en ellos como su auténtica esencia. Como el barro en manos de un niño travieso, este mundo es modelado por Mí para Mi propio deleite. El mundo sólo deriva su realidad de Mí mismo, actúa en Mí y por medio de Mí, y cuando lo abandono o dejo de pensar en él, deja de tener realidad alguna. Porque este mundo sólo existe en el Yo, el ser o consciencia infinita, del mismo modo que una cosa reflejada parece existir en el espejo.

Yo soy y es la fragancia de las flores, el brillo de las hojas, la luz de ese brillo y el brillar mismo. Yo soy y es la suprema verdad libre de conceptualización de todos los seres animados e

inanimados de este mundo, la verdadera esencia de todas las cosas. El Yo existe en todo lo existente, como la mantequilla en la leche y la humedad en el agua. Este mundo aparente del pasado, presente y futuro, sólo existe en la consciencia infinita sin objetividad o sustancialidad alguna. Este omnipresente y omnipotente ser cósmico es el ser indicado por el Yo. El reino cósmico que conocemos como universo está penetrado por Mí y se aproxima a Mí de forma involuntaria. Como ser o consciencia infinita penetro el universo en su totalidad, y lo envuelvo por entero como el océano cósmico absorbe el cosmos después de la disolución final. Igual que una criatura incapacitada siente que el océano cósmico no tiene límites, el Yo no encuentra límites a Mi propia expansión infinita. Este mundo objetivo es como una partícula de polvo en la consciencia infinita; no me satisface en absoluto, como una nuez no puede hartar a un elefante hambriento. Por ello, la forma que comenzó a expandir se en el seno del creador *Brahmâ*, continúa todavía en expansión interminable.

Pero si lo único existente es esta consciencia infinita que conozco por Yo, ¿cómo brotó en ella

este sentimiento de un yo limitado y finito, sin justificación ni fundamento alguno? ¿Qué ha producido la ilusión que hace expresarse a la consciencia con pensamientos como yo o tú? ¿Qué es este cuerpo y qué es la ausencia de cuerpo, quién vive y quién muere? Mis antepasados tuvieron que quedar privados de razón para abandonar la consciencia infinita y vagabundear por esta miserable tierra. ¿Qué comparación puede haber entre la visión del infinito y esa estúpida vanidad que conocemos como la gloria mundana, rodeada de terribles deseos y temores infantiles? La visión de la consciencia infinita tiene la naturaleza de la paz suprema y es, sin duda, la mejor de las percepciones posibles.

Saludo a mi propio ser que reside en todos los seres, la consciencia libre de objetividad o conceptualización, la inteligencia interior de todos nosotros. Yo soy el no nacido en el que toda apariencia objetiva se desvanece. He alcanzado lo que es necesario alcanzar, he triunfado y vivo triunfalmente sin interrupción alguna. No encontraría ningún placer en gobernar un reino abandonando la suprema felicidad de la consciencia cósmica. ¿Para qué me reclaman esos

perversos demonios que se manifiestan en el fango de la vida mundana!

El ser es la existencia eterna que ilumina a los propios dioses. Yo existo y existe en soledad, sin percepciones ni conceptos de ninguna clase. Del mismo modo que el espacio no resulta afectado por las partículas de polvo que flotan en él, y el loto no es manchado por el agua, Yo no soy ni es afectado por nada en absoluto. Deja que el cuerpo sea feliz o desgraciado. ¿Cómo puede el ser ser afectado por ello? Igual que la llama de una lámpara, cuya mecha está hecha de hilos, no puede ser condicionada por los hilos que forman la mecha, el ser que trasciende toda existencia material, no está condicionado por la materialidad de los cuerpos. ¿Qué relación puede existir entre el ser y los deseos que surgen de las ideas de existencia y no existencia que proceden de los sentidos? ¿Quién puede sujetar el espacio, y quién podría sujetar la mente?

Aunque cortemos el cuerpo en cien pedazos, el ser no siente ni el más leve arañazo; aunque el recipiente se pulverice, el espacio que había en su interior no se destruye en absoluto. ¿Qué perdemos cuando este fantasma de la mente que existe sólo como una palabra y no como una

realidad, deja de existir? Al principio había una mente que consistía en las nociones de felicidad e infelicidad, pero ahora que tales nociones ya no existen ¿dónde está mi mente? Sólo un loco puede alimentar nociones como que uno está disfrutando de esto y otro perdiendo aquello, que uno tiene mucha suerte y otro una gran desgracia. Sólo la naturaleza disfruta, sólo la mente capta o comprende, y sólo el cuerpo sufre, la persona condicionada está loca cuando se identifica con alguno de ellos; el que ha alcanzado la liberación no se identifica en absoluto con esas ideas. Ni mantiene el deseo de placer, ni pretende huir de él. ¡Venga lo que venga y váyase cuando quiera! Deja que las diversas experiencias broten o se disuelvan en el cuerpo, ¡Yo no estoy en ellas ni ellas en Mí!

La mente es el centro en torno al cual gira este círculo vicioso que produce confusión en la mente del ignorante. Por medio de un intenso esfuerzo y una aguda inteligencia ésta rueda se detiene por completo. Cuando el movimiento de ese centro ha cesado, la rueda ya no gira; cuando la mente está quieta, la ilusión se desvanece. El que no conoce este truco y no lo pone en práctica, sufre una esclavitud interminable; en el

momento en que ve la verdad, el sufrimiento llega a su fin.

La enfermedad de la percepción objetiva de este mundo ilusorio no se cura con otro remedio que con el dominio de la mente. Abandona por tanto todas las penitencias, peregrinaciones o sacrificios y considera el control de la mente como el bien más señalado y la práctica primordial. La apariencia objetiva reside en la mente, como el espacio en el interior de un recipiente; cuando ese recipiente se rompe, la ilusoria división del espacio se desvanece. Cuando la mente deja de existir, el concepto del mundo que hay en su interior también deja de existir. Igual que un insecto atrapado en el interior de una vasija recupera su libertad de movimiento cuando la vasija se rompe en pedazos, cuando tu mente salte en pedazos y con ella desaparezca el mundo ilusorio que hay en su interior, podrás recuperar tu propia libertad.

Vive en el presente, con tu consciencia exteriorizada en cada momento, sin hacer ningún esfuerzo para ello. Cuando la mente cesa de unir el pasado con el futuro, se convierte en no mente. Si tu mente atiende cada cosa en su momento y la abandona en seguida sin esfuerzo alguno, la

mente se convierte en no mente, en consciencia pura. Mientras la mente continua agitándose, experimenta la diversidad objetiva que ella misma proyecta, como la lluvia sólo cae cuando hay nubes. Mientras la infinita consciencia se limita a sí misma como mente finita, se produce aquella agitación expansiva de los pensamientos que conocemos como mente. Cuando la consciencia deja de ser mente finita, se da cuenta de que las verdaderas raíces de este mundo ilusorio han sido aniquiladas y se produce la perfección.

La consciencia libre de las limitaciones de la mente se conoce como inteligencia interna que no está manchada con las impurezas de las percepciones y los conceptos. Eso es la realidad, la dicha suprema, el estado conocido como *turiya*, la omnisciencia también llamada *Jñâna*. Donde hay mente, florecen las expectativas y los deseos y surgen las experiencias de placer y dolor. La consciencia que ha despertado a la verdad no cae en conceptos y percepciones y aunque parece tener experiencias psicológicas, no produce el mundo ilusorio ni el ciclo de la apariencia objetiva.

La única ayuda para la realización del ser supremo o consciencia infinita, es el propio ser.

Sólo nuestro propio ser puede esforzarse por abandonar su sufrimiento, y el único método para conseguirlo es que nuestro ser se comprenda a sí mismo.

Por tanto, aunque permanezcas activo en este mundo, hazlo sin mente y así llegarás a comprender que eres consciencia pura. Abandona nociones como “Esto es mío, Este soy yo” y permanece firme en la unidad indivisa del ser. Mientras dura el cuerpo, considera el presente y el futuro con consciencia ecuánime. Permanece firme en la consciencia del ser en todos los periodos de la vida: juventud, madurez y senectud, en el dolor y en la alegría, despierto, durmiendo o soñando. Abandónala impureza de las percepciones objetivas, las esperanzas y los deseos y permanece firme en el autoconocimiento. Rechaza la idea de acontecimientos agradables o desagradables, líbrate de las visiones placenteras tanto como de las indeseables y comprende que el sujeto, el objeto y la acción no te afectan en absoluto, pues eres consciencia pura y así debes permanecer sin preocupación alguna. Si sabes que eres todo lo que hay, vivirás en el estado de vigilia como si estuvieras en un sueño profundo. Líbrate de los

conceptos de dualidad y no dualidad, comprende que esta consciencia cósmica no puede dividirse en yo y lo otro y permanece firme e inalterable.

Rompe las cadenas del deseo con la inteligencia ilimitada dotada de paciencia y perseverancia y superarás el *dharma* y el *adharma*. Cuando uno está firmemente arraigado en el autoconocimiento, el peor de los venenos se convierte en el néctar más sabroso. Cuando el autoconocimiento es superado por la ignorancia, la ilusión de la apariencia objetiva surge en la mente; pero cuando uno está firme en el autoconocimiento, que es infinito e incondicionado, la ilusión que da lugar al mundo objetivo llega a su fin. Entonces la luz de la sabiduría irradia en las cuatro direcciones del universo.

Al que ha probado el néctar de la inmortalidad que es el autoconocimiento, el gozo de los placeres sensibles le parece penoso y despreciable. Frecuentemos la compañía de los que han alcanzado el autoconocimiento, los otros sólo son asnos con forma humana. Los sabios que frecuentan este camino llegan con largas zancadas de elefante al más alto nivel de la sabiduría. No necesitan ninguna ayuda externa y

ningún sol ilumina su camino, el autoconocimiento es su única luz. De hecho, el sol y el mundo no son objetos de percepción para aquellos que han superado el nivel de la percepción objetiva, como las lámparas pierden su fulgor cuando brilla el sol del mediodía.

El fantasma de la confusión sólo nos aflige mientras no adquirimos autoconocimiento. El hombre ignorante está siempre atormentado, y aunque vaya de un lado a otro huyendo del dolor, es un cadáver viviente. El sabio de autoconocimiento es el único ser vivo y consciente, La mente se vuelve pesada e impura a causa de la ignorancia, como cuando la luz del sol queda velada por densos nubarrones de tormenta. Debemos abandonar todo deseo de placer, tanto de los placeres sentidos en el pasado como otros que todavía no hemos experimentado, y de esta forma debilitaremos gradualmente a la mente privándotele lo que le gusta. Por el cultivo de la falsa relación con lo que no es el ser, como la mujer, los hijos, la familia, etc., la mente se torna espesa. Todo esto se agrava con la edad, la ambición, la angustia mental, los esfuerzos por adquirir o abandonar, las ataduras, la codicia, el deseo de salud o de

sexo, y en general por el disfrute de los placeres sensibles, que sólo están basados en la ignorancia y en la ilusión objetiva.

La mente es como un árbol firmemente arraigado en el vicioso campo del cuerpo. Las preocupaciones y la ansiedad son sus brotes, sus frutos la vejez y la enfermedad y se adorna con las flores de los deseos sensoriales; las esperanzas y los anhelos son sus ramas y las perversiones sus infinitas hojas. Hagamos leña de este árbol ponzoñoso que parece tan firme como una montaña, con el hacha afilada de la autoinvestigación.

La mente es como un elefante que merodea el bosque del cuerpo. Su visión está empañada por la ilusión y es incapaz de comprender su propia felicidad. Es violenta y agresiva y aunque desea percibir la verdad de la que le hablan los sabios, está presa en la percepción de la multiplicidad objetiva y se siente condicionada por su propia experiencia de pena y de alegría y dotada de los feroces colmillos de la codicia y la lujuria. ¡Tú, que eres un león entre los príncipes, descuartiza a este terrible elefante con afilada inteligencia!

Esta mente es como un cuervo que habita en el nido del cuerpo. Disfruta con la suciedad y se

fortalece comiendo carne y destrozando los corazones de otros animales. Sólo admite su propio punto de vista que considera la única verdad. Es negro a causa de su siempre creciente estupidez y está lleno de malas tendencias y de las más violentas expresiones. Es un peso intolerable en este mundo que debes arrojar lejos de ti cuanto antes.

La mente es como un mono que salta de un sitio a otro, buscando frutos (placeres, recompensas, etc.). Como está atado al mundo objetivo, baila para entretener a la gente. Si deseas alcanzar la perfección debes sujetar lo con todas tus fuerzas e impedir sus graciosas volteretas.

La mente es una espesa nube de ignorancia que debes despejar con la tenaz renunciación a todos los conceptos y percepciones objetivas.

Así razonó una vez el sabio Uddâlaka:

¿Qué relación tiene la mente con este mundo objetivo? Los sabios no entran en contacto con eso que llamamos placer y más tarde se convierte en dolor. El que abandona la paz suprema que late en su interior y corre en busca de placeres sensibles, huye de un delicioso jardín para ir a un bosque de hierbas venenosas.

Yo soy la consciencia homogénea y el infinito sin ego; no tengo nada que hacer contigo, que eres la causa del ego. El ser infinito no puede ser abarcado por la mente, como un elefante no puede caber en una manzana. La consciencia, que se ha limitado a sí misma por un proceso de autolimitación, es conocida como mente, pero eso es el resultado de la ignorancia y no podemos aceptarlo. El sentimiento del ego o *ahamkâra* es un concepto infantil e ignorante que sólo puede ser creído por alguien que no investigue directamente la verdad.

Después de investigar cuidadosamente, he observado cada cosa desde las uñas de mis pies hasta mi coronilla, y nunca he podido encontrar una cosa de la que pudiera decir que era ese yo. ¿Quién soy yo? Yo soy la consciencia omnipenetrante que no es objeto de conocimiento y que es libre de toda egoidad. Yo soy lo indivisible, lo que no admite nombre ni cambio, y está más allá de los conceptos de unidad y pluralidad, porque estoy fuera de toda medida y no hay nada distinto a mí. Por tanto, mente, debo abandonarte ya que eres sin duda la fuente del sufrimiento.

¿Quién dice yo, en este cuerpo compuesto de

carne, huesos y sangre? El movimiento tiene la naturaleza de la energía, el pensamiento es inherente a la consciencia, la vejez y la muerte son connaturales al cuerpo, pero ¿quién es el que dice yo? Ésta es la lengua, éstos los oídos, ésta la nariz, éstos son los ojos y esto el movimiento de todos ellos, pero ¿quién es el que dice yo? Yo no soy nada de todo esto porque no puedo ser tú, mente, ni tampoco tus conceptos; yo sólo soy consciencia, pura e independiente. Decir que yo soy todo o que no soy nada, son expresiones idénticas y ambas designan la verdad, la única verdad.

Desgraciadamente he sido durante mucho tiempo víctima de la ignorancia, pero afortunadamente he descubierto lo que me ha privado del autoconocimiento. Nunca más caeré en las garras de la ignorancia. Igual que una nube que flota sobre la cumbre de una montaña no pertenece a la montaña, aunque parece que estoy unido al sufrimiento, soy independiente de él. En ausencia del autoconocimiento, nace el sentimiento del ego, pero ahora estoy libre de él. No me importa que el cuerpo, los sentidos y todo lo demás exista o desaparezca, ya no tengo nada que ver con ellos. Los sentidos existen para

poder entrar en contacto con sus objetos y servirlos de causa, pero ¿quién es ese yo que aparece ilusoriamente en el pensamiento cuando digo “Yo veo esto” o “Este soy yo”? Estos ojos ven o experimentan sus objetos de modo natural, sin que nadie les obligue a hacerlo o se sienta responsable de ello. Cuando los sentidos funcionan espontáneamente sin un imperativo mental añadido, su experiencia es pura y libre de memorización o representaciones pasadas, dichas o desgraciadas. Por tanto, los sentidos deben funcionar sin ser lastrados por la memoria de pasadas sensaciones. Esta memoria no es real, por cierto, sino un simple condicionamiento mental o *vâsanâ*, que por supuesto tampoco es diferente ni independiente de la consciencia infinita. Estos *vâsanâs* o huellas de las pasadas percepciones, pueden ser evitados fácilmente, dejando de representarlos o evocarlos en la consciencia. Por tanto, mente, debes abandonar esta percepción de diversidad objetiva y comprender la irrealdad de tu supuesta independencia con respecto a la consciencia infinita: eso es la liberación.

La consciencia no puede ser condicionada por nada; es infinita y al mismo tiempo más

pequeña que el átomo más diminuto, y por tanto se halla fuera de todo condicionamiento. La mente se funda en el sentimiento del ego y en la consciencia reflejada por los sentidos, y sólo de esta situación surge la ilusión de la autolimitación de la consciencia. Cuando esto se percibe y se piensa una vez tras otra, el sentimiento del ego y la creencia en la autolimitación adquieren una falsa consistencia. Pero, en realidad, yo soy consciencia sin relación alguna con aquellos condicionamientos.

Deja que el cuerpo viva en un mundo que ha venido a la existencia por sus acciones ignorantes, o que lo abandone si prefiere; yo, que soy consciencia, no puedo ser afectado por ninguna de las dos cosas. Siendo infinita y omnipenetrante, la consciencia no puede nacer, ni morir, ni pertenecer a nadie ajeno a ella misma. No tiene nada que ganar viviendo como un *jîva* individual, puesto que todo lo abarca. Nacer y morir son conceptos mentales que nada tienen que ver con el ser. Sólo el que sostiene la idea del sentimiento del ego puede ser preso y esclavizado por ellos; el ser es libre de ese sentimiento y está más allá de la existencia o de la inexistencia.

Cuando ha surgido el falso sentimiento del ego, surgen las falsas nociones de aquí y allí, lo mío y lo tuyo, etc... Pero cuando se comprende que todas estas ideas son trampas o trucos del propio sentimiento del ego, desaparecen de inmediato. En verdad, sólo existe el ser, y debemos comprender que todo esto es *Brahmân* o el ser cósmico. La ilusión que se conoce como sentimiento del ego es como el color azul del cielo; lo mejor es no mantener esta idea ni un momento más y abandonarla por completo. Cuando hemos abandonado la raíz del sentimiento del ego, vivimos en el ser cuya naturaleza es la paz.

Este universo ha comenzado a existir sin una causa fundamentada para ello, pero ¿cómo podemos aceptar que la creación no haya tenido causa ni propósito alguno? Desde tiempo inmemorial, todos estos cuerpos estaban ya en el ser cósmico, como las vasijas están en la arcilla de modo potencial. El océano existía ya en el pasado, como existe en el presente y existirá en el futuro, aunque el agua que lo forma asuma de vez en cuando la forma de olas; del mismo modo todos los objetos son en todo momento el propio ser cósmico, aunque se manifiesten

temporalmente unos tras otros. Sólo un insensato puede sentirse yo con relación a esta aparición transitoria que conocemos como cuerpo. En realidad está sintiendo el yo por un lado y está viendo el cuerpo por otro, ambos no son idénticos, aunque él los identifique ingenuamente.

Por la misma razón, si la mente fue consciencia en un principio y será finalmente consciencia, cuando cese su función de mente o consciencia autolimitada, ¿por qué la conocemos en este punto medio como algo diferente a sí misma?

Los fenómenos parecen tener una realidad transitoria, pero ésa también la tienen los sueños, las visiones del delirio, las alucinaciones de un borracho, las ilusiones ópticas, las enfermedades psíquicas, las perturbaciones emocionales o los estados psicóticos. Sin embargo la mente confiere a los fenómenos una realidad permanente, como un amante sufre imaginariamente por la separación de su amada. Pero no es culpa de la mente, sino mía por haber concedido a esa mente, por medio del sentimiento del ego, una existencia real de la que carece en absoluto. Cuando comprendo que

todos estos fenómenos son apariencias ilusorias, me transformo en no mente y desaparece todo el recuerdo de las experiencias sensibles, es decir desaparecen el ego y el mundo objetivo al mismo tiempo. Cuando la consciencia comprende esto en profundidad y lo realiza, abandonando sus tendencias mentales autolimitadoras (vâsanâs), se libera de toda coloración superpuesta y permanece en su naturaleza esencial, que sólo es consciencia. Cuando la mente recoge sus miembros en su interior y se inmola en el fuego de la consciencia infinita, se purifica y obtiene la inmortalidad.

Cuando la mente percibe que el cuerpo es muy distinto a ella, abandona los conceptos, reconoce su naturaleza trascendente y resplandece victoriosa como consciencia pura. La mente y el cuerpo son enemigos implacables o de otro, la dicha suprema requiere la destrucción de ambos, porque mientras están juntos surgen multitud de problemas a causa de su mutua conflictividad.

La mente produce el cuerpo por su fuerza mental y durante toda su vida lo alimenta y sostiene a fuerza de dolor. Atormentado por ese sufrimiento, el cuerpo quiere destruir a la mente,

que es su propio padre. En este mundo no hay amigos ni enemigos: lo que nos causa placer lo consideramos amigo y lo que nos produce dolor, lo tomamos por enemigo.

Puesto que el cuerpo y la mente están permanentemente ocupados en su mutua destrucción, ¿cómo podemos experimentar la felicidad? Sólo podemos sentir la felicidad con la destrucción de la mente, y eso es lo que el cuerpo intenta todos los días en el sueño profundo. A pesar de ello, hasta que no conseguimos el autoconocimiento, cuerpo y mente se fortalecen torpemente y parece que tuvieran un propósito común, como el agua y el fuego parecen colaborar en una causa común en la cocción de los alimentos, aunque son elementos contrarios.

Si la mente deja de existir, el cuerpo también deja de existir, a causa de la detención de la fuerza mental o tendencias innatas que llamamos *vâsanâs*. En cambio la mente no deja de existir cuando el cuerpo muere, y por tanto nuestro esfuerzo debe ir encaminado a acabar con la mente, que es un bosque cuyos árboles son los pensamientos y cuyas matas y enredaderas son los deseos; al desunir todo esto, alcanzamos la felicidad. Si la mente muere y el cuerpo sigue

existiendo, eso no tiene ninguna importancia y no debe preocuparnos en absoluto. Es evidente que no soy el cuerpo, porque un cadáver no se mueve.

Donde hay autoconocimiento, no hay mente ni sentidos, ni tendencias ni costumbres, ni conceptos ni percepciones. Yo he alcanzado ese estado supremo y he vuelto victorioso de la batalla. He alcanzado la liberación, que podemos llamar *mokshka* o *nirvana*. He superado todas las relaciones entre la mente, el cuerpo y los sentidos, como el aceite que brota al exprimir las semillas ya no tiene ninguna relación con dichas semillas. En este momento, la mente, el cuerpo y los sentidos, son para mí meros entretenimientos. La pureza, la total posesión de todos los deseos, y sin embargo su ausencia total, la amistad con todo lo creado, la verdad, la sabiduría, la tranquilidad y la dicha suprema, la dulzura de expresión, la suprema magnanimidad, la fijación de la atención en un punto, la comprensión profunda de la unidad cósmica, son mis constantes compañeros. Puesto que en cada momento y en cada lugar, todas las cosas ocurren como tienen que ocurrir, no siento deseo ni aversión hacia ninguna de ellas, ya sean

agradables o desagradables. Puesto que toda ilusión ha llegado a su fin, la mente ha cesado de existir y todos los malos pensamientos se han desvanecido, descanso tranquilamente en mi propio ser.

La mente de Uddâlaka había alcanzado el silencio absoluto y ninguna distracción podía afligirla en ese momento. En tal estado vio en su corazón la oscuridad de la ignorancia que velaba la luz del autoconocimiento. La luz del conocimiento que brotaba de él, despejaba aquella oscuridad en su interior. Cuando esa luz se interrumpía, el sabio sentía sueño, pero también superaba la oscuridad del sueño. Cuando vencía aquella somnolencia, la mente del sabio tomaba formas brillantes. El sabio apartaba su consciencia de aquellas visiones, y entonces le sobrevénia una infinita laxitud, como si estuviera enfermo. Pero también superaba aquella inercia y a continuación la mente quedaba en un estado distinto a los que hemos descrito. Después de permanecer un tiempo en tal estado, su mente despertó a la experiencia de la existencia de la totalidad. Inmediatamente después de esto, experienció la consciencia pura. Esa consciencia que hasta entonces había estado asociada con

otros factores, había obtenido por fin su absoluta independencia, como cuando el agua sucia de una vasija se evapora por completo y el lodo que deja se funde con el barro de la vasija formando una misma sustancia con ella. Igual que la ola se sumerge en el océano y se funde y confunde totalmente en él, la consciencia que abandona la percepción objetiva, obtiene su pureza definitiva. Uddâlaka estaba iluminado, disfrutaba de la suprema felicidad (*ananda*) que disfrutaban los dioses y el mismo creador. Su estado estaba más allá de toda descripción posible. Era uno con el océano de felicidad del ser (*Satchitananda*).

Inmediatamente Uddâlaka captó en la consciencia infinita a los demás sabios, pero no se dio cuenta de ello pues continuaba experimentando la dicha suprema. Había alcanzado el estado de liberación en vida (*jîvan mukta*). Vió a los dioses y a los sabios e incluso a los componentes de la trimurti (*Brahmâ, Vishnu y Shiva*) y fué más allá de aquel estado (*tirîyâtita*). Convertido en felicidad misma, había superado también el nivel de la felicidad. Ya no sentía felicidad ni infelicidad alguna. Se había convertido en consciencia pura. El que experimenta esto aunque sea por un momento, se

desinteresa por los mismos deleites del cielo. Éste es el estado supremo o *tirîyâtita*, la meta final, la morada eterna. El que se queda ahí ya no es engañado nunca más, ni vuelve a caer en las garras de la sujeto-objetividad. Está completamente despierto y jamás vuelve a concebir nociones de objetividad o conceptos mentales. En realidad no es algo que se puede conseguir.

Uddâlaka permaneció seis meses en aquel estado, con una atención ajena a toda tentación o poder suprasensorial. Los mismos sabios y los dioses le adoraban. Fue invitado a visitar el cielo, pero declinó la invitación. Totalmente libre de deseos, vagaba por ahí como un sabio liberado. A menudo pasaba días y meses en meditación en las cuevas de las montañas. Otras veces se ocupaba de las tareas ordinarias de la vida, pues había alcanzado el estado de perfecto equilibrio de las *gunas*. Todo lo contemplaba con visión ecuánime e inalterable. Su luz interior brillaba en todo momento, sin apagarse ni aumentar su fulgor. Con todas las nociones de dualidad totalmente abortadas, vivía desprovisto de consciencia corporal, en el puro ser.

Cuando la mente ha dejado de existir a causa

de la total ausencia de nociones de una existencia material, la consciencia existe en su propia naturaleza como tal consciencia: eso es lo que se conoce como el puro ser. Cuando la consciencia desprovista de nociones de objetividad, se hunde en sí misma como si hubiera perdido su individualidad separada, eso es el puro ser. Cuando todos los objetos externos (materiales) e internos (pensamientos) se hunden en la consciencia, eso es el puro ser de la consciencia. Ésta es la visión suprema que gozan los liberados, ya parezca que siguen teniendo un cuerpo o parezca que lo han perdido. Esta visión la consigue el que está completamente despierto, el que permanece en profunda contemplación y posee autoconocimiento, pero jamás puede ser contemplada por las personas ignorantes. Los sabios y los miembros de la trimurti están constantemente establecidos en ella.

La mente sin tendencias permanece fija en un punto y esto es, en sí mismo, la contemplación, la libertad y la paz eterna. La mente condicionada por las vâsanâs es una fuente de sufrimientos, mientras que la mente incondicionada no actúa como agente y alcanza el estado supremo de la iluminación. En

consecuencia, debemos dedicar todos nuestros esfuerzos a librarnos de aquellas tendencias mentales o vâsanâs. Se conoce como contemplación o samâdhi el estado en el que han cesado todas las esperanzas y los deseos del mundo y por ende, nos hallamos libres de sufrimiento, temor o angustia: el estado en el que el ser permanece en el ser.

Renuncia mentalmente a la falsa identificación del ser con los objetos del mundo y vive como te plazca, en una casa lujosa o en la cueva de un monte apartado. Al padre de familia cuya mente ha alcanzado la perfecta tranquilización, su casa le parece un bosque tranquilo. Para el que tiene la mente en paz y carece de sentimiento del ego, las ciudades abarrotadas le parecen vacías y silenciosas. Por el contrario, para el que tiene el corazón lleno de deseos y temores, los bosques más solitarios le resultan ciudades populosas y terribles. La distracción de la mente desaparece también en el sueño profundo. La iluminación sólo busca iluminación; puedes hacer lo que gustes, permanecer en samâdhi o trabajar en tareas normales.

Cuando la consciencia infinita se hace

consciente del picor de la guindilla, surge el sentimiento del ego con todas sus diferencias en el espacio y el tiempo. Cuando se hace consciente del sabor de la sal, da lugar al sentimiento del ego con esas diferencias que parecen existir en el tiempo y en el espacio. Cuando se hace consciente del dulzor de la caña de azúcar, surge esa consciencia individual con sus peculiares características. De modo semejante, cuando la consciencia infinita se hace consciente de la roca, de la montaña, del árbol, del agua y del espacio, surge la consciencia del ego o individualidad.

De hecho sólo son reflexiones de la propia consciencia, que al ser consciente de ellas en su interior, proyecta sobre ellas una individualidad ilusoria. La consciencia percibe por sí misma, los seres conscientes no son diferentes de esa consciencia. El sentimiento del ego individual es algo que parece surgir cuando surgen las percepciones objetivas, y nada más que eso. El cristal de la consciencia infinita refleja su propia luz consciente en todas estas combinaciones de partículas atómicas y éstas obtienen una aparente auto consciencia y piensan que son realmente objetos.

Cuando ve la verdad suprema, la mente lo abandona todo. Por consiguiente, hasta conseguir esta suprema visión, deberíamos renunciar a todo. El auto conocimiento no se alcanza hasta que uno no renuncia a todas las cosas; cuando uno abandona todos los puntos de vista, sólo queda el ser, lo que queda es el ser. Hasta que uno no supera los obstáculos, no consigue lo que desea fervientemente. Lo mismo ocurre con el autoconocimiento.

El ser no puede ser afectado por la pena ni por la alegría, pero pensando que es el cuerpo, sufre las experiencias del cuerpo, sean buenas o malas, agradables o desagradables. El abandono de esta ingenua creencia es la liberación, *moksha*, *turiya*, *nirvâna*.

Los que no se dejan arrastrar por esa falsa identificación del cuerpo y el ser, se liberan instantáneamente de todo sufrimiento. Esta creencia es la semilla de la vejez, la ilusión y la muerte; cuando cesa, el océano de la ilusión puede ser atravesado sin el menor peligro. Una mente condicionada produce esclavitud en el más devoto de los ascetas; una mente incondicionada es pura en el más atareado padre de familia. La mente condicionada es la esclavitud; la

liberación no es más que la superación de esa identificación o atadura del cuerpo y el ser. Esta identificación, que supone una ficticia división previa, es la única causa de la esclavitud y por ende, de la liberación.

La convicción en la realidad del cuerpo que mantiene el que ha olvidado la distinción entre el cuerpo y el ser, es lo que condiciona a la mente. El que cree que el ser infinito es limitado y puede gozar con cualquier placer, queda esclavizado por esa idea. Pero el que reflexiona: Si todo lo que hay es el ser, ¿qué puedo desear y a qué puedo renunciar?, se establece en un estado libre e incondicionado. El que sabe que ni él mismo ni el mundo existen realmente, o mejor dicho, que tampoco importa que existan o no existan, pues ambas cosas son la misma, está liberado. No queda atrapado por los resultados de la acción ni se adhiere a la inactividad, y por tanto no puede ser afectado por la euforia ni por la tristeza. Renuncia a los resultados de sus acciones por su propia mente y no por medio de otra acción que le encadenaría a ella de nuevo. La esclavitud sólo se vence por el rechazo de este condicionamiento, que es la causa del dolor humano.

Si haces lo que procede y es oportuno en cada momento, la mente no se sentirá afectada por la acción, los pensamientos o los objetos. No se sentirá apegada al cielo ni a la tierra, ni esclavizada por las relaciones externas, ni por el movimiento natural de los sentidos, ni por la fuerza vital o *prâna*. La mente no está en la cabeza, ni en el velo del paladar, ni entre las cejas, ni en el extremo de la nariz o en la boca. No habita en la luz ni en la obscuridad, ni siquiera en la caverna del corazón. No puede ser vista ni en el estado de vigilia, ni en el sueño onírico y mucho menos en el sueño profundo, y el puro vacío del espacio tampoco es su morada. Inafectada por los colores, el movimiento o la quietud, el principio o el fin, no está ni cerca ni lejos, ni en los objetos ni en el ser tampoco. Ni las experiencias sensibles, ni la ingenua satisfacción del placer, ni los conceptos ni las percepciones encontrarían ningún fundamento sin esa mente que, sin embargo, no se halla en ninguna parte.

La mente debe permanecer como consciencia en la consciencia, con un leve movimiento del pensamiento que le permita ser consciente de la esencial insubstancialidad de los objetos del

mundo. Cuando todos los apegos han sido cercenados, el *jîva* se transforma en *no-jîva*; a partir de ese momento, actuando o sin actuar, sólo ocurre lo que tiene que ocurrir. En ese estado de desapego supremo, el *jîva* ya no resulta esclavizado por los resultados de las acciones. Más adelante, abandonando incluso esa mínima comprensión de los objetos, el *jîva* alcanza la paz suprema.

Una persona liberada está siempre libre del sufrimiento y del miedo aunque a los ojos de los demás parezca entretenida en la acción. Normalmente recibe el cariño y la veneración de todo el mundo. Aunque a los ojos de la gente parezca que tiene preocupaciones, en su interior ésta firmemente arraigada en la sabiduría y su consciencia no se tiñe de felicidad o de desdicha. Jamás se distrae con las atracciones del mundo. Después de alcanzar el autoconocimiento, vive en profunda contemplación y no siente apego por cosa alguna. Después de superar los pares de opuestos, aunque permanece despierto parece como si todo el tiempo viviera en sueño profundo.

El estado en el que la mente se libera del movimiento de los pensamientos o *vruttis*, se

conoce como dormir despierto o jagrat sushupti. El que permanece en este estado, vive una vida sin voliciones, carente de distracciones y de todo tipo de angustia, haga lo que haga y dure los años que dure. Cuando este estado de dormir despierto madura convenientemente, se conoce como turîya o el cuarto estado. Firmemente establecido en él, el sabio percibe el universo como un teatro cósmico y la vida como una danza cósmica y sagrada. Completamente libre del temor y de la ilusión de la apariencia objetiva, el que se establece en turîya no puede volver a caer en el error y permanece sumergido en la felicidad. Más tarde, incluso puede superar este estado de dicha suprema y entonces se considera que está más allá de turîya, en un estado incomprensible y de todo punto indescriptible.

El estado de libertad total o turîya, que hemos llamado dormir despierto, es posible de describir con palabras, pero el otro, el estado de los que han superado toda consciencia del cuerpo y se hallan más allá del cuarto (tirîyâtita) no admite descripción verbal alguna. Debes esforzarte por conquistar este estado.

Pero antes debes conseguir el estado de

dormir despierto. Debes permanecer totalmente indiferente a todo lo que no sea el cuerpo y saber que el propio cuerpo sólo es un producto de la ilusión. Tu eres un hombre sabio, y has alcanzado el despertar interior. La mente del hombre de autoconocimiento jamás da un paso atrás. Puesto que lo único que existe es la consciencia, no alimentes ideas como “Yo soy tal y cual” o “Esto es mío”. La propia palabra ser sólo se emplea con el fin de comunicarnos con los demás, pero la verdad está más allá de toda descripción verbal. No hay dualidad de ningún tipo, no hay cuerpos y por tanto no hay relación alguna entre ellos, como no puede haber sombras en el sol. Aunque te estoy hablando suponiendo una dualidad aparente entre tu y yo, en realidad esa diferencia o división no existe.

El ser parece quedar afectado por los objetos del mundo a causa de su ignorante autolimitación como mente, pero cuando despierta su verdadera naturaleza, abandona esta limitación mental y consigue el conocimiento de sí mismo. En ese momento la mente ve el cuerpo como un gran lastre y reconociéndolo como un simple agregado de elementos diversos, trasciende la consciencia corporal y alcanza la iluminación.

Todo esto no es otra cosa que la consecuencia de la errónea separación del espectador, la experiencia y lo experienciado. La experiencia es el verdadero deleite del ser. El ser mismo sólo es el puro experienciar que se conoce como el absoluto *Brahmân*. El contacto del experienciar con lo experienciado es el mayor deleite que puede imaginarse; para el ignorante es la experiencia del mundo objetivo, para el iluminado la verdadera liberación. El propio ser infinito no es más que el puro experienciar; cuando se polariza en los objetos, es esclavitud, cuando se libra de ellos y de toda detención o curiosidad objetiva, es liberación. Cuando desaparece el falso contacto del sujeto y el objeto, la apariencia objetiva del mundo cesa por completo. Es entonces cuando brota la consciencia *turîya* que es el dormir despierto (*jagrat sushupti*) del que antes te he hablado.

Cuando percibes la verdad de que el ser es todo lo que hay y la diversidad objetiva sólo es una palabra sin sustancia, te sientes libre de todo deseo y toda esperanza. Un héroe dotado de total desapego hacia las cosas, desplaza al duende de la ilusión con su mera presencia. Las cosas atractivas le distraen igual que el viento mueve

una pesada montaña. La doble fuerza del amor y el odio no le afecta en absoluto. Ve a todos con la misma perspectiva ecuánime y omnicomprendensiva. Libre de la menor atadura, disfruta de todo lo que le ocurre inesperadamente, como los ojos perciben los objetos sin amor ni odio hacia ellos; es la mente la que pone ese amor o ese odio que nos hace sufrir o gozar en su presencia. Al iluminado, en cambio, tales experiencias no le producen alegría ni dolor alguno. Aunque parezca ocupado en la ejecución de acciones mundanas, su consciencia no se distrae con ellas lo más mínimo. Todo lo que le ocurre conforme a las leyes del tiempo, el espacio y la causalidad, sea agradable o desagradable, le deja completamente indiferente.

Como una cuerda que ha sido tomada por una serpiente no atemoriza al que ha visto que se trata de un rollo de cuerda y no una serpiente, la ilusión objetiva, una vez despejada, no vuelve a aparecer, y el autoconocimiento, una vez alcanzado, no se pierde jamás. El conocedor de la verdad considera a la mujer más hermosa como una imagen pintada en un cuadro, y ésa es la verdad, porque ambas están hechas de las mismas sustancias (agua, tierra, etc...). Cuando

se ve la verdad, el deseo de poseer los objetos no brota en nuestro corazón. Igual que una mujer enamorada hace las tareas cotidianas con el corazón absorbido en la contemplación de su amante, el sabio iluminado funciona en este mundo mientras su consciencia sigue firmemente establecida en la verdad. A ninguno de los dos les es posible una conducta diferente, ni la mujer puede olvidar a su amante ni el sabio puede olvidar la verdad.

El sabio vive desapegado de todos y de todo. Su conducta parece afectuosa a los afectuosos y violenta a los violentos. Es un niño para los niños, un viejo entre los viejos, un héroe en medio de los héroes, joven para la juventud y triste para los desdichados. Sus serenas y dulces palabras están llenas de sabiduría. Nada gana con las acciones nobles pero su conducta es noble; no tiene anhelo de placer y por tanto nunca es tentado por él. Ni la esclavitud ni la liberación le atraen lo más mínimo. Consumida la red de la ignorancia en el fuego de la sabiduría, el pájaro de su consciencia vuela libremente hacia el vacío del ser. No se alegra cuando sus acciones obtienen algún resultado ni se entristece porque no lo consigan. Parece tomarlo y dejarlo todo

como un niño coge y suelta sus juguetes. No se sorprende porque la luna produzca calor o el sol enfríe la tierra. Sabiendo que el ser produce todo esto, no se sorprende por los fenómenos más extraños o maravillosos. Tampoco siente ninguna timidez ni sufre ataques de cólera o depresión.

Ver que el supremo ser no tiene principio ni fin y que los innumerables objetos del mundo no son nada más que el ser, es la visión suprema que pone fin a los nacimientos y muertes. En ella no hay relación de sujeto-objeto o conocedor y conocido, porque el ser, la consciencia, es el conocedor, lo conocido y el acto mismo de conocer, y la división o visión dualizada de estos aspectos del ser sólo es ignorancia. Cuando esto se ve directamente ya no hay esclavitud ni liberación. Cuando el sabio permanece en su propio ser, que es inteligencia fija en el ser interior, ¿qué placer puede esperar de los objetos del mundo que no son nada para él?

El que está ocupado en la investigación no está sometido a la distracción. Los ojos ven, pero los conceptos de agradable o desagradable no surgen en los ojos, sino en otro lugar, y lo mismo ocurre con los demás sentidos. Por tanto las funciones sensibles no son malas en sí mismas ni

producen la ilusión. Cuando el sentimiento del ego o *ahamkâra* se vincula a las funciones sensibles que son momentáneas e insubstanciales por sí mismas, es cuando se produce la agitación mental. El sabio que practica la investigación, piensa:

Ah, los ojos: los objetos que ellos experimentan surgen y desaparecen al momento, y sólo son apariencias. No permitas que tu atención se detenga en ellos para que tu consciencia interior no muera. ¡Sé el espectador que realmente eres! Ah, la mente: los ojos ven innumerables escenas conforme a su función natural, pero ¿por qué te sientes implicado en ellas? Aunque estas escenas vistas por los ojos se reflejen en la mente y sean reconocidas por ella, ¿por qué respondes a eso con el sentimiento del ego? Existe sin duda una íntima relación entre los ojos y sus objetos, pero ¿por qué te consideras su soporte y te esfuerzas por poseerlos? En realidad, el espectáculo, la visión y la mente no tienen relación alguna, como la cara, el espejo y la reflexión pueden parecer lo mismo, pero son cosas muy distintas. Sin embargo, parece evidente que cuando ves algo, hay algo que surge como la ilusoria noción de un

yo que ve esas cosas, La ignorancia es la goma con la que se adhieren el yo y el esto, pero el autoconocimiento es el fuego que calienta y disuelve esa goma imaginaria.

Esta relación ignorante sólo desaparece con un pensamiento reiterado y tenaz, pero también podemos librarnos de ella por medio de una correcta investigación del ser. Cuando se despeja la ignorancia, la ilusoria relación entre lo visto, la visión y la mente, no vuelve a aparecer jamás. La mente es quien hace conscientes a los sentidos y por tanto debe ser destruida. Oh mente, ¿por qué te sientes tan vanamente agitada por los cinco sentidos? Sólo el que se identifica con la mente, puede ser engañado por ti. Tú no existes en absoluto, mente, y por lo tanto nada importa que estés aquí o te vayas a cualquier otra parte, ya que eres irreal, inerte, ilusoria. Sólo los locos son arrastrados por ti, los sabios no lo permiten. Este pensamiento pone fin a la oscuridad de la ignorancia. Vete de este sórdido fantasma del cuerpo y llévate tus deseos y tus emociones contigo.

Durante mucho tiempo, este fantasma de la mente ha producido un sin fin de ideas perversas como la codicia, la cólera, etc... Pero ahora que

he liquidado al fantasma, me río de mi propio pasado. La mente ha muerto y todos mis pesares y amarguras han muerto con ella. El demonio conocido como el sentimiento del ego también ha muerto, y todo ha sido conseguido con el mantra de la investigación del ser. Todas mis esperanzas y deseos han concluido. ¡Saludo a mi propio ser! ¡No hay ilusión, ni error, no existo yo ni los otros! No soy un ser, ni ninguna otra cosa, soy todo en todos. ¡Bienvenido sea mi propio ser! Soy el principio, la consciencia y todos los mundos posibles. No hay ninguna división en mí. ¡Saludo a mi propio ser que existe en soledad! ¡Gloria al ser que es omnipresente en todas las cosas y reside sutilmente en mi interior!

Cuando la mente se ha purificado con estos pensamientos, ¿qué queda de ella? Nada en absoluto. Tanto si no puede ser vista, como si es no mente o una simple apariencia ilusoria, lo único cierto es que no existe o no es más que una ilusión. Cuando la objetividad y la ilusión han dejado de existir, no veo a la mente por ningún lado.

Soy el ser eterno, omnipresente y sutil. He alcanzado el estado de realidad que no se refleja en ninguna cosa, que no tiene principio ni fin y

es absolutamente puro. Lo que es y lo que no es, la mente y la realidad subyacente, son una sola y la misma consciencia, que es la dicha infinita más allá de toda comprensión y descripción posibles. Deja que la mente siga actuando o que muera; no debe importarte en absoluto. Si el ser se ha establecido en la perfecta ecuanimidad, ¿qué sentido tiene seguir analizando todo esto? Mientras siga ocupado en esta investigación, seguiré en un estado condicionado. Ahora que he alcanzado el estado incondicionado por medio de la propia investigación, ¿quién es el que investiga?

Estos mismos pensamientos son completamente inútiles ahora que la mente ha muerto; si continúo agitándolos pueden resucitar el fantasma de la mente. Por tanto, abandonaré todos los pensamientos y todos los conceptos, contemplaré el OM y permaneceré en el ser en el más absoluto silencio.

Con la mente completamente enmudecida y firmemente establecido en el plano de la consciencia no dual (*advaita*), el sabio Vîtahavya pronunció la palabra sagrada OM. Contemplando la esotérica significación de ésta sílaba, comprendió el error de confundir la realidad con

el fenómeno. Por el total abandono de conceptos y percepciones, renunció a los tres mundos. Quedó completamente quieto, como la rueda del alfarero que deja de girar finalmente. Por el sonido OM, rompió la red de los órganos sensibles y de sus objetos, con la misma facilidad que el viento esparce el perfume, y perforó la oscuridad de la ignorancia. Durante un instante captó su luz interior, pero renunció también a ella y trascendió la luz y la oscuridad. Quedaba todavía una ligera huella de pensamiento, pero el sabio la cortó de raíz con la mente en un abrir y cerrar de ojos. En ese momento, el sabio alcanzó la consciencia infinita, que no puede ser modificada jamás; era como el estado de consciencia de un recién nacido. Abandonó toda objetividad y el menor movimiento de la consciencia. Rebasó el estado conocido como pashyantî y alcanzó la consciencia del sueño profundo. Continuó todavía más allá y alcanzó la consciencia trascendental de turîya, que es un estado de bienaventuranza que no admite descripción alguna, porque es y no es, es algo y nada al mismo tiempo, luz y oscuridad sin intermedios. Ésta es la plenitud de la consciencia y de la inconsciencia, que sólo puede ser

indicada por la negación de los Vedas: No es esto, no es esto. Llegó a lo que está más allá de toda descripción posible.

La verdadera naturaleza de la mente es la estupidez. Cuando muere, aparecen todas las cualidades nobles y puras. Algunos sabios llaman mente pura al estado de pureza que vive el sabio liberado. La existencia de esta natural bondad del sabio liberado se conoce como estado de pureza o *satva*, o también como la muerte de la mente con permanencia de la forma, que es la primera de la que te he hablado.

La muerte total de la mente, en la que incluso la forma mental se desvanece, corresponde a los sabios desencarnados o *videha mukta*. En ese caso, la mente no deja ni la menor huella de su paso. No puede ser descrita de forma positiva, pues ahí no hay presencia ni ausencia de cualidades, no hay virtudes ni sus contrarios, no hay luz ni oscuridad, no hay ideas en absoluto, ni tendencias, ni existencia, ni inexistencia. Es un estado de perfecto equilibrio y tranquilidad que no puede compararse con ningún otro conocido. Los que han ido más allá de la mente y de la inteligencia, alcanzan este estado supremo de paz perfecta.

Debes meditar en esta verdad una y otra vez, del principio al fin, reflexionar sobre ella y caminar siempre por este sendero. Aunque te ocupes de tus actividades diarias, no te sentirás esclavizado si tu mente está absorbida en esta verdad; de lo contrario, caerás al vacío como el poderoso elefante se despeña por un acantilado. Si te limitas a conceptualizar esta enseñanza para tu ejercicio intelectual y no la pones en práctica en tu propia vida, tropezarás constantemente como un ciego y terminarás cayendo por tierra.

Para alcanzar el estado de perfección que te he mostrado, debes vivir una vida sin apegos, haciendo lo que es apropiado en cada momento. Puedes estar seguro de que esto es esencial en el aprendizaje de las escrituras. Lo único que hay es consciencia infinita no afectada por los conceptos de tiempo y espacio, ni sujeta a ninguna división o polaridad interna. Lo único que hay es este ser infinito que por alguna razón se manifiesta de forma dual. Pero si el infinito no admite ninguna división, ¿cómo puede manifestarse tal dualidad? Si conoces esto, estarás libre del sentimiento del ego y disfrutarás plenamente del ser. No hay mente, ni ignorancia, ni almas individuales: todo eso sólo son

conceptos que surgen en el creador *Brahmâ*, la mente cósmica original. Sean lo que fueren los objetos, la mente y los deseos, todo ello no es más que la consciencia cósmica, que brilla en los bajos mundos lo mismo que en la tierra y en el cielo, como consciencia pura.

El estado mental de los liberados en vida que ven al mismo tiempo la suprema verdad y la apariencia objetiva, se conoce como *satva*. Es impropio llamar mente a este estado, sólo es *satva*. Los conocedores de la verdad carecen de mente y están en un estado de perfecto equilibrio y ecuanimidad. En ellos no brota ningún concepto de dualidad o unidad, ni nada parecido, porque su corazón carece de tendencias latentes. En este estado de *satva* la semilla de la ignorancia se consume con la misma facilidad con que arden las hojas secas y la ilusión no vuelve a manifestarse nunca más.

Tú has alcanzado ese estado de *satva* y tu mente se ha consumido en el fuego de la sabiduría. ¿Qué sabiduría es ésta? Saber que el infinito *Brahman* es el infinito *Brahman* y la apariencia objetiva sólo una apariencia cuya realidad es el mismo *Brahman*. Esta apariencia objetiva, por ejemplo tu cuerpo, al que tratan

como si fueras tú, es inconsciente y por ende irreal; su realidad es la realidad de su substrato, que sólo es consciencia. ¿Por qué te lamentas? Si sientes que todo lo que hay es consciencia, no necesitas ninguna noción de diversidad que acompañe a esa consciencia. ¡Recuerda tu naturaleza esencial de consciencia infinita! Abandona toda noción de diversidad. Tú eres lo que eres: un ser autoluminoso más allá de todos los conceptos. ¡Te saludo, ser cósmico hecho de consciencia infinita!

Lo que en verdad eres es un magnífico e insondable océano de consciencia en el que numerosos universos aparecen y desaparecen como las olas en un mar tumultuoso. Eres el espacio infinito y debes permanecer en un estado de total ecuanimidad. El calor es inseparable del fuego, la fragancia no puede divorciarse del loto, ni la negrura del colirio o la blancura de la nieve, el dulzor no puede separarse de la caña de azúcar, ni la luz de la antorcha; del mismo modo, la experiencia no puede apartarse de la consciencia. Los universos experienciados son inseparables de la consciencia, porque las olas no pueden concebirse sin el océano que les sirve de soporte y fundamento.

Todavía más, la experiencia no es una cosa distinta de la consciencia y el sentimiento del ego no es distinto de la experiencia. Los sentidos no son diferentes de la mente, el cuerpo no es algo distinto de los sentidos y el mundo no es distinto del cuerpo. No podemos decir que estas categorías aparentemente diversas hayan sido establecidas por nadie, ni si llevan existiendo mucho o poco tiempo. La verdad es que todo esto no es más que el infinito que se autoexperiencia a sí mismo.

En el vacío sólo hay vacuidad. *Brahman* penetra al propio *Brahman*, la verdad sólo resplandece en la verdad y la plenitud colma la plenitud misma. Los sabios, aunque viven en este mundo, no hacen nada porque nada pretenden hacer. En situaciones que puedan suscitar euforia o depresión, debes permanecer inafectado por estas emociones como si fueras un tronco de madera listo para arder en el fuego. El que se comporta amablemente incluso con el que está tratando de matarlo, es un verdadero buscador de la verdad. Toda práctica religiosa por parte de uno que no ha dominado el amor y el odio, es un esfuerzo inútil. Sólo el que se ha librado de la actividad volitiva y egoísta y no siente ningún

apego por las cosas, es un hombre liberado o *jīvan mukta*: aunque destruya el mundo no está haciendo nada. El que ha superado todo concepto y tendencia mental, ha superado la muerte y la esclavitud. Es como una lámpara sin combustible por quemar.

La ignorancia del ser es la fuente de todos los problemas y calamidades humanas. ¿Hay algún problema que no surja de la ignorancia del ser? La idea de la creación es consecuencia de esa ignorancia que la mantiene y fundamenta. El ignorante es visitado constantemente por el dolor y sólo de vez en cuando por el placer. El que cree firmemente que el cuerpo es el ser no puede poner fin a su error y el autoconocimiento no puede brotar en él con facilidad. Mientras este error gobierna su vida, el ignorante tropieza una vez tras otra y no puede comprender ni evitar su dolor. Los frescos rayos de la luna son sentidos por él como gases venenosos. Las puertas del infierno están abiertas de par en par, impacientes por recibir a esos locos.

Sólo en el corazón de un imbécil crece el árbol seco de la infatuación que da cobijo a los numerosos pájaros de las tendencias mentales. En el bosque de su vicioso corazón crepita el

fuego del amor y del odio. Su mente está inundada por los celos que favorecen el crecimiento de la crítica destructiva y del insulto como una maleza inextricable y perversa. La única flor que buscan las abejas en su corazón es la envidia. La muerte tiene verdadero sentido para estos locos pecadores. El nacimiento y la infancia conducen a la juventud, la juventud conduce a la vejez y ésta acaba con la muerte; este ciclo es experimentado una y otra vez por el ignorante. El hombre ignorante es como un cántaro atado a la cuerda que llamamos mundo, que unas veces se siente sumergido en el pozo del dolor y otras sacado inesperadamente de él. Lo que es un inexplicable océano de dolor para el ignorante, para el sabio no es más que la pisada de un buey. El ignorante que pretende saciar sus apetitos no puede librarse de la cadena de la esclavitud, como un pájaro enjaulado es incapaz de encontrar la libertad. Su mente, intoxicada por innumerables tendencias y conceptos, no puede detener la rueda giratoria del nacimiento y la muerte que llamamos *samsâra*.

La distinción entre las olas y el agua es irreal y meramente verbal. Igualmente, la distinción

entre *avidyâ* y *vidyâ* también es verbal y no responde a un significado substancial. ¡Aquí no hay ignorancia ni sabiduría! Cuando dejas de ver la ignorancia y el conocimiento como dos entidades distintas, sólo existe lo que existe, lo que es, el ser que es consciencia pura. La reflexión de *vidyâ* en ella misma, es lo que se considera *avidyâ*. Cuando esas dos nociones son trascendidas, lo que queda es la verdad, que tanto puede ser algo como no ser nada en absoluto. Es omnipotente, vacía como el espacio aunque, sin embargo, tampoco está vacía porque está llena de consciencia. Es tan indestructible como el espacio que hay dentro de una vasija y la realidad de todas las cosas. Como un imán mueve las limaduras de hierro por su sola presencia, el ser causa el movimiento cósmico por su mera función de ser, sin pretenderlo en modo alguno. Por eso se dice que no hace nada.

Lo que tiene un principio, también tiene un final. Cuando se han excluido todas las cosas que tienen principio, lo que queda es la verdad sin final, que sólo es la cesación de la ignorancia. Puedes considerarlo como algo o como nada: lo que realmente es tendrás que examinarlo cuando la ignorancia haya sido despejada. El dulzor que

uno saborea no puede ser experimentado por otro y escuchar de otro la descripción de la cesación de la ignorancia no produce la propia iluminación. Cada uno debe comprenderlo y realizarlo por sí mismo. En resumen, *avidyâ* es la creencia en que existe una realidad diferente de *Brahman*; cuando se sabe de cierto que todo es *Brahman*, *avidyâ* cesa por completo.

Esta ignorancia, conocida como *avidyâ* o *ajñâna*, también se ha hecho tan densa e irrevocable por su repetida experimentación por los sentidos durante cientos de reencarnaciones pasadas, en el interior y en el exterior del cuerpo. En cambio, el autoconocimiento, no está al alcance de los sentidos y sólo surge cuando los sentidos y la mente, que es un sexto sentido, han cesado por completo.

Vive en este mundo firmemente establecido en el autoconocimiento, como el rey Janaka. De ese modo comprenderás constantemente la verdad, ya estés activo o quieto, despierto o dormido. El mismo Señor *Vishnu* se encarnó en este mundo y tomó un cuerpo sin abandonar ni por un momento este autoconocimiento. Del mismo modo, el Señor *Shiva* permanece establecido en este conocimiento del ser, y el

Señor *Brahmâ* también está en este estado supremo. Establécete en el autoconocimiento, como ellos.

Todo lo que este mundo mágico es y lo que parece ser, no es más que Brahman o la consciencia absoluta y nada más que Eso. La consciencia es *Brahman*, el mundo es *Brahman*, todos los elementos son *Brahman*, yo soy *Brahman*, mis enemigos son *Brahman*, mis amigos y parientes también son *Brahman*. *Brahman* es los tres periodos de tiempo porque todos ellos se fundamentan en *Brahman* mismo. Igual que el océano parece crecer a causa del oleaje, *Brahman* parece expandirse en la infinita diversidad de substancias. *Brahman* es quien comprende a *Brahman* y quien experiencia a *Brahman*. *Brahman* sólo se manifiesta en *Brahman* por su propio poder. **Brahman** es la forma de mi enemigo que me ofende y me molesta a mí que también soy *Brahman*. Si esto es como digo, ¿quién puede hacer algo a otro?

Las modificaciones de la mente como la atracción y la repulsión, el gusto y el disgusto, han sido producidas en la imaginación y sólo pueden ser destruidas por la ausencia de pensamientos. Si sólo *Brahman* se mueve en

todas las cosas, que también son *Brahman*, y sólo *Brahman* se desdobra en la diversidad de los seres como *Brahman*, ¿qué es la alegría y qué la tristeza? *Brahman* se satisface con el propio *Brahman*; *Brahman* está establecido en *Brahman*. ¡No existo yo ni ningún otro ser distinto a *Brahman*!

Puesto que *Brahman* todo lo penetra, no hay muerte ni seres vivos. Las olas que juegan en la superficie del mar no nacen ni mueren. Lo mismo les ocurre a los seres de esta creación. Las erróneas nociones de ser y dejar de ser sólo surgen en el ser. No tienen una verdadera causa ni motivación alguna, como el cristal refleja objetos de diferentes colores sin voluntad por su parte.

El ser permanece idéntico a sí mismo aunque la energía *shakti* proyecte una incalculable diversidad sobre la superficie del océano de la consciencia. En este mundo no hay entidades independientes tales como cuerpos, etc... Lo que vemos como el cuerpo y lo que concebimos como nociones u objetos de percepción, lo perecedero y lo imperecedero, los pensamientos y los sentimientos, lo mismo que sus contenidos, sólo son *Brahman* en *Brahman* mismo, la

consciencia infinita. La mente (*manas*), el intelecto (*buddhi*), el sentimiento del ego (*Ahamkâra*), los elementos cósmicos radicales (*tanmâtra*), los órganos de los sentidos (*îndriya*), y los fenómenos en general, son *Brahman* mismo; el placer y la tristeza sólo son ilusiones, palabras sin contenido substancial alguno. Como un simple sonido que vibra en medio de las montañas provoca ecos múltiples, la consciencia cósmica, que es una, experimenta la multiplicidad en sí misma como el que sueña ve los objetos soñados en su interior.

Si el oro no es reconocido, es arrojado y mezclado con el barro que lo rodea; cuando no reconocemos a *Brahman*, surge la ignorancia. El conocedor de *Brahman* declara que un gran hombre es el propio Señor y *Brahman* mismo; el ignorante es ignorante porque no reconoce esta verdad. Cuando el oro se reconoce como oro, se convierte instantáneamente en oro; cuando *Brahman* se reconoce como *Brahman*, se transforma al momento en *Brahman*.

Puesto que es omnipotente, *Brahman* es lo que cree ser sin motivación alguna para ello. Los conocedores de *Brahman* declaran que *Brahman* es el Señor, el gran ser que no actúa ni necesita

actuar, el agente y el propio instrumento sin motivación causal alguna y carente de cambio o transformación posible.

Mientras esta verdad no es comprendida, aparece en el ignorante como ignorancia, pero en el momento en que se comprende, la ignorancia se despeja de inmediato. Cuando no reconocemos a un pariente, lo tomamos por un forastero, pero en cuanto lo reconocemos, la idea del forastero desaparece por completo.

Cuando uno comprende que la dualidad es una apariencia ilusoria, el absoluto *Brahman* se comprende a sí mismo. Cuando uno piensa: “Esto no soy yo”, comprende la irrealdad del sentimiento del ego. De esta comprensión esencial nace el verdadero desapego hacia los objetos. Cuando uno comprende: “Yo soy realmente *Brahman*”, la consciencia de la verdad nace en su interior y el resto de las cosas desaparece y se funde en esa consciencia. Cuando se despejan las ideas de yo y tú, surge la realización de la verdad y uno comprende que todo lo que hay, sea lo que fuere, no es más que *Brahman* mismo.

¿Qué es la verdad? Yo soy *Brahman*. El sufrimiento, las acciones, la ilusión y el deseo,

no tienen ningún sentido para mí. Estoy en paz, libre de sufrimientos: ésa es la verdad. Estoy libre de defectos, soy todo lo que hay, no busco nada ni dejo nada: ésa es la verdad. Soy la sangre y la carne y los huesos y el cuerpo entero, soy consciencia y mente y *Brahman* mismo: ésa es la verdad. Yo soy el firmamento y el espacio y el sol y todas las cosas del universo: ésa es la verdad. Soy una hoja de hierba, soy la tierra, soy un tronco de árbol y el bosque entero, soy la montaña y el océano. Soy el *Brahman* no dual: ésa es la verdad. Soy la consciencia en la que todas las cosas están ensartadas y por cuyo poder todos los seres se ocupan de sí mismos en miles de actividades diversas, soy la esencia de todas las cosas: ésa es la verdad.

La verdad es que todas las cosas existen en *Brahman* y que de El fluyen todas ellas: todas las cosas son *Brahman*, que es omnipresente, el único ser, la verdad.

La verdad omnipresente que es consciencia pura vacía de objetividad se conoce como consciencia, ser, *Brahman*, existencia, verdad, orden y también como conocimiento puro. A su luz todos los seres conocen su propio ser. Yo soy ese *Brahman* que es consciencia pura después de

negar su apariencia como mente, intelecto, sentidos y otras ideas por el estilo. Soy la consciencia imperecedera bajo cuya luz brillan todos los elementos y el universo entero. Soy *Brahman*, cuyas chispas se proyectan continuamente como consciencia reflejada a través del universo. Cuando una mente pura ve esto, sólo puede expresarlo en silencio. Aunque parece estar en contacto con las experiencias objetivas del ego de innumerables seres vivos, se halla fuera de su alcance y ni siquiera puede ser tocado por ellos. Porque aunque es la fuente de toda felicidad, posee la naturaleza del sueño profundo desprovisto de diversidad, puro y apacible en sí mismo. En la relación sujeto-objetiva y la correspondiente sensación de placer, la felicidad de *Brahman* sólo se experimenta a nivel infinitesimal.

¡Yo soy el eterno *Brahman* libre de los erróneos sentimientos de placer y de tristeza y en consecuencia, puro. Soy la consciencia en la cual se produce el verdadero experiencia!, la consciencia pura en la que la inteligencia funciona sin la interferencia de los pensamientos. Soy este *Brahman* que es la energía inteligente que funciona en todos los elementos y se

manifiesta en el sabor característico de los frutos, etc...

Soy el *Brahman* sin cambios que sólo se comprende cuando se supera por igual la euforia por haber conseguido los deseos y la depresión por no haberlos conseguido. Cuando brilla el sol y los objetos del mundo son vistos bajo su luz, yo soy la consciencia que está en medio de los dos y que es el verdadero ser de la luz y del objeto iluminado. Soy la consciencia pura que existe indivisible en el estado de vigilia, en el sueño onírico y en el sueño profundo y que es el cuarto estado o estado trascendental conocido por *turîya*.

Como el sabor del jugo de la caña de azúcar es el mismo aunque la caña proceda de cien islas diferentes, la consciencia que mora en todos los seres es la misma y yo soy esa consciencia. Yo soy la consciencia-energía (*chit-shakti*) mayor que el universo y al mismo tiempo más sutil que la menor partícula atómica y por ello, invisible. Soy la consciencia que existe por doquier como la mantequilla en la leche y cuya verdadera naturaleza es experimentar.

Igual que una joya hecha de oro sólo es oro, soy la pura consciencia en este cuerpo, el ser que

ocupa el interior y el exterior de todas las cosas, la consciencia que refleja todas las experiencias sin sufrir ella misma cambio alguno y que no puede ser afectada por la impureza.

Saludo a esa consciencia que dispensa los frutos de todos los pensamientos, la luz que ilumina todas las antorchas, la meta suprema. Esa consciencia que penetra todos los miembros, siempre despierta y alerta, vibra sin descanso en todas las sustancias y es siempre homogénea e idéntica a si misma como si permaneciera despierta y al mismo tiempo en sueño profundo. Es la realidad que proporciona todas las características individuales y aunque está en el interior de todas y cada una de las sustancias, se halla lejos de ellas porque es inaccesible a la mente y a los sentidos. Continua e idéntica en la vigilia, en el sueño onírico, en el sueño profundo y en *turîya*, resplandece y se manifiesta cuando todos los pensamientos han cesado por completo, cuando todas las emociones y todas las excitaciones individuales se han disipado y desvanecido. Saludo a esa consciencia vacía de deseos y de sentimiento del ego que no puede ser dividida en partes.

He alcanzado esa consciencia que habita en

todo lo que hay y a pesar de todo, está más allá de la diversidad fenoménica. Es la red cósmica en la que están presos como inocentes pájaros todos los seres, en la que se manifiestan todos los universos aunque de hecho esta manifestación no ha ocurrido jamás. Es de la naturaleza de lo existente y de lo no existente y el lugar de descanso de lo bueno y lo malo, de lo divino y lo infernal. Interpreta los papeles de todos los seres y es la fuente de la paz y de todas las emociones, aunque permanece siempre homogénea y libre. Es la vida de los seres vivos, el maravilloso néctar que no puede ser robado por nadie, la realidad siempre existente, la consciencia que se refleja en las experiencias sensibles y que sin embargo no puede ser captada por los sentidos ni experienciada por ellos. Todos los seres disfrutan en su seno, aunque ella es pura felicidad más allá de todo goce. Semejante al espacio, rebasa el espacio; gloriosa, pero desprovista de toda expansión o movimiento. Aunque aparentemente lo hace todo, nada hace en absoluto.

Todo eso soy yo y todo esto es mío. Pero al mismo tiempo yo no soy nada pues no soy otro que yo. Ya he comprendido y realizado todo esto. No me importa que este mundo sea

substancial o una mera ilusión. Estoy libre de toda angustia y desasosiego.

Firmemente establecidos en la verdad, los sabios viven siempre en paz y ecuanimidad. Están libres de todas las tendencias psicológicas o *vâsanâs* y en consecuencia no buscan ni repudian la vida o la muerte, que para ellos es lo mismo. Permanecen inalterables en su experiencia directa como el monte Meru. Pueden vagar por bosques, islas o ciudades, y pueden trasladarse al cielo como si fueran ángeles o dioses; vencen a sus enemigos y gobiernan a los reyes, ocupándose de aquellas actividades que están de acuerdo con las enseñanzas de las escrituras, comprendiendo que ésa es la conducta adecuada. A su debido tiempo cumplen los deberes de la vida familiar y a veces se involucran en guerras feroces. Pero conservan su ecuanimidad en las situaciones más desastrosas donde los demás pierden el equilibrio mental y la paz interior.

Su mente ha logrado el estado de *satva* y está completamente libre de ilusión, de sentimiento del ego y de deseos, aunque no elude la actividad ni busca recompensa por sus acciones. No se siente eufórico porque ha vencido a sus

enemigos, ni cae en el llanto y la desesperación cuando es derrotado por ellos. Deja que los acontecimientos ocurran sin deliberación alguna por su parte.

Sigue su ejemplo. Olvida el sentimiento del ego, conocido por *Ahamkâra*, y realiza las acciones que espontáneamente reclamen tu atención. Porque la única verdad es la consciencia indivisible e infinita, que ha proyectado esta apariencia de diversidad que no es real ni irreal. Debes vivir completamente despegado de las cosas y acontecimientos del mundo. ¿Por qué te lamentas como si fueras un ignorante?

“Esto es mi riqueza”, “Este es mi cuerpo” o “Esta es mi nación”, sólo son ideas, una manifestación de la energía mental, completamente ilusorias desde el punto de vista substancial. Puedes estar seguro de que esto es un largo sueño o mejor una prolongada alucinación, o un sueño despierto o un pensamiento cargado de deseos. Cuando alcances el despertar por la gracia de Dios o del ser, verás todo esto con suma claridad. La existencia de un mundo independiente de tí o de la mente sólo es un truco de la mente, es el mero reconocimiento

de una idea como si fuera una sustancia material y perceptible. Yo he nacido de la mente del creador *Brahmâ*, el mundo también ha nacido en esa mente como una idea. De hecho, el propio *Brahmâ* es una idea en la mente cósmica y el mundo objetivo no es más que otra noción mental. Todas estas ideas se fortalecen en la mente al ser revestidas repetidamente con el manto de la verdad y brotan una y otra vez produciendo esta apariencia ilusoria.

Cuando un hombre busca con resolución la fuente de estas ideas, realiza la consciencia pura; si no lo hace así, sigue experimentando sin cesar este mundo ilusorio. Porque el constante planteamiento de ideas como “Esto es mío” o “Este es mi mundo”, hace que tales ideas asuman la apariencia de substancialidad que pretenden. La permanencia del mundo también es una ilusión: lo que transcurre en un breve instante en un sueño, puede ser experimentado por el soñador como toda una vida. En un espejismo sólo se percibe un agua ilusoria y no el substrato que la hace posible, que es la mente; de modo semejante, en el estado de ignorancia uno sólo ve el mundo ilusorio y no el substrato que lo hace posible, que es la consciencia. Pero cuando uno

vence esta ignorancia, la apariencia ilusoria se desvanece como los mismos sueños. Ni siquiera el hombre más cobarde se deja atemorizar por un tigre imaginario; el sabio que sabe que el mundo es una simple idea imaginaria no siente temor por nada. Si uno sabe que el mundo no es nada más que una apariencia del propio ser, ¿de qué va a sentir temor? Cuando nuestra visión se purifica por la investigación (*vichâra*), se disipa el imaginario conocimiento del mundo.

Si hemos comprendido que la muerte es inevitable para todo lo nacido, ¿por qué hemos de lamentar el fallecimiento de nuestros parientes o nuestro propio acercamiento al fin postrero? Si hemos comprendido que unas veces atravesamos circunstancias prósperas y otras adversas, ¿por qué hemos de alegrarnos o entristecernos por ello? Si vemos que los seres vivos aparecen y desaparecen como las olas en la superficie de la consciencia, ¿qué razón o sentido puede tener nuestro sufrimiento? Lo que es verdad, siempre es verdad y lo que es irreal, continúa siéndolo por mucho que lo neguemos; ¿por qué hemos de sufrir entonces?

En consecuencia, no debemos depender de la fe y el deseo de lo que es irreal, porque tal

expectación sólo puede conducirnos a la esclavitud. Vive en este mundo sin alimentar esperanza alguna. Hay que hacer lo que es preciso hacer y descartar lo que es inadecuado. Vive feliz y dichoso en este mundo sin pensar que unas cosas son agradables y otras dolorosas. Lo único que existe en todas partes y en todo momento es la consciencia infinita. Lo que parece ser, sólo es una apariencia. Cuando comprendemos la apariencia como apariencia, comprendemos y realizamos lo que es. Puedes pensar que no eres nada y que tus experiencias no te pertenecen, o creer que eres todo lo que hay; en ambos casos te verás libre del cebo del mundo objetivo. Las dos actitudes son positivas: adopta la que prefieras y sé consecuente con ella. Te verás libre de toda atracción y repulsión (*râga-dvesha*).

Todo lo que hay en el mundo, en el cielo y en el firmamento, puede ser alcanzado por el que somete las fuerzas del amor y del odio. Todo lo que hace el ignorante movido por estas fuerzas, le conduce al sufrimiento; el que no supera estas fuerzas, aunque sea muy versado en las escrituras, es despreciable y digno de lástima.

Te lo repito una y otra vez para confirmar tu

despertar espiritual: este mundo objetivo es como un sueño prolongado. ¡Despierta de una vez! Capta el ser que brilla como el sol. Sin duda te sientes algo confundido con este chaparrón de deliciosas palabras: nacimiento, dolor, pecado e ilusión son cosas que no tienen nada que ver contigo. Abandona todas estas ideas y permanece firme en el ser.

Has alcanzado el autoconocimiento, y ahora estás completamente despierto. Permanece siempre en ese estado y no te dejes involucrar nunca más en la apariencia ilusoria del mundo.

El cuerpo inerte no concibe ningún deseo que motive su acción y el ser tampoco siente deseo alguno; por consiguiente, no hay acción ni agente, sino meramente la inteligencia que todo lo ve. Cuando surge la ilusoria idea de que este cuerpo es una realidad, aparece inmediatamente el duende del ego como nace un fantasma en la imaginación de un niño. Esta falsa mente o sentimiento del ego se mueve de un lado a otro de tal modo que hasta los más grandes hombres, atemorizados por ella, prefieren retirarse en meditación profunda. Sin embargo, el que es capaz de vencer al fantasma de la mente o sentimiento del ego, vive sin ningún temor en

este vacío conocido como mundo.

Todo lo que un hombre cree hacer con el cuerpo, es hecho en realidad por el ego, con ayuda de las riendas de la inhalación y la exhalación que hemos llamado *puraka* y *rechaka*. El ser es indirectamente considerado como la causa de todo esto, del mismo modo que el espacio es considerado responsable del crecimiento de las plantas en la medida en que no se opone a él. Igual que una lámpara se considera responsable de la visión de un objeto, el ser se considera responsable de las acciones del cuerpo y de la mente porque ambos funcionan con la luz del ser. Pero no hay ninguna conexión entre el cuerpo inerte y el ser consciente. A causa de la energía del ser que hemos llamado *chit-shakti* y está siempre en vibración, se produce una agitación que es la responsable de la confusión entre el cuerpo y el ser.

Tú eres el ser, no la mente. ¿Qué puedes hacer con ella? La mente que reside en el cuerpo no tiene nada que ver con el ser, aunque crea impudicamente ser el propio ser. Esa creencia te priva de coraje. ¡Deshazte de este fantasma y mantente firme!

¿Quién es Dios? Dios no es *Vishnu*, *Brahmâ* ni *Shiva*, ni el viento, ni el sol ni la luna, ni los *brahmânas* ni los reyes, ni tú ni yo, ni Laksmî ni la mente. Dios no tiene forma y no está determinado por objeto alguno, sea cual fuere; el esplendor (*devanam*) no creado que no tiene principio ni fin, es lo que se conoce como Dios o el Señor *Shiva*, que es consciencia pura. El sólo es todas las cosas y sólo él merece ser adorado.

Lo único que existe en este mismo momento, completamente vacío de objetividad, es la consciencia infinita o *chid-âkâsha*, que sigue existiendo después de la disolución cósmica. Los conceptos y nociones iluminados por la consciencia en su interior, brillan como esta creación a causa del movimiento de la energía *shakti* en el interior de la consciencia, del mismo modo que los sueños surgen en el estado onírico. Ningún objeto de percepción puede existir fuera de esta consciencia omnipresente e infinita.

Como en un sueño los objetos parecen existir y actuar en los límites de su mundo soñado, los objetos imaginados en el mundo de la vigilia también parecen existir y actuar separados de la consciencia misma. Pero en ambos casos, nada de esto sucede realmente. La consciencia es la

única realidad substancial, tanto en el sueño como en la vigilia. Ella es el Señor, la verdad suprema: tú eres Eso, yo soy Eso y todo lo que hay es Eso.

El Señor al que debemos rendir culto es algo que sobrepasa toda la creación, que está más allá de toda descripción posible, más allá de conceptos como todo o la totalidad en su conjunto. Lo que se designa como Dios es algo indiviso e indivisible en el espacio y en el tiempo, cuya luz ilumina todos los objetos, la consciencia pura y absoluta. Es la inteligencia que está más allá de todo análisis porque se mantiene oculta bajo todo lo que existe, la existencia de todo lo existente y que despoja a los seres de su existencia, puesto que ella también vela y oculta la verdad del ser. Esté *Brahman* que está a medio camino entre el ser y el no ser, es el verdadero Dios o *Mahâdeva* y la verdad designada como OM. Existe en todas partes como la savia que nutre a la planta. La pura consciencia que hay en tí mismo, en mí y en los dioses y diosas, sólo es este Dios que todo lo penetra. Los demás dioses dotados de forma no son nada más que esa consciencia pura. El universo entero sólo es esa consciencia. Eso es

Dios y todo lo que llamamos yo: todas las cosas se alcanzan desde y a través de él.

Todo es pensado, desplegado y hecho por esa infinita consciencia que brilla como el sol. Se manifiesta como todos esos cuerpos que en realidad son inertes y que se producen mutuas experiencias al entrar en contacto unos con otros. Es como un tifón, que sólo puede ser visto porque agita infinitas partículas de arena y de polvo como si se movieran por sí mismas.

Esta consciencia parece proyectar una sombra en su interior que es lo que se considera inercia o *tamas*. Del mismo modo, en el cuerpo, los pensamientos y las ideas, que sólo son su sombra, generan acciones a la luz de esa consciencia. Sin ella, no podríamos percibir un objeto aunque estuviera frente a nosotros, porque el cuerpo no puede existir ni funcionar sin ella. Lo que surge en esa consciencia, sólo es consciencia.

De ese modo, se transforma en su propio objeto, creando el espacio, el aire y los demás elementos materiales. Al mismo tiempo, en su interior, proyecta el tiempo y se transforma en un *jîva* dotado de inteligencia y mente limitadas. La consciencia se transforma a sí misma en algo

aparentemente inconsciente e inerte, como el agua se transforma en hielo transparente. A consecuencia de ello, la mente se torna confusa y comienza a acumular deseos y expectativas, cae en el cebo de la lujuria y de la angustia, siente experiencias favorables y adversas y se agarra desesperadamente a vanas esperanzas que perpetúan esa ilusión. ¡Comprende el tremendo poder de esa inercia que llamamos *tamas*! A causa del simple olvido de su estado natural, la consciencia sufre grandes trastornos y sufrimientos y experimenta un estado digno de compasión.

La consciencia piensa erróneamente que es desgraciada, como una mujer desequilibrada puede pensar que es una pordiosera. Debida a la falsa asunción del sentimiento del ego, la consciencia piensa que el mundo es lo real y que ella es un cuerpo limitado y frágil. La única causa de experimentar el mundo como real es la mente, pero no puede ser considerada una verdadera causa si tenemos en cuenta que esa mente no puede ser distinta de la consciencia infinita. Cuando se comprende en profundidad que la mente perceptora es irreal, queda muy claro que el mundo percibido también es irreal.

En la consciencia pura no existe la división del que ve, lo visto y la visión, como en una roca no puede haber aceite. La distinción entre yo y tú también es imaginaria. La diferencia entre la unidad y la multiplicidad es meramente verbal. Como la oscuridad no existe en el sol, estas nociones no existen en absoluto en el ser. Los opuestos como el ser y el no ser, el vacío y el no vacío, son meros conceptos. Cuando son investigados en profundidad, desaparecen y lo único que queda es la consciencia pura inmodificable.

La consciencia no puede sufrir modificación alguna ni adquirir impurezas de ninguna clase. Esas impurezas también son imaginarias: la imaginación es precisamente la impureza. Cuando esto se comprende, cesa la imaginación y la impureza. Sin embargo, incluso en aquellos que lo han comprendido ya, la impureza se mantiene hasta que la imaginación ha sido completamente extirpada. Por el esfuerzo personal esta imaginación puede ser rechazada con facilidad, ¡uno puede dejar caer los tres mundos con la misma facilidad que suelta una caña sujeta entre sus manos! ¡No hay nada que no pueda conseguirse con el propio esfuerzo!

La consciencia infinita, inmodificable y no dual, no puede ser comprendida por la mente individual. Es pura, eterna, omnipresente y vacía de mente, inmodificable e inmaculada, la consciencia inmóvil que existe como el testigo de todo lo que hay, como la luz alumbra los objetos materiales sin realizar ninguna acción especial. En la materia es la energía que dinamiza lo inerte. Está en todas partes sin sufrir divisiones particulares en la pluralidad de las cosas.

La acción surge del pensamiento, el pensamiento es la función de la mente y la mente es consciencia condicionada, pero la consciencia, de hecho, es incondicionada. El universo sólo es una representación en la consciencia, como una imagen que se refleja en una bola de cristal, pero la consciencia no está condicionada por esa reflexión. El “*jîva*” es el vehículo de la consciencia, el sentimiento del ego (*Ahamkâra*) es el vehículo del “*jîva*”, la inteligencia (*buddhi*.) el vehículo del sentimiento del ego, los pensamientos (*manas*) el vehículo de la inteligencia, el “*prâna*” el vehículo de los pensamientos, los sentidos (*indriya*) el vehículo del “*prâna*”, el cuerpo el vehículo de los

sentidos, y el vehículo del cuerpo es el movimiento, la acción, el “*karma*”. Cuando funciona el “*prâna*”, la mente actúa, porque el “*prâna*” es el vehículo de la mente. Pero cuando la mente se hunde en el corazón (*hridayam*), el “*prâna*” deja de moverse. Y cuando el “*prâna*” no se mueve, la mente alcanza el estado de quietud, es decir no produce ese reflejo de la consciencia que pone en marcha el mundo y el “*jîva*”. Mientras se mueve el “*prâna*”, la mente continúa actuando, como un jinete se mueve mientras su caballo está en marcha.

Puesto que la consciencia está presente en todo momento y en todas partes, la dualidad es absurda e imposible. El concepto de uno surge del concepto de dos, y viceversa; cuando la dualidad se comprende como diversidad de la consciencia, se ve como consciencia y nada más; entonces el efecto y la causa son una y la misma cosa, indivisible, perfecta. Puesto que la consciencia es su propio objeto, no deja de ser consciencia en ningún momento; sus modificaciones son pensamientos vacíos de sentido. Decir que hay olas sobre la superficie del océano es como decir que montañas de agua flotan sobre el mar. ¿Pero qué son las olas

separadas del océano o qué son los pensamientos separados de la consciencia? Sólo la consciencia es eso, yo y lo que hay entre ambos, es decir el factor que percibe la diferencia entre eso y yo. La consciencia infinita que es una, se percibe diversa y plural como *Brahman*, la verdad, *Shiva*, el vacío, el ser supremo, uno y sin segundo.

La creencia en la existencia de los duendes, provoca su existencia. La creencia en la dualidad, provoca la dualidad. Cuando se conoce el ser no dual, la dualidad se desvanece como por encanto. La creencia da origen a la diversidad, cuando rechazamos esa creencia, la diversidad desaparece. Las creencias y los pensamientos conducen indefectiblemente al dolor, mientras que el no pensamiento y la ausencia de creencias es la pura felicidad. Con la ayuda del fuego de la sabiduría, evapora el agua de tus creencias y queda en paz para siempre al captar la consciencia una e infinita.

Abandona el hábito de aprehender los objetos con tu mente. Los que conocen lo único que merece la pena conocer, dicen que el ser es la espada que corta por igual la paz y las preocupaciones. Pero si lo prefieres, sigue prestando un mínimo de atención extrovertida

para que puedas oír lo que sigue.

¡Nada se consigue estando completamente inactivo! Este cuerpo se conserva vivo y activo por la energía vital o *prâna*. Sin esa fuerza vital el cuerpo es completamente inerte. La inteligencia que experimenta todo esto es la consciencia sin forma. Cuando cesa el contacto del cuerpo y la fuerza vital, lo único que ocurre es que esa energía se separa de ese cuerpo. La consciencia, más pura que el espacio, no perece en esa separación.

Un espejo limpio refleja lo que está ante él, pero cuando está cubierto de suciedad no se produce la reflexión. Del mismo modo, cuando el *prâna* ha dejado de mover el cuerpo, aunque seguimos viéndolo, ya no refleja los objetos como cuando estaba en contacto con el *prâna*.

La consciencia, aunque es infinita y omnipresente, puede limitarse a tomar consciencia del cuerpo y de la mente. Cuando este defecto de objetivación es superado, brilla por sí misma como el ser supremo. Ella misma es el creador *Brahmâ*, *Vishnu*, *Shiva*, *Indra*, el sol, la luna y el Señor Supremo. Algunas de estas divinidades, como *Brahmâ*, *Vishnu* y *Shiva*, no son engañadas por la ilusión cósmica. Sólo son

aspectos de la consciencia infinita que participan de su naturaleza esencial, como el hierro al rojo vivo participa de la naturaleza del fuego. Por que ninguna de estas divinidades ha sido creada por la consciencia infinita ni existe con independencia de ella. En realidad, no son más que ideas, aunque siempre hay ideas más densas e importantes que otras. Resultaría inútil e imposible describir el alcance de todas las ideas que pueden brotar de la ignorancia.

Sólo la consciencia infinita merece ser adorada y venerada. Pero es inútil rendirle adoración, y ningún mantra sirve para eso, porque ella es inmediata, lo más próximo a uno mismo, nuestro propio yo y por tanto no necesitamos adorarla, invocarla o reclamar su presencia de ningún modo. La mejor forma de adoración es la profunda comprensión o realización de esta consciencia infinita.

La consciencia infinita puede ser comparada con la última partícula subatómica que oculta en su seno la mayor de las montañas. En un sólo instante, abarca la extensión de todos los siglos, porque nunca se separa ni se desdobla de sí misma como algo distinto. Más diminuta y sutil que la punta de un cabello, penetra el universo

entero, nadie ha visto sus límites o acotaciones. No hace nada, se limita a imaginar el universo y a eso lo llamamos creación. Manteniéndole en su totalidad, tampoco hace nada. Aunque no es substancial, penetra y reside en todas las substancias. El universo es su cuerpo, pero no tiene cuerpo. Es el eterno ahora, pero también es el antes y el después. A menudo, sonidos carentes de significado alguno cobran significación cuando se transmiten de unos individuos a otros como artificios convencionales. Todas las ideas sobre el ser y el no ser están basadas en la lógica, pero la infinita consciencia está más allá de toda verdad lógica como hemos dicho antes: es, incluso, lo que no es.

Esta creación en su conjunto es como un escenario en el que estas fuerzas de la consciencia danzan al ritmo del tiempo. La más importante de todas ellas se conoce como “orden causal” e impone la secuencia de manifestación de los fenómenos. También se conoce por acción, voluntad o querer, etc... Es la potencia que ordena las características específicas de cada cosa, desde la más humilde hoja de hierba al creador *Brahmâ*. Este orden natural no está

regido por ninguna emoción, pero no está libre de limitaciones; protagoniza esta danza dramática que conocemos como mundo objetivo, representando diversos papeles (compasión, cólera, etc...) y genera y consume los siglos y las estaciones al compás de la música celestial y el rugir de los océanos, iluminado por el sol, la luna y las estrellas y poniendo en escena infinitos actores que son los seres vivos de todos los mundos. El Señor es el testigo silencioso y alerta de esta danza cósmica. El es, al mismo tiempo, el danzante y la danza, es decir el orden causal y los acontecimientos.

El Señor que merece la adoración constante de los santos, es venerado por los sabios como *Shiva*, *Vishnu*, etc... Ahora voy a describirte las principales formas en que recibe veneración.

Para adorarlo, uno debe abandonar la idea de cuerpo. El verdadero culto es la meditación. Debemos adorar constantemente al señor de los tres mundos por medio de la meditación. ¿Pero cómo podemos contemplarlo? El es pura inteligencia, más radiante que cien mil soles brillando juntos, la luz que ilumina todas las luces, la luz interior; su garganta es el espacio, el firmamento sus pies, los puntos cardinales sus

brazos, los mundos las armas que lleva en sus manos, todo el universo está oculto en su corazón, los dioses son el vello de su piel, las potencias cósmicas sus energías corporales, el tiempo su perro guardián y tiene miles de cabezas, ojos, oídos y brazos. Lo toca todo, lo saborea todo, lo oye todo y aunque está más allá del pensamiento, piensa a través de todo lo que existe. En todo momento lo hace todo, concede lo que cada uno piensa o desea, reside en todo, es todo y lo que tiene que ser buscado por todos. Así debemos contemplarlo.

El Señor no debe ser adorado con objetos materiales sino con nuestra propia consciencia. No hace falta encender velas, ni derramar incienso, ni ofrecerle flores, alimentos o pasta de sándalo. Puede ser alcanzado sin el menor esfuerzo y sólo puede ser adorado por la profunda comprensión o realización del ser. Ésta es la meditación y la adoración supremas: la continua e inquebrantable consciencia de su presencia interior, la luz interior de la consciencia. Mientras hacemos cualquier cosa: ver, oír, tocar, oler, comer, movernos, dormir, respirar o hablar, debemos comprender y realizar nuestra naturaleza esencial como consciencia

pura. De este modo alcanzaremos la liberación.

La meditación es la ofrenda, el agua que se ofrece a la divinidad para lavar sus pies y sus manos; el autoconocimiento alcanzado por la meditación es la flor que debe servirnos como nueva ofrenda de posterior meditación. El ser no puede ser alcanzado por otro medio que por la meditación.

Ahora voy a describirte la adoración interior del ser, que es la más grande entre las más puras y consume la ignorancia de modo absoluto. Tiene que ser constante, ya estemos de pie o caminando, dormidos o despiertos, en cualquier actividad. Es preciso contemplar al Señor sentado en el corazón y, produciendo todas las modificaciones en el interior de uno mismo. Es preciso adorar el “*bodha-lingam*”, la consciencia manifestada o autoconsciencia, que duerme y despierta, camina y se detiene, toca lo que tiene que ser tocado, abandona lo que tiene que ser abandonado, disfruta los placeres y prescinde de ellos, se ocupa de las actividades externas, concede valor a las acciones y permanece en los órganos vitales como silenciosa quietud. Esta inteligencia interior debe ser venerada en todo lo que nos sucede impremeditadamente.

Firmemente sentados en la corriente de la vida y de sus experiencias purificadas con el baño del autoconocimiento, debemos adorar esta inteligencia interior con los materiales de la realización del ser.

Debemos contemplar al Señor como la luz proyectada por el sol y la luna, como la inteligencia que yace oculta en los objetos materiales, como la consciencia extrovertida que fluye a través de los conductos corporales hacia el mundo exterior, como el “*prâna*” que se agita delante de nuestra nariz, como la potencia que transforma los contactos sensibles en percepciones significativas, como el conductor del “*prâna*” y del “*apâna*” que habita en secreto en la cueva de nuestro corazón. El que conoce todo lo conocible y realiza todas las acciones, el experienciador de todas las experiencias, el pensador de todos nuestros pensamientos. El que conoce inmediatamente todas las partes o miembros de nuestro cuerpo, ilumina todas las experiencias y es reconocido como ser y como ausencia

Aunque lo es todo, no tiene partes, aunque es omnipresente, reside en el cuerpo, disfruta sin disfrutar, es inteligencia en cada miembro. En la

mente es la facultad de pensar y está en medio del “*prâna*” y del “*apâna*”. Habita en el corazón, en la garganta, en el velo del paladar, en el punto medio de las cejas y en la punta de la nariz. Es la realidad en los treinta y seis elementos, trasciende los estados internos y produce los sonidos interiores, trayendo a la existencia a ese pájaro nervioso de la mente. Es la realidad de lo imaginario y de lo no imaginario. Habita en todos los seres, como el aceite en las semillas. Reside en el loto del corazón (*hridayam*), pero también está fuera del cuerpo. Resplandece como consciencia pura y puede ser visto en todas partes inmediatamente, por que es el puro experimentar de toda experiencia, que aparentemente se desdobra en sujeto y objeto cuando aprehende los objetos de tales experiencias.

El que contempla de este modo es la misma ecuanimidad, pues su conducta es ecuaníme, guiada por una visión justa. Ha alcanzado el estado de bondad natural y pureza interna y es hermoso en todos los aspectos de su ser, porque adora al Señor que es inteligencia que penetra su cuerpo por entero y lo envuelve.

Esta adoración debe practicarse

continuamente, día y noche, con todos los objetos que obtenemos sin esfuerzo alguno y son ofrecidos al Señor con la mente firmemente establecida en la ecuanimidad y en la rectitud, porque el Señor es consciencia que sólo se preocupa de los espíritus rectos. El Señor debe ser adorado con todas las cosas que se obtienen espontáneamente y nunca debemos hacer el menor esfuerzo por conseguir lo que no tenemos para adorarlo. Todos los placeres que disfruta el cuerpo, como comer, beber, estar con nuestras mujeres y los demás placeres semejantes, deben ser ofrecidos al Señor. El Señor debe ser adorado con las enfermedades que padecemos y con todas las experiencias desdichadas y los sufrimientos que nos toque soportar. El Señor debe ser adorado con todas nuestras acciones, incluyendo la vida y la muerte y hasta con nuestros sueños. El Señor debe ser adorado con nuestra pobreza y nuestra prosperidad. El Señor debe ser adorado incluso con nuestras peleas y disensiones, igual que con nuestros deportes y nuestros entretenimientos y con las manifestación de las emociones de amor y de odio. El Señor debe ser adorado con las nobles cualidades de un piadoso corazón: la amistad, la compasión, la alegría y la

tolerancia.

El Señor debe ser adorado con todo tipo de placeres que nos sobrevengan sin buscarlos, ya sean sancionados por las escrituras o tal vez prohibidos por ellas. El Señor debe ser adorado tanto con lo que se considera agradable como con lo que consideramos indeseable, con lo que consideramos adecuado y con lo que estimamos inadecuado. Por esta adoración, uno debe abandonar lo que ha perdido y debe aceptar lo que ha recibido sin pretenderlo.

Todo nuestro tiempo debe ser ocupado en esta adoración, establecidos en la perfecta ecuanimidad ante todo lo percibido, sea agradable o desagradable. Debemos considerar todas las cosas como buenas y afortunadas o tal vez como una mezcla de fortuna y desgracia. Comprendiendo y realizando que todo es el ser uno, debemos adorar al ser en ese espíritu, contemplando con una visión ecuánime tanto lo bello y agradable como lo repugnante e impermanente. Así debemos adorar al ser.

Debemos abandonar nociones de ser esto o lo otro y realizar que todo esto es *Brahman*, la única consciencia indivisible e infinita. Con este espíritu debemos adorar al ser. En todo momento

y bajo cualquier circunstancia, uno debe adorar al ser por medio de y a través de todo lo que obtiene. Uno debe adorar al ser después de abandonar toda distinción entre lo deseable y lo aborrecible e incluso apreciando en las cosas esa diferencia, pero utilizándola como objetos de adoración.

Sin desear ni rechazar nada, debemos disfrutar con lo que obtenemos de modo natural y espontáneo. No debemos sentirnos exaltados ni deprimidos por los objetos, ya sean grandes o insignificantes, como el espacio no se siente afectado por los objetos que existen y crecen en su seno. Debemos adorar al ser sin deseos ocultos en todos los objetos que coinciden con nosotros en el tiempo, lugar o circunstancias cualesquiera, ya sean considerados socialmente malos o buenos.

Sólo podemos considerar adoración del ser, la que es practicada en estado de ecuanimidad, como el espacio, con la mente completamente tranquila sin el menor movimiento de pensamientos en su interior y en ausencia de toda perversidad. En ese estado de ecuanimidad sin esfuerzo, el sabio experimenta una infinita expansión en su interior mientras realiza sus

funciones naturales sin deseo ni reticencia de ningún tipo. Ésta es la naturaleza del adorador de la consciencia. La ilusión, la ignorancia y el sentimiento del ego no brotan ni en sueños en un hombre como éste. ¡Permanece en tal estado, sabio Vâsishtha, experimentando todas las cosas como hace un niño! Reverencia al Señor en tu cuerpo con todo lo que el tiempo te proporciona en cualquier circunstancia y vive en paz, libre de deseos.

Hagas lo que hagas y estés donde estés, todo es adoración del Señor que es consciencia pura. Considerándolo todo como una adoración del ser, el Señor se siente complacido.

Gustos y disgustos, atracción y repulsión, amor y odio, no se fundamentan en el ser como algo distinto de su propia naturaleza, en realidad sólo son palabras. Incluso los conceptos indicados por los términos “soberanía”, “pobreza”, “placer”, “pena”, “mío”, “otros”, etc... son una adoración del ser, porque la inteligencia que los concibe es el propio ser. El conocimiento del universo es el culto más adecuado del universo.

¡Qué sorprendente y misterioso es que este ser que es consciencia pura, parezca olvidar su

propia naturaleza y llegue a creerse un “*jîva*” individual! En este ser cósmico que es la realidad de todas las cosas, no hay división entre el adorador, la adoración y lo adorado. Es imposible describir este ser cósmico que sostiene el universo entero sin fisuras, por que es imposible mostrar otra cosa que tenga relación con él. Los que consideran que Dios está limitado por el tiempo y por el espacio, no merecen ser incluidos en este grupo. Por tanto, después de abandonar todos los conceptos de limitación, abandonando incluso la división entre el adorador y lo adorado, debes adorar al ser con el ser. Queda en paz, puro y libre de deseos. Considera que todas tus experiencias y expresiones son una adoración del ser.

Si hay algo más allá de la mente, ¿cómo puede comprenderse y realizarse? Si el buscador se siente impaciente por alcanzar la liberación y está dotado de “ignorancia sátvica”, con este tipo de ignorancia y la ayuda de las escrituras, supera la obscura ignorancia, como un lavandera suprime la suciedad de la ropa con ayuda de otra cosa sucia. Por esta acción la ignorancia es desterrada, el ser realiza el ser y se ve a sí mismo en su luminosa naturaleza.

Cuando un niño juega con un carbón, ensucia de negro sus manos. Si se las lava y se pone a jugar otra vez con el carbón, se ensucia de nuevo. Pero sí no vuelve a tocar el carbón, sus manos permanecen limpias. Del mismo modo, si uno investiga la naturaleza del ser y al mismo tiempo detiene todas las acciones provocadas por la ignorancia, la suciedad se desvanece. Pero sólo el ser puede llegar a tomar consciencia del ser.

No contemples esta diversidad objetiva como el ser. No creas que el autoconocimiento es el resultado de la enseñanza de un maestro. El gurú o preceptor posee también mente y sentidos; el ser, *Brahman*, está más allá de la mente y de los sentidos y sólo puede ser alcanzado cuando éstos han cesado, pero de ningún modo con su ayuda, pues eso significa que aún existen. Sin embargo, aunque la instrucción del maestro, no es realmente un medio para realizar el autoconocimiento, es conveniente considerarlo así en una fase previa de aproximación.

El ser no se manifiesta por las escrituras ni por la enseñanza del gurú, pero tampoco se revela sin ellas. Sólo se manifiesta cuando todo eso actúa conjuntamente. Cuando el conocimiento de las escrituras, la enseñanza del

preceptor y el esfuerzo disciplinado del discípulo actúan simultáneamente, el ser se revela por sí mismo.

Lo que queda cuando los sentidos han dejado de funcionar y todos los conceptos de placer y dolor se han desvanecido, es el ser, *Shiva* que también se designa con los términos de “Eso”, “verdad” o “realidad”. Pero lo que queda cuando todo eso deja de funcionar, existe también cuando la mente y los sentidos están presentes, como el espacio sin límites. Por compasión hacia el ignorante que permanece engañado, en un esfuerzo por despertar su sed de liberación, los redentores del universo (*Brahmâ, Indra, Rudra* y los otros dioses) han compuesto las escrituras como los *Vêdas* y los *Purânas*, utilizando palabras como “consciencia”, “*Brahman*”, “*Shiva*”, “ser”, “Señor”, etc... Aunque estas palabras parecen implicar una diversidad de seres, en verdad no existe tal diversidad.

El verdadero significado de las palabras “*Brahman*”, etc... sólo es la consciencia pura. En relación con ella, hasta el espacio ilimitado es grosero y substancial como una pesada montaña. Cuando esta consciencia pura se percibe como un objeto cognoscible, da lugar al concepto de

inteligencia o consciencia individual, aunque en realidad no es objeto de conocimiento alguno pues es el ser más interno de todo lo existente. A causa de su provisional y errónea conceptualización, la consciencia pura da origen al sentimiento del ego o “*Ahamkâra*”.

Así son creadas todas las sustancias, aunque de hecho nada ha sido creado. Todo ello sólo son aparentes modificaciones de la consciencia infinita. Como los objetos soñados están en el interior del que los suena, el universo substancial no es nada distinto y separado de la consciencia infinita. Pero igual que los objetos soñados parecen cosas percibidas mientras uno los está soñando, las cosas del universo parecen tener una realidad objetiva mientras la mente está en estado de vigilia

Cuando se comprende la verdad sobre ello, resplandecen como el Señor. Sin embargo, hasta eso mismo es falso, porque jamás han sido objetos materiales o sustancias. Su aparente sustancialidad sólo ha sido producida por el concepto de sustancialidad u objetividad que nosotros experimentamos al producirse la percepción. De este modo, al producir ella misma la sustancialidad, la consciencia ve la

objetividad de los objetos.

Condicionada por esos pensamientos, la consciencia parece sufrir y este dolor es su limitación. Pero esta limitación sólo está basada en pensamientos o ideas. ¡La verdad está más allá de tales experiencias y el mundo sólo es un espejismo! En consecuencia, ¿qué es esa limitación mental que construye un objeto y un sujeto limitados? ¿Quién bebe el agua de ese espejismo? Cuando todo esto es rechazado, sólo queda la realidad no condicionada por nada. Podemos considerarlo como ser o como no ser, pero es lo único que hay, lo único que es, lo único que existe. Las limitaciones o condicionamientos mentales son un ilusorio no ser, parecido a un fantasma; cuando las expulsamos de nuestro lado, la ilusión de la creación se desvanece. El que considera real este espejismo del sentimiento del ego, no está preparado para la instrucción. Los maestros enseñan solamente al hombre dotado de sabiduría, no al insensato que sólo cree en la realidad de este mundo aparente, como el estúpido que concede la mano de su hermana a un hombre que ha conocido en un sueño.

El “*jîva*” percibe los elementos que

constituyen su cuerpo en el vacío, como el que sueña percibe muchos objetos en su vacío interior. La consciencia o ser cósmico percibe este universo de diversidades en su interior como si estuviera soñando y este sueño se prolongara hasta este momento. El “*jîva*” se cree *Brahmâ*, *Vishnu* y *Shiva*, pero todo esto no son más que formas pensadas, que conciben y perciben otras formas y las experimentan como si fueran verdaderos objetos. La única realidad en estas percepciones es el concepto primordial de ego, que brota en el momento en que la consciencia se concibe como un objeto y piensa que está percibiendo otros objetos. Este instante coincide con un siglo y sus múltiples divisiones también pensadas. En cada átomo de existencia se está representando continuamente el drama de la autoocultación y el autoconocimiento, que no son otra cosa que formas pensadas y en cada momento creadas por la consciencia cósmica. Pero nada es creado en y por esa consciencia, que permanece siempre invariable e inmóvil.

Desde que el Señor me instruyó de esta forma, he practicado el culto al ser infinito y gracias a esta práctica, aunque esté ocupado en las tareas comunes, vivo libre de todo

sufrimiento. Practico el culto al ser indiviso aparentemente dividido, con flores y con todo lo que se me ofrece de modo natural, incluso con mis acciones naturales.

Poseer y ser poseído es común a los cuerpos encarnados, pero el *yogui* permanece siempre alerta y esta continua vigilancia es la adoración del ser. Adoptando esta actitud interna y con una mente vacía de apego, deambulo por el terrible bosque del *samsâra*. Si haces lo mismo que yo, no te arrepentirás.

Cuando te sobrevengan las mayores calamidades, como la pérdida de los seres queridos o de la riqueza, si inquietas la naturaleza de la verdad de la manera que te he enseñado, no te verás afectado por la alegría ni por la tristeza. Ahora sabes cómo surgen y cesan esas cosas y conoces el destino del hombre que se deja engañar por ellas por no investigar su verdadera naturaleza. Ellos no tienen nada que ver contigo y tú no tienes nada que ver con ellos. Ésta es la irreal naturaleza del mundo. No te preocupes por ello.

Tú eres consciencia pura jamás afectada por la ilusoria percepción de la diversidad de lo creado. Cuando veas esto, ¿cómo podrán surgir

en tí ideas de lo deseable o lo repugnante? Comprendiéndolo, permanece establecido en el estado de consciencia llamado *turîya*.

El placer derivado de las experiencias sensibles es pasajero. La repetición de una experiencia placentera no nos proporciona el mismo deleite. ¿Quién sino un loco puede desear esas fugaces alegrías? Los objetos sólo nos proporcionan placer mientras son deseados. Por tanto el placer depende del deseo; ¡rechaza todo deseo de este tipo!

Si con el paso del tiempo, alcanzas la experiencia del ser, no la conserves en tu mente como un recuerdo que pretendas revivir nuevamente, porque eso sería alimentar el sentimiento del ego y cuando estés en la cumbre del autoconocimiento, sería estúpido caer de nuevo en el pozo de *Ahamkâra*. Deja que tus esperanzas mueran y tus nociones desaparezcan por completo, deja que la mente alcance el estado de no-mente mientras vives totalmente desapegado de las cosas. Sólo estás esclavizado por la ignorancia, si conoces el ser no sufres ninguna esclavitud. Por tanto, esfuérzate por todos los medios en permanecer alerta en el autoconocimiento.

Cuando te despreocupes de las experiencias sensibles y experiencias todo lo que acontezca inesperadamente, habrás alcanzado un estado de pureza y ecuanimidad libre de recuerdos y tendencias latentes. En tal estado no sufrirás ninguna distracción. Cuando el conocedor, el acto de conocer y lo conocido se hunden en el ser, el puro experimentar no sufre ninguna división de este tipo.

Este mundo ilusorio ha nacido a causa del movimiento de los pensamientos en la mente. Cuando éstos cesan, la ilusión también cesa y la mente se transforma en no-mente. Este mismo efecto puede ser alcanzado también por la detención del *prâna*: es el estado supremo. La felicidad que se experimenta en el estado de no-mente, es incausada y no tiene fundamento alguno en todo el firmamento. Esta felicidad es inexpresable e indescriptible y no debe llamarse felicidad. La mente del conocedor de la verdad es no-mente, puro *satva*. Después de vivir durante algún tiempo con esa no-mente, se alcanza el estado de *turîyâtita*, más allá de *turîya*.

Todas las manifestaciones y modificaciones no son otra cosa que *Brahman*, la consciencia cósmica, sin manifestación ni modificación

alguna. Esta misma distinción, su modificación en sentido de cambio o en cualquier otro sentido, no significa nada en *Brahman* mismo. Puesto que en la semilla no hay otra cosa que la semilla, las flores y los frutos son de la misma naturaleza de la semilla: la sustancia de la semilla (*Brahman*) es idéntica a la sustancia de los efectos que se derivan de ella (el universo). La homogénea masa de consciencia no produce otra cosa que lo que ella misma es. Cuando se comprende profundamente esta verdad, cesa toda dualidad y engaño. La consciencia nunca se torna inconsciente. Todo lo que puede existir, sea lo que fuere y donde fuere, sólo es *Brahman*. Existe eternamente en estado potencial en la masa homogénea de consciencia, que es como una roca.

El tiempo, el espacio y los demás factores de la llamada creación, no son nada más que consciencia. Cuando se comprende que no son nada más que pensamientos y que el ser es uno e indivisible, ¿cómo pueden considerarse irreales? En la semilla no hay otra cosa que semilla y no la diversidad que luego se revela en ella. Pero al mismo tiempo contiene la idea de diversidad potencial que suponemos presente en la semilla,

las flores, los frutos y todo lo demás. A pesar de ello, la consciencia es una, desprovista de diversidad; la diversidad universal existe solamente como una idea.

La roca de la que te estoy hablando es única, el pensamiento de numerosos lotos sólo surge en relación con esa roca única y solitaria. La misma noción de diversidad surge en la consciencia sin producir diversidad alguna. Lo mismo que el agua del espejismo es y no es al mismo tiempo, la diversidad de la consciencia es y al mismo tiempo no es. Todo esto es *Brahman*, la consciencia infinita. Igual que la idea de la existencia de lotos en la roca, no destruye ni afecta a la roca misma. *Brahman* es inafectado por este mundo objetivo que existe como la verdadera naturaleza de *Brahman* en *Brahman* mismo. No hay una diferencia esencial entre *Brahman* y el universo: ambos son sinónimos. Cuando la realidad se ve de este modo, sólo se ve a *Brahman*.

Como el agua que vemos en el mundo no es más que oxígeno e hidrógeno, el universo objetivo no es más que *Brahman*. La consciencia se manifiesta como mente, montañas y todo lo demás. Del mismo modo que las alas y las

plumas multicolores del pavo real ya están en el huevo del precioso pájaro, el poder o facultad de desarrollo está potencialmente presente en la consciencia infinita. Todo lo que vemos como esta diversidad universal objetiva, si lo viéramos con los ojos de la sabiduría, o por mejor decir, con el ojo que es sabiduría, sólo lo veríamos como *Brahman*. Porque este mundo es una aparente diversidad no dual, como la noción de diversidad en los fluidos del huevo del pavo real. La distinción entre *Brahman* y el universo, que también es una idea, es dual y no dual a la vez. El substrato de esa distinción es la unidad en la diversidad, que es el estado supremo.

La infinita consciencia penetra y envuelve el universo entero y este universo existe en aquella consciencia. Su mutua relación es de diversidad y de no diversidad, como las distintas formas y aspectos del pavo real en la sustancia del huevo. ¿Qué diversidad hay en ellas?

Todo lo que hay, desde el sentimiento del ego al gusano más miserable, ha adquirido la naturaleza de sustancia, aunque nunca ha sido creado. Todas las cosas se ven donde no ha surgido nada. Por esa razón, los sabios, los dioses y los iluminados, permanecen en la

consciencia trascendental, gozando la dicha de su verdadera naturaleza. Comprendiendo la ilusión de la dualidad del observador y el objeto, y el consiguiente movimiento del pensamiento, su mirada es fija e inmutable.

Aunque los veamos actuar, esos sabios no se hacen ninguna idea de esta existencia ilusoria. Se mantienen firmemente arraigados en el abandono de la relación entre el conocedor y lo conocido, desconocen la relación sujeto-objeto. Su fuerza vital no siente agitación ninguna. Son como figuras pintadas en un lienzo y como en esas figuras, su mente no se mueve en absoluto, porque han abandonado las tendencias conceptualizadoras de la consciencia.

Con un ligero movimiento de su pensamiento, realizan todas las tareas cotidianas, como lo hace el Señor. Sin embargo, ese mínimo movimiento y la experiencia de contacto del observador con el objeto, también les produce alegría, porque su consciencia es absolutamente pura, vacía de imágenes, conceptos y nociones.

Ese estado de pureza del ser, la verdadera naturaleza de la consciencia, no es una visión que pueda ser percibida por la mente y los sentidos. Es algo impensable, no está lejos ni

cerca, no es fácil ni difícil, sólo puede captarse por experiencia directa.

Es todo lo que existe y nada más, pero no es el cuerpo, ni los sentidos, ni la fuerza vital, ni la mente, ni el depósito de la memoria de las tendencias latentes, ni el *jîva*, ni ningún otro movimiento de la consciencia que podamos imaginar. No es real ni irreal ni algo intermedio entre ambos, ni vacío ni lleno, ni tiempo, ni espacio, ni sustancia. Cuando descorremos los cien velos del corazón, experimentamos el ser en todo lo que vemos.

No tiene principio ni fin. Se toma siempre como algo diferente porque está presente en todas partes. Millares de seres nacen y mueren cada día sin afectar para nada a ese ser presente en todos ellos, tanto en el interior como en el exterior. Permanece en todos los seres sin presentar la más pequeña diferencia con el infinito.

Aunque aparentemente ocupado en una incansable acción, permanece libre del sentimiento de yo y mío. Todo lo que se ve en este mundo es *Brahman* libre de características y cualidades, eterno, apacible, puro y completamente inmóvil.

Si *Brahman* no sufre modificación alguna, ¿cómo surge en él este mundo ilusorio que es y no es al mismo tiempo?

La verdadera modificación es la transformación de una sustancia en otra distinta a la que no puede retornar como cuando se cuaja la leche la cuajada no puede volver a ser leche. Pero ése no es el caso de *Brahman* que está inmodificado antes de la manifestación del mundo, y sigue inmodificado después. En el momento inicial y en el postrero, sólo es consciencia homogénea e inmodificada. Su momentánea y aparente modificación, no es más que una ligera perturbación de la consciencia, no una verdadera modificación que le impida recuperar su forma anterior que nunca ha perdido. En este *Brahman* no hay un sujeto ni un objeto de consciencia. Las cosas son lo que son al principio y vuelven a ser lo mismo al final. Aunque en el punto medio parecen ser algo diferente, esto se considera irreal. ¡El ser es el ser en el comienzo y en el fin y en medio de ambos no puede ser otra cosa! Jamás sufre una modificación o transformación real.

En ese ser que es consciencia pura, ¿cómo se produce esa ligera perturbación?

Tengo la convicción de que en su naturaleza no se produce perturbación alguna. Utilizamos palabras como *Brahman* a efectos de la comunicación de la enseñanza, pero estos términos no deben hacernos concebir ideas de unidad o pluralidad. Tú y todas las cosas sois el mismo *Brahman*: la ignorancia no existe.

Las expresiones como *jîva*, ignorancia, etc... han sido inventadas para ayudar a instruir al que todavía no ha despertado. Uno se ve obligado a utilizar ciertas artimañas de sentido común para despertar al buscador antes de comunicarle el conocimiento de la verdad. Si uno declara que todo es *Brahman* a una persona que no ha despertado aún, es como si un hombre apenado pide a un árbol que le libre de su dolor. El que duerme, sólo puede ser despertado por medios oportunos. Pero el que ha despertado ya puede ser iluminado por la verdad. Ahora que estás completamente despierto, te estoy diciendo la verdad.

Tú eres *Brahman*, yo soy *Brahman*, el universo entero es *Brahman*. Hagas lo que hagas, ten presente esta verdad en todo momento y realízala en tu corazón. Este *Brahman* es la realidad de todos los seres como la arcilla es la

sustancia real de millares de vasijas y recipientes. Lo mismo que el viento no es esencialmente distinto de su movimiento, la consciencia no es distinta de su movimiento interno o *shakti*, que causa todas estas manifestaciones fenoménicas. La semilla de la idea que cae en el terreno abonado de la consciencia es la que da lugar a esta aparente diversidad objetiva. Si esa semilla del pensamiento no cae, la mente no se desarrolla.

Cuando observas esta ignorancia con suma atención, no ves nada, la percepción se desvanece por completo. Lo irreal recupera entonces su irrealidad. Sólo estamos hablando del agua de un espejismo, que al ser irreal nunca es agua en sentido estricto. A la luz de la verdad, se revela la realidad de todas las cosas y la percepción ilusoria se desvanece.

Esta infinita consciencia, que parece haber asumido la naturaleza del *jîva*, y haber olvidado su verdadera naturaleza, experiencia todo lo que piensa como un ser real. Como un niño ve un fantasma nocturno como si fuera real, el *jîva* concibe los cinco elementos como existentes. No son más que ideas del *jîva*, pero éste las ve como si estuvieran presentes y así las experiencia.

Como el vacío es inherente al espacio, el conocimiento es inherente a la consciencia. Pero en este caso la consciencia cree que el conocimiento es su propio objeto. Los diversos objetos limitados por el tiempo y el espacio, no son otra cosa que la división ideal de la consciencia producida por su división interior en consciencia y conocimiento, sujeto y objeto. Tal división no existe en el ser, que trasciende el espacio y el tiempo.

La consciencia infinita concibe las diversas criaturas por un conocimiento inherente a ella misma. Es su poder, que nadie puede cambiar. El espacio inerte es incapaz de reflejarse en sí mismo. Pero *Brahman* se refleja en sí mismo a causa de su naturaleza de consciencia infinita y se concibe a sí mismo como dualidad, aunque realmente es uno y sin forma.

Recuerda lo que le dijo Krishna a Arjuna: El ser no ha nacido ni puede morir; es eterno y no muere cuando muere el cuerpo. El que cree que mata y que es muerto, es un ignorante. ¿Quién puede aniquilar a este ser uno y sin segundo más sutil que el espacio? Capta este ser infinito, eterno, inmanifestado, cuya naturaleza es la consciencia pura que no tolera mancha. ¡Tú eres

innacido y eterno!

Toma una actitud semejante y conserva un total espíritu de renunciación, considerando que todo lo que haces y experiencias en este mundo es una ofrenda al *Brahman* supremo. Entonces comprenderás y realizarás la verdad que pone fin a todas las dudas y abatimientos.

Éste es el estado supremo, el maestro de los maestros, el ser, la luz que ilumina el mundo desde dentro, lo que concede a las sustancias su sustancialidad y carácter específico. La idea de mundo sólo aparece cuando este espíritu de investigación está ausente. Si soy antes que el mundo, ¿cómo puede atarme la idea de mundo? El que ha comprendido en profundidad esta verdad, no tiene principio ni fin. El que está dotado del sentimiento de no dualidad y sigue despierto como si estuviera profundamente dormido, no resulta perturbado aunque se implique activamente en la vida. Tal persona es un liberado aquí y ahora, un *jîvan mukta*.

Lo que parece ser el mundo sólo es en realidad la construcción mágica de la consciencia infinita, en donde no hay unidad ni pluralidad ¡Mis enseñanzas tienen la misma naturaleza! Las palabras, sus significados, el discípulo, su

voluntad de esfuerzo, la habilidad del maestro en el manejo de los términos, todo ello no es más que el juego de la energía de la consciencia infinita. En la paz de nuestro propio ser interior, la consciencia se estremece imperceptiblemente y este mundo surge ante un yo tan condicionado e ilusorio como él. Si la consciencia no experimenta esta vibración, no se produce ninguna visión del mundo objetivo.

La mente sólo es este ligero movimiento en la consciencia. La falta de comprensión de esta verdad es la visión del mundo, que a su vez agrava e intensifica el movimiento del pensamiento en la consciencia. Así se cierra el círculo. La ignorancia y la actividad mental se perpetúan mutuamente.

Cuando se despierta la inteligencia interna, cesa el deseo de placeres sensibles: ésta es la naturaleza del sabio, para quien esta cesación se produce de una manera natural y sin esfuerzo alguno, porque sabe que quien siente esas experiencias es la energía del ser. El que, para presumir o para complacer a sus admiradores, rechaza la experiencia que debe producirse necesariamente, es un tonto que golpea el aire con un bastón. Sólo alcanza el autoconocimiento

el que emplea los medios adecuados para ello.

El propio deseo de liberación puede interferir en la realización completa del ser, pero la ausencia de tal deseo perpetúa la esclavitud del *jîva*. Por tanto, es preciso estar siempre alerta y consciente de todo. La única causa de la esclavitud y de la liberación es el movimiento del pensamiento en la consciencia. La consciencia pone fin a este movimiento. El sentimiento del ego cesa en el mismo momento que uno se pone a observarlo, porque en realidad no tiene soporte alguno que le sirva de base. Por tanto, ¿quién está esclavizado y qué lo esclaviza y quién se libera de qué?

Los que están dotados de formas macrocósmicas como el creador *Brahmâ*, *Vishnu* o *Shiva*, están establecidos en el ser supremo y funcionan como señores o reyes del mundo. Establecidos en él, los sabios recorren el cielo sin encontrar obstáculo. El que alcanza este estado, no muere ni sufre en modo alguno. El sabio que reside en todo momento en el ser, cuya naturaleza es la consciencia pura e ilimitada, no siente ninguna aflicción aunque siga ocupado de las tareas del mundo cotidiano.

¡Comprende que todo esto es penetrado y

envuelto por ti que eres omnipresente y carente de cuerpo y mora siempre en paz en la felicidad suprema!

En el ser que es consciencia infinita, esta creación aparece sólo momentáneamente. En ese momento surge asimismo la noción ilusoria de que vivimos un largo período de tiempo. Por esa razón la creación nos parece sólidamente real e indiscutible.

Recuerda la conclusión a la que llegó Rudra tras imaginar que era un mendigo. Se dijo: La percepción irreal se consolida a causa de la identificación de ese cuerpo con el ser. Cuando uno investiga sobre su propia naturaleza, no encuentra nada permanente. ¡Basta pues de esta investigación que conduce a la nada! Este mundo es una mera ilusión óptica como el color azul del cielo, pura ignorancia. ¡Basta de esfuerzos para purificar esa ignorancia! Si este mundo objetivo, completamente irreal, quiere seguir apareciendo, dejémoslo, no puede causarnos ningún daño. Volveré a recorrer hacia atrás la cadena de transformaciones imaginarias y volveré a mi unidad primordial.

La noción del objeto da origen a la mente, al

olvidar la consciencia infinita. Más tarde, sufre múltiples experiencias y modificaciones. ¿Pero es esa mente realmente independiente del ser supremo? ¿No es acaso el mismo ser, que se olvida a sí mismo para ver los objetos? ¡El *jîva*, el cuerpo y todo lo demás, no son sino reflexiones o apariencias del ser supremo! Todos los movimientos del universo ocurren en la única consciencia infinita, que sólo es consciencia y nada más que consciencia. No hay movimiento ni ausencia de movimiento, no hay uno ni muchos, lo que es, es como es. La diversidad surge en el estado de olvido y se desvanece cuando comenzamos la investigación. El investigador existe sin duda alguna y éste es el estado supremo. La paz se manifiesta como mundo, sólo es éste mundo ilusorio. La ignorancia es irreal, no existe un espectador separado de lo contemplado y del acto de contemplar. La mente imagina un defecto en la luna, pero la luna no tiene ese defecto. El cuerpo o manifestación objetiva de la consciencia infinita no es otra cosa que consciencia. Por medio del silencio de la meditación profunda debes permanecer firmemente establecido en el estado de ausencia de movimientos de la mente.

Hay dos tipos de sabio silencioso o *muni*: el riguroso asceta y el sabio liberado. El primero controla sus sentidos violentamente y se ocupa con fanatismo en actividades (*kriyâs*) vacías de sentido. El sabio liberado, en cambio, comprende que lo real es real y lo irreal irreal, y haciendo uso del autoconocimiento, se comporta en este mundo como una persona ordinaria. La conducta de ambos sabios se considera como *muna* o silencio.

Han sido mencionados cuatro tipos de silencio: el silencio de la palabra, el silencio de los sentidos, la violenta contención de los sentidos y el silencio de la meditación profunda. El silencio conocido como el silencio de la mente sólo es posible para el que ha muerto o para el que practica el más riguroso ascetismo (*kâstha muna*) o el silencio de la meditación profunda (*sushupti muna*). Los tres primeros que hemos mencionado implican un silencio forzado y artificial. Sólo el cuarto conduce directamente a la liberación. Por tanto, aún a riesgo de contradecir o molestar a los que practican alguno de los tres primeros, afirmo que no son convenientes ninguno de esos tres.

El silencio de la meditación profunda es el

único que conduce a la liberación. En él, el *prâna* o fuerza vital no se retiene ni se estimula forzadamente, los sentidos no se estimulan ni se constriñen, la percepción de la diversidad no se suprime ni se favorece, la mente no es mente ni no mente. No hay división alguna entre el sujeto y el objeto y por tanto, no hay que hacer esfuerzo alguno por suprimirla. Esto es lo que se llama el silencio de la meditación profunda y el que lo practica puede meditar o no hacerlo, si lo prefiere. Sólo hay conocimiento de lo que es tal y como es, y ausencia de incertidumbre. Es un completo vacío, nada más. Carece de fundamento alguno. Su naturaleza es la paz suprema, de la que no puede decirse que sea real ni irreal. Es el estado en el que uno sabe que no hay yo ni otros, ni mente, ni nada derivado de la mente, como los pensamientos y los deseos; es el estado en el que uno sabe que el yo no es más que una idea de este mundo, que en realidad sólo es existencia pura. Eso es lo que se llama el silencio de la meditación profunda o *sushupti muna*. En este puro existir (*sat*) que es puro conocer (*chit*), ¿dónde estoy yo y los otros?

La mente no puede alcanzar un estado no mental o carente de movimientos (*vrittis*) hasta

que esas *vâsanâs* no son totalmente destruidas. La mente no se despega de la fuerza vital hasta que no se conoce a sí misma, es decir, hasta que no consigue el autoconocimiento. Cuando lo obtiene, las *vâsanâs* son destruidas y la mente también: en ese momento el *prâna* deja de moverse y se hunde en la paz suprema. Por medio de este autoconocimiento comprendemos profundamente la irrealdad de los conceptos sobre la objetividad del mundo. Esto suprime totalmente las *vâsanâs* y el nudo (*granthi*) que une la mente y el *prâna* o fuerza vital. ¡Las *vâsanâs* forman la mente! La mente sólo es una colección o agregado de *vâsanâs*, su desaparición es el estado supremo. El conocimiento (*jñâna*, *vidyâ*) es el conocimiento de lo real. La investigación (*vichâra*) es el conocimiento (*vidyâ*).

Si la mente se concentra unidireccionalmente en una sola verdad, el movimiento de la mente y en consecuencia la energía vital o *prâna*, cesan por completo. Pero el mejor método para conseguirlo es la pregunta por la naturaleza del ser infinito. Tu mente quedará completamente absorbida por esta pregunta y en ese momento cesarán al mismo tiempo la mente y la pregunta.

Fíjate, en el estado que surge entonces y establécete en él con decisión.

Cuando la mente no suspira por placeres sensibles, se absorbe en el ser, acompañada por la fuerza vital. La ignorancia es inexistencia, el autoconocimiento es la verdadera existencia. La mente, cuando cree que es una cosa real, sólo es ignorancia; la comprensión de su inexistencia es el autoconocimiento. Si la mente permanece absorbida en esa profunda pregunta por el ser, simplemente un cuarto de hora, sufre un cambio radical porque saborea el estado supremo del autoconocimiento y ya no lo abandona nunca más. En tal caso, las semillas del *samsâra* se queman y pierden su potencialidad, la ignorancia se despeja y las *vâsanâs* son completamente tranquilizadas. El que alcanza este estado se establece en *satva*, ve la luz interior y permanece en la paz suprema.

Brahman, el ser, que parece trasladarse sin cesar de un mundo soñado a otro, no abandona de hecho su naturaleza esencial, ni se olvida jamás de sí mismo. Desde un punto de vista positivo, este *Brahman* se denomina la verdad, el ser, etc..., pero puesto que está más allá de toda descripción posible; desde un punto de vista

negativo se le designa como vacío, lo indescrptible, etc... La realidad es todo lo que experimentamos como real. Aunque en la experiencia aparece con una forma particular añadida, no es más que consciencia pura. Se considera al ser de naturaleza minúscula o atómica, porque es extremadamente sutil e intangible, pero puesto que es lo único que hay, es infinito y la auténtica raíz de toda la existencia, el pensamiento sin forma que aparece en todas las formas. El mundo objetivo sólo es la carne que recubre la verdad que es la consciencia pura.

Esta consciencia se conoce por diversos nombres: *Brahman*, el ser supremo, etc... En ella no hay división de sujeto-objeto y su correspondiente relación que es lo que llamamos vulgarmente conocimiento. La consciencia se hace consciente de ella misma porque no puede realizarse de otra forma que tomándose ella misma por objeto. En ese momento la consciencia se manifiesta como mente, entendimiento y sentidos del conocimiento y la acción. Este mundo objetivo sólo es consciencia porque no hay nada fuera de ella, nada separado e independiente de ella misma. La consciencia no

sufre cambio alguno: todo cambio o movimiento no es más que una ilusión. En un océano imaginario, brotan olas también imaginarias. La sustancia mental que llamamos *chitta* es ese océano imaginado por la consciencia y las olas o *vruttis* de ese océano, los pensamientos, son tan imaginarios como ella. Pero no debemos olvidar que este mundo objetivo brota en la consciencia y por consiguiente no es distinto a ella.

El espectador y el espectáculo, es decir el sujeto y el objeto, sólo son consciencia. ¿Cómo ha podido brotar esta ilusión con conceptos de unidad y pluralidad? ¿En quién surge esa ilusión? ¿A quién le pertenece? Estoy en *nirvâna* sin la menor agitación mental, pues he comprendido que todo esto, tanto lo sentiente como lo insentiente, no es más que pura consciencia. No hay eso, ni yo, ni otro, no hay ser ni no ser. Sólo hay paz, el vacío inmóvil.

Recuerda como Chudâlâ instruyó a Shikhidhvaja: La riqueza, la esposa, el palacio, el reino y la sombrilla regia, no eran realmente tuyos, querido rey. ¡Renunciar a todo eso, no es renunciar a nada propio! Hay algo que tienes mucho más cerca y a lo que no has renunciado, ésa es la verdadera renunciación o *vairâgya*.

Cuando renuncies totalmente a eso, sin reservas de ningún tipo, alcanzarás la iluminación, porque ésa es la causa de todo lo que hay y en donde habitan todos los objetos de este mundo.

¡Cálmate, noble rey! La mente o *chitta*, que también recibe los nombres de *jîva*, *prâna* y muchos más, que no es consciente ni inerte, es el responsable de este estado de confusión e ignorancia en el que surgen todas las cosas. Esta *chitta* o mente es la confusión misma, el ser humano, el mundo, todo. Es la semilla del reino, del cuerpo, de la esposa y de todo lo que crees poseer. Cuando se prescinde de esa semilla, se renuncia a todo lo que hay en el presente y a lo que habrá en el futuro.

La mente es lo que algunos llaman *buddhi* (el entendimiento), otros llaman *manas*, otros sentimiento del ego, otros *prâna*, y muchas cosas más. La renunciación total sólo consiste en abandonar esa mente. Cuando se abandona la mente, la verdad se experimenta al instante, todas las nociones de unidad y diversidad desaparecen, y reina la paz.

En cambio, renunciando a lo que no consideras realmente tuyo, has creado una división en tu interior. Si uno renuncia a las

cosas materiales, éstas siguen existiendo en el vacío de la infinita consciencia. Cuando uno queda en el estado de total renunciación, como una lámpara sin combustible, resplandece con un brillo supremo. Aunque hayas renunciado al reino y a todo lo demás, sigues existiendo. Del mismo modo, cuando renuncies a tu mente, la consciencia infinita seguirá existiendo. Por consiguiente, querido rey, después de abandonarlo todo, permanece en esa forma en la que ahora mismo te encuentras, abandonando incluso la idea de haber renunciado a todo, que es el estado de paz suprema.

El verdadero autoconocimiento o conocimiento del Yo, es precisamente la semilla del árbol de la mente. Crece en el campo del ser supremo, que también es afectado por el poder ilusorio que conocemos como *Mâyâ*. En ese campo aparece una división sujeto-objetiva y entonces surge lo que denominamos experiencia. A partir de ahí, brota la facultad de determinación u objetivación de lo sensible, que se conoce como *buddhi*. Por supuesto no se trata de una forma distinta a aquel Yo inicial, pues sólo es la forma desarrollada de aquella semilla. Su naturaleza (la de *buddhi*.) es la

conceptualización o ideación, que también puede ser conocida como mente, *jîva* o vacío.

El tronco de este árbol es el cuerpo. El movimiento de su energía interior que produce su crecimiento es el efecto de las tendencias latentes o *vâsanâs*. Sus ramas, que son muy largas y se desplazan a enorme distancia, son las experiencias sensibles que se caracterizan por ser y no ser al mismo tiempo. Sus frutos son buenos y malos, el placer y el dolor, la felicidad y la desdicha.

Es un árbol nefasto. Tienes que procurar en todo momento talar sus ramas y cortar sus raíces, que tienen la misma naturaleza que las tendencias latentes, los conceptos y las percepciones. De ellas cuelgan los frutos de estas operaciones mentales que, como hemos dicho antes, son agradables y desagradables. La destrucción de estas ramas y sus frutos es secundario, lo esencial es cortar sus raíces.

¿Cómo podemos desarraigar totalmente este árbol? Por la continua investigación de la naturaleza del ser, que se expresa con la pregunta ¿Quién soy yo? Esta investigación es el fuego que consume las semillas y las raíces del árbol conocido por el nombre de *chitta*, la mente.

La ilusión del mundo objetivo se consolida con su repetida afirmación. ¡Cuándo el agua se hace un trozo de hielo, podemos sentarnos sobre ella! Sólo comprendemos la verdad cuando somos capaces de despejar nuestra ignorancia, sólo entonces se manifiesta el estado original del ser. Cuando la percepción de la diversidad objetiva queda atenuada, el “*samsâra*” deja de experienciarse y brillamos en nuestra propia gloria primordial.

Tú mismo eres el ser supremo. Ese cuerpo y esas formas se han manifestado a causa de la ignorancia y el conocimiento erróneo. Las ideas del creador y la creación con su diversidad de seres, no pueden demostrar su realidad. ¿Si no podemos demostrar la realidad de la causa, cómo podemos tomar el efecto como algo real? Todas las criaturas del mundo no son más que apariencias, como el agua de un espejismo. Y esas decepcionantes apariencias se disuelven en cuanto nos preguntamos por ellas.

Brahman o el ser supremo es uno y sin segundo, sin causa y sin efectos, porque no tiene razón para actuar ni para crear nada en absoluto. No es agente, ni acción, instrumento o semilla de actividad alguna. Por tanto no hay causa para tal

creación ni, por consiguiente, para la existencia de un creador. Tal cosa como la creación no existe. Tú no eres agente de ninguna acción ni disfrutador de experiencia alguna. Tú eres todo lo que hay, siempre en paz, innacido y perfecto. Puesto que no hay razón alguna ni motivo para la creación, no puede haber un objeto como lo que llamamos mundo, este mundo aparente no es más que una ilusión.

Cuando la objetividad del mundo se contempla como algo irreal, ¿en qué consiste su experiencia y quién la sufre? Cuando no hay experiencia, tampoco hay experienciador o sentimiento del ego. En ese momento, eres puro y libre, la esclavitud y la liberación son meras palabras sin sentido.

Instruido así, Shikhidhvaja dijo: *Brahman* no hace nada ni crea nada, puesto que no hay razón para ello. Por tanto, no hay mente ni sentimiento del ego y yo soy el ser puro. ¡Por fin he despertado! ¡Saludo a mi ser, como único objeto de mi propia consciencia! Pero, se preguntó: si la realidad es una, indivisible e infinita consciencia, ¿cómo puede surgir en ella esta aparente división del espectador, lo visto y la visión? La respuesta que recibió fue la siguiente:

Todo lo que existe en este universo, desaparecerá al fin de este ciclo y sólo quedará la esencia, que no es luz ni oscuridad, sino la pura consciencia que es la paz suprema e infinita. Está más allá de toda comprensión lógica e intelectual. Eso es *Brahman* o el “*nirvâna*”, más pequeño que lo más pequeño, mayor que lo más grande y mejor que la suprema excelencia. ¡Comparado con ello, lo que ahora ves sólo es una partícula ridícula e infinitesimal!

Este universo brilla como consciencia del yo y como el ser universal. No hay una diferencia real entre el ser universal y el universo, como no hay distinción entre el viento y su movimiento. En términos de espacio y tiempo, podemos decir que hay una relación causal entre el océano y sus olas, pero en el ser universal o consciencia infinita no hay tal relación y el universo carece de causa. En la consciencia infinita este universo flota como una partícula de polvo en un rayo de sol. La palabra “universo” aparece ante nosotros cargada de substancialidad e ilusoria realidad.

La única esencia de todo esto es la consciencia infinita, que todo lo penetra y envuelve. La consciencia es una y lo capta todo de una vez. Pero no podemos decir siquiera que

es una, a causa de la ausencia total de dualidad o divisibilidad que la define. Por tanto, basta con saber que sólo el ser es verdadero y no permitir que brote la idea de dualidad en él. Sólo él es en todo lugar, en todo momento y con todas las formas. No puede ser experimentado por la mente y los sentidos, ni alcanzado como un objeto de percepción, porque es puro experiencias sin experienciador ni objeto experimentado. Aunque lo describamos así, está más allá de toda descripción posible. Si no podemos decir que es o que no es, ¿cómo podemos afirmar que es la causa de la creación?

Lo que no tiene causa y es indescriptible no puede ser a su vez causa de otro, nada puede nacer de ello. Por consiguiente, el ser no es el agente, ni la acción ni el instrumento. Es la verdad, la eterna y absoluta consciencia, el autoconocimiento. En el *Brahman* absoluto no hay creación alguna. Podemos determinar teóricamente la aparición y la duración de una ola en el océano en función del tiempo y del espacio. Pero ¿cómo vamos a intentar algo parecido entre *Brahman* y la creación, si en *Brahman* no existen el tiempo y el espacio? En consecuencia, el universo no tiene fundamento

alguno que pueda ser determinado mentalmente.

En este mundo el ser supremo brilla como lo que es (*Shiva*), y todas las cuestiones sobre el mundo y el ego carecen de sentido. Esas preguntas pueden plantearse naturalmente acerca de las sustancias reales, pero no en relación con las que estamos tratando, cuya existencia no podemos demostrar. El mundo y el sentimiento del ego carecen de una existencia independiente del ser supremo. Puesto que no hay razón alguna para su existencia, lo único existente es el ser. Esta ilusión objetiva ha sido producida por la energía de *Brahman* al combinar los cinco elementos. Pero la consciencia permanece como consciencia y sólo es comprendida y realizada por la consciencia; la diversidad. El infinito surge de su propio interior como infinito, crea el infinito, nace del infinito y permanece como tal infinito. La consciencia sólo brilla como consciencia.

Si la consciencia infinita fuera la causa de alguna otra cosa, no podría considerarse incomparable e indescriptible. Pero *Brahman* no es causa ni semilla de nada en absoluto y mucho menos podemos considerarlo un efecto. Por consiguiente es absolutamente inadecuado

asociar de ningún modo la creación con *Brahman*, lo inerte con la consciencia infinita. Lo que parece manifestarse como mundo y como sentimiento del ego, sólo son palabras vacías que usamos para distraernos.

Puesto que no hay existencia material, tampoco existe el pensamiento. No hay un ego que ve el mundo ni un mundo visto por el ego. Permanece firme en la paz y en el equilibrio, libre de tendencias mentales, sin preocuparte de si estás vivo o muerto, dentro de un cuerpo o fuera de él. Si se comprende la realidad de *Brahman*, no hay lugar para la ansiedad ni las preocupaciones.

Por supuesto que no existe ni ha existido nunca una sustancia conocida como mente. Lo que se manifiesta de este modo y conocemos como mente, sólo es el infinito *Brahman*, aunque la ignorancia de su verdadera naturaleza nos hace concebirlo como mente y como mundo, es decir como sujeto separado de su objeto. Si estas dos nociones son insubstanciales, ¿cómo puedes considerar reales otros pensamientos derivados de ellas, como, “yo”, “tú”, etc.? Por consiguiente no hay nada real que podamos llamar mundo y lo que aparece como tal, es increado. Si todo lo que

hay sólo es *Brahman*, ¿cómo puede ser conocido y por quién?

Este mundo no fue creado en un momento determinado que podamos considerar como principio de un ciclo. Si te lo describo como una creación, es para que puedas comprenderlo de algún modo. Todo lo que ves a tu alrededor no puede haber sido creado nunca, puesto que no existe ningún agente ni factores causantes. Por consiguiente lo único que hay es *Brahman* y nada más, uno y sin segundo como dicen las escrituras. Es absurdo afirmar que el Señor sin nombre y sin forma ha creado el mundo. ¡Eso no puede ser cierto! Cuando vemos que esa creación es absurda y sin sentido, debemos comprender que la mente que sostiene esa idea, también es imaginaria y absurda.

La mente no es otra cosa que un haz de pensamientos que determinan y dividen la verdad. Pero tal división implica y supone una divisibilidad que de hecho no existe. Puesto que la consciencia infinita es incapaz de dividir y limitar, no hay determinación ni división alguna. La mente, que es el auténtico divisor o determinador, no puede ser real. Todo lo que se manifiesta es percibido por *Brahman* en el

mismo *Brahman* y tal percepción se conoce como mente por mero convencionalismo o cortesía. En realidad, sólo es consciencia infinita que se despliega como universo percibido. ¿Por qué lo llamamos, pues, universo? Desde el punto de vista de la consciencia infinita, el fenómeno más tenue sólo es una reflexión de la consciencia en sí misma, pero no hay un mundo fenoménico ni una mente que perciba ese mundo. Sólo la ignorancia del ser nos hace ver todo esto como un mundo, desde una mente igual de irreal que aquél.

Con esto sólo pretendemos negar la creación, no lo que es. La realidad de lo que vemos como el mundo es increada y sin principio y cuando lo comprendemos así, cuando comprendemos que la creación es irreal e imposible, vemos el mundo como algo real como “lo que es del modo que es”. La realidad trascendente es eterna y el mundo no es irreal, sólo los límites y las determinaciones de la mente son falsos. Por tanto, todo esto es la indivisible, indeterminable, informe e innominada consciencia infinita, la autorreflexión de *Brahman* que con sus infinitas formas parece ser el universo con sus ciclos de creación y disolución. No es la mente la que ve

el universo: es el propio *Brahman* quien se conoce a sí mismo como universo y, durante un instante, se manifiesta como tal. La mente que cree ver esto no existe.

Si el mundo como tal no existe, ¿dónde hay un “yo” o un “tú”? Permanece en paz interior y ocúpate de las tareas que van surgiendo en cada momento, sin ninguna deliberación o volición por tu parte. Todo esto no es más que *Brahman*, que sólo es paz. “Yo” y “mundo” son palabras sin sustancia correspondiente. Cuando se comprende la insubstantialidad de estas expresiones, lo que ahora ves como mundo lo realizarás como *Brahman*.

El propio creador Brahmâ no es más que una idea o noción. Lo mismo ocurre con el “yo” o el “ser”. ¡En la correcta o errónea comprensión de estos conceptos, nos jugamos la esclavitud o la liberación! La idea “yo soy” da lugar a la esclavitud y a la autodestrucción. La comprensión “yo no soy” conduce a la liberación. La propia esclavitud y la liberación tampoco son otra cosa que conceptos o ideas. La que es consciente de esas ideas es la consciencia infinita, lo único que realmente es. La idea “yo soy” es la fuente de toda angustia. La ausencia de

tal sentimiento es la perfección (*moksha*). Comprende que lo que llamas “yo” no es más que el “sentimiento del ego” y permanece como consciencia pura.

Cuando brota esa consciencia sin determinaciones, todos los pensamientos determinados desaparecen. En la consciencia pura, que es la perfección o el Señor, no rige la causalidad y por tanto no hay creación ni objetos creados. Cuando faltan los objetos, no hay percepción objetiva, ni el correspondiente sentimiento del ego que percibe esa experiencia. Cuando no hay sentimiento del ego, ¿dónde está el “*samsâra*”? Cuando el “*samsâra*” no existe, sólo queda el ser supremo. En él, el universo existe como la escultura en un bloque de mármol todavía no esculpido. El que contempla el universo de esta forma, sin intervención ninguna de la mente y por consiguiente sin la idea de universo substancial, está contemplando la verdad. Esta visión se conoce como “*nirvâna*^[160]”.

Brahman sólo existe cuando el término “creación” pierde todo su significado, como el océano sólo existe realmente cuando la palabra “ola” carece de significado substancial. La

creación es *Brahman* mismo, porque sólo *Brahman* es consciente de esta “creación”. Cuando el significado del término “creación” se desecha y olvida, aparece el verdadero significado de esta palabra como el eterno *Brahman*. Cuando uno investiga el término *Brahman*, descubre en él todo lo que hay. Cuando se investiga el término “creación”, se descubre a *Brahman*. Pero lo que se conoce con la palabra *Brahman*, es esta consciencia que es fundamento y substrato de todas las ideas y de su percepción. Cuando se comprende claramente esta verdad y se descarta para siempre la dualidad del conocimiento y lo conocido, sólo queda una paz suprema, indescriptible e inexpresable.

Sólo puede concluirse que el mundo es el efecto del ser supremo si se admite el principio de causalidad como real y efectivo. Pero, si no asumimos tal cosa, ¿cómo puede el efecto nacer de la causa? Entre *Brahman* y el universo no hay una relación causal: todo lo que hay aquí sólo es *Brahman*.

Cuando *Brahman*, que es lo único que existe, es contemplado por la ignorancia, se percibe como este universo objetivo. Podríamos decir

que este universo es el cuerpo de *Brahman* o algo similar. Cuando la consciencia infinita se contempla como algo distinto de lo que realmente es, se produce la destrucción del ser o lo que comúnmente llamamos experiencia objetiva. Esta destrucción del ser es, en sentido estricto, la mente. Su verdadera naturaleza es la destrucción u ocultación del autoconocimiento. Aunque esa destrucción del ser es momentánea, se conoce como esta mente que dura un ciclo universal completo.

La existencia objetiva o ideal cesa con el alborar del autoconocimiento o conocimiento del ser, que produce la cesación de todas las ideas. Puesto que esa existencia ideal o nocional es irreal, desaparece por completo cuando se comprende la verdad. Si el mundo existe solamente como una palabra y no como una sustancia real e independiente, ¿cómo puede aceptarse su existencia real? Su existencia independiente es como el agua de un espejismo. ¿Cómo podemos considerarla real? El estado de confusión en el que esa irrealidad parece real, se conoce como mente, que sólo es ignorancia o desconocimiento de la verdad. El conocimiento correcto es el autoconocimiento y la

autorrealización. La profunda comprensión de que el universo no es consciencia pura, sino consciencia en movimiento conocida como mente, produce su inmediata autodestrucción, del mismo modo que la convicción de que el agua del espejismo no es agua real produce la perfecta comprensión del espejismo como tal espejismo.

Cuando se comprende que la mente es inexistente, se ve que el sentimiento del ego y el resto de sus funciones tampoco existen. Sólo existe una cosa: la consciencia infinita. Cuando cesan los pensamientos, se desvanece la falsa noción de mente. No existo yo ni los demás, ni tú ni todos los que nos rodean. Nadie en los tres mundos ha nacido ni ha muerto jamás. No hay unidad ni pluralidad, ni ilusión ni confusión de ninguna clase. Nadie se desarrolla ni perece, todas las cosas, incluso la energía que se manifiesta como deseo o aversión, son tu propio ser.

Cuando uno se ha liberado de todas las tendencias mentales, las palabras del maestro penetran en lo más profundo de nuestro corazón como una flecha atraviesa el tallo del loto. Todo lo que te parece real e incluso lo que te parece irreal, brota en la consciencia infinita y en ella se

disuelve finalmente. Las penitencias y los ritos sagrados sólo son métodos indirectos. ¿Por qué no recurrir al método directo del autoconocimiento?

Sólo hay una consciencia infinita. Este *Brahman* que es consciencia pura se conoce a sí mismo como “*satva*”, es decir como la propia luz de la consciencia sin objeto alguno. El ignorante ve esto mismo y lo llama mundo. Tanto la agitación como la quietud de esta consciencia sólo son ideas en la mente del espectador, la consciencia es eso mismo pero desprovisto de tales ideas. ¡Su realidad está más allá de las palabras!

Finalmente Shikhidhvaja concluyó: Por obra de gracia, he alcanzado el otro lado del *samsâra* y he conseguido todo lo que se puede conseguir. Sólo existe el ser, y yo no deseo ninguna cosa conocida ni ignorada, como tampoco deseo alcanzar ni rechazar nada en absoluto, ni siquiera el puro “*satva*”. Permanezco en un estado incondicionado como el espacio infinito.

Kaca preguntó a su padre: ¿Dónde está la mente para poder renunciar a ella? Los que conocen la mente, dicen que es el yo. La mente no es más que el sentimiento del ego que existe

en tu interior. Esta es la respuesta que obtuvo: En realidad no hay sentimiento del ego. Sólo existe a causa de tu ilusoria ignorancia. ¿Dónde está el ego? ¿Cómo surge en tu interior? ¿En qué consiste? En todos los seres y en todo momento, lo único que hay es consciencia pura. Por consiguiente, el sentimiento del ego no es más que una palabra. Prescinde de ella, y con ella de todas tus limitaciones y condicionamientos psicológicos. Tú eres incondicionado y no estás limitado por el tiempo, el espacio o la causalidad.

El sentimiento del ego es irreal. No tienes que confiar en él, ni puedes tampoco abandonarlo. ¿Cómo puede cogerse o soltarse algo que es irreal? Si el sentimiento del ego es irreal ¿qué son el nacimiento y la muerte? Tú sólo eres la infinita consciencia indivisible, libre de toda ideación, que acompaña y envuelve a todos los seres. Este mundo sólo es visto como una apariencia ilusoria en el estado de ignorancia. Los iluminados lo ven como *Brahman*. Abandona los conceptos de unidad y diversidad y vive feliz y dichoso. No te comportes como el hombre estúpido que sólo sabe sufrir.

Todo lo que existe es consciencia, puro

experienciar no dual y más allá de toda descripción posible. Esta consciencia o experiencia objetiva que surge en el origen de la creación y vuelve a repetirse al final de la vida del cuerpo, sigue produciéndose hasta que aquellos objetos dejan de existir y es lo que se conoce por creación. Como el sueño sólo existe en nuestro corazón, esta creación está en el corazón de la consciencia infinita como causa y efecto de ella misma.

Hay millones y millones de mundos, tantos como *jîvas*. Cuando comprendemos claramente su verdad resulta que no son otra cosa que *Brahman*, pero mientras tanto siguen manifestándose como mundos creados. No son nada ni pertenecen a nadie. Jamás han sido creados realmente. Cada *jîva* experimenta cada uno de estos mundos unido al pensamiento de que ése es su mundo. La mutua relación entre el *jîva* y el mundo confiere realidad a esta ilusión; cuando se comprende la verdad, ambos, el mundo y el *jîva* comprenden que son realidades increadas y, en esa medida, irreales. Lo que es real para el sabio es inconcebible ilusión para el ignorante. Lo que es irreal para el sabio es la verdad más evidente para el *jîva* ignorante.

La consciencia pura aparece como los objetos soñados en un sueño. También los numerosos objetos de los sueños se hacen uno en el sueño profundo. Cuando este mundo soñado aparece en la consciencia, se llama a sí misma creación y cuando entra en el sueño profundo, se conoce como disolución cósmica. Estas semejanzas son de sentido común.

La consciencia tiene la facultad de captar cualquier cosa; los objetos o nociones captados por la consciencia se llaman *samskâras*. Cuando se ha comprendido profundamente que toda noción o *samskâra* sólo es un reflejo en la consciencia, se advierte que estos *samskâras* no son independientes de la consciencia.

La creación sólo era en principio una reflexión en la consciencia infinita y por consiguiente no era diferente a la consciencia misma. *Brahman* sólo se manifiesta como mundo, que no es una cosa nueva e independiente. En este caso la causa es también el efecto. La causa existía antes que el efecto y permanecerá después de que este cese por completo. Esta causa se denomina *samskâra* porque produce la existencia de los efectos.

El *samskâra* es lo que aparece en el sueño

como si hubiera sido conocido anteriormente, pero no se debe a ningún factor externo. Todas las cosas que aparecen en los sueños, vistas anteriormente o desconocidas todavía, existen en la consciencia que brilla con luz propia y experiencia esas cosas como si las hubiera visto antes. Generalmente, se piensa que en el sueño onírico brotan los *samskâras* que se han producido en el estado de vigilia. Los conocedores de la verdad declaran que los *samskâras* no se producen en el estado de vigilia realmente. Del mismo modo que el movimiento surge espontáneamente en el aire, las ideas brotan en la consciencia sin causa alguna. No necesitan ningún *samskâra* para aparecer en la mente, ni en el sueño ni en la vigilia. Cuando la experiencia de miles de cosas brota en la consciencia, hablamos de creación y cuando esos miles de cosas cesan en la consciencia, hablamos de disolución cósmica. La consciencia pura produce esa absoluta diversidad con sus nombres y formas múltiples, sin perder su unidad, igual que cada uno de nosotros produce un mundo durante el sueño sin perder la unidad del yo.

La percepción o experiencia del mundo existe en una partícula atómica de la consciencia

infinita, pero no es diferente de la consciencia, como la reflexión de un espejo es ese mismo espejo. La consciencia infinita no tiene principio ni fin, aunque es llamada creación. Donde existe esa consciencia, hay creación, que no es distinta de aquélla como el cuerpo no es diferente de sus miembros. Tú y yo somos consciencia, el universo es consciencia; cuando comprendemos esto, vemos la creación como una parte integral de la consciencia y por tanto, increada como ella. Yo soy una partícula atómica de esa consciencia y como tal, soy consciencia infinita omnipresente. Por consiguiente, esté donde esté, veo todas las cosas desde ese lugar. Soy una partícula de consciencia y, cuando comprendo esta verdad, también soy consciencia infinita, como una gota de agua siempre es agua.

De este supremo *Brahman* surge la mente con su facultad de pensar e imaginar. Esta mente permanece en *Brahman* como la fragancia en la flor, las olas en el mar o los rayos en el sol. *Brahman*, que es invisible y extremadamente sutil, parece olvidarse a sí mismo y entonces surge la errónea idea de la existencia real de este mundo objetivo. Para el que piensa que los rayos del sol son diferentes del propio sol, dichos rayos

tienen una realidad efectivamente distinta. El que ve un brazalete de oro y piensa que es un brazalete, ve efectivamente el brazalete y no el oro. Pero cuando uno comprende que los rayos del sol no son distintos al propio sol, posee un conocimiento no modificado que se llama *nirvikalpa*. Cuando uno comprende que las olas del océano no son distintas del océano, su conocimiento es *nirvikalpa*, es decir, un conocimiento sin modificación o sin adherencias de construcciones mentales añadidas. Cuando uno comprende que el brazalete no es esencialmente diferente al oro, también tiene un conocimiento de este tipo.

El que contempla la manifestación de las chispas, no comprende que no son más que fuego. Su mente siente alegría o disgusto o cualquier otra emoción, como las chispas que saltan del fuego se dispersan a su alrededor produciendo mil formas efímeras y diferentes. Pero cuando uno ve que las chispas sólo son fuego y no son distintas de él, sólo ve el fuego, y se dice que su conocimiento es *nirvikalpa*, o sea, no modificado o sin forma espacio-temporal. El que está establecido en *nirvikalpa* es un gran hombre. Su conocimiento no es limitado y ha

alcanzado todo lo que es preciso alcanzar. Su corazón no ha sido atrapado por los objetos. Por consiguiente, debes abandonar esta percepción de diversidad u objetividad y permanecer establecido en la consciencia, que es el conocimiento llamado *nirvikalpa*.

Todo lo que contempla el ser, se materializa por el poder inherente de la consciencia. Este pensamiento materializado, brilla como si tuviera una realidad independiente. Por consiguiente, todo lo que la mente contempla, se materializa al instante. Éste es el origen de la diversidad objetiva y por ello el mundo objetivo no es real ni irreal, sino un sueño de *Brahman*, del mismo modo que los seres humanos crean y experimentan diversos objetos durante el sueño onírico. Cuando ese sueño del mundo objetivo se comprende como *Brahman*, su objetividad se disuelve, porque desde el punto de vista absoluto este mundo no existe como una colección de objetos distintos a *Brahman* mismo. *Brahman* siempre es *Brahman* y nada que antes no existiera ya, puede ser creado realmente.

Todo lo que haces no es más que consciencia pura. *Brahman* se manifiesta de este modo, porque no existe nada que no sea él. No hay

espacio para esto o lo otro, si por esto o lo otro entendemos algo distinto de *Brahman*. Por consiguiente debes prescindir de todos los conceptos, incluso de los de esclavitud o liberación, y permanecer en el puro estado carente de ego, ocupado en tu actividad natural.

Brahman es uno y la diversidad del mundo sólo son apariencias que la luz de *Brahman* pone de manifiesto sin intención alguna de hacerlo de este modo. Pero a causa de ello se manifiesta esta diversidad de la experiencia objetiva. *Brahman* es una masa indescriptible de consciencia cósmica. La creación es su auténtico corazón y no es algo distinto a él. Se percibe como creación de un modo misterioso, no de forma real. Teniendo en cuenta que se trata de una creación ilusoria, ¿cómo podemos decir que se disuelve en un determinado momento o que vuelve en otro a aparecer? La creación y la disolución son los miembros de *Brahman*. Estas divisiones sólo surgen en el estado de ignorancia, no en el de conocimiento (*jñâna* o *turîya*). En ningún momento surge nada y en ningún momento desaparece ninguna cosa. La consciencia o verdad suprema es invulnerable a las armas, el fuego, el agua o el viento, pero no es realizada

por aquellos que no la conocen. El universo, que es el corazón de esta verdad suprema, es idéntico a ella, no nace ni muere jamás. La experiencia de la existencia y de la inexistencia surgen con la aparición y la cesación de determinadas ideas. Por consiguiente, esas ideas de ciclo cósmico o disolución cósmica sólo son sonidos sin contenido substancial. Los fantasmas sólo existen y desaparecen en el corazón del que los piensa. Lo que se ve como nacimiento, muerte, dolor, placer, forma y vacío, sólo son miembros de un mismo ser. No hay diferencia entre ellos, como no hay división entre las distintas partes de un árbol. En *Brahman* no hay conocimiento ni ignorancia, está más allá de la esclavitud y la liberación. Comprender y realizar esto, es la verdadera liberación.

Fui testigo de todo esto en el interior del ser que había tomado la forma de lo que yo estaba contemplando. Lo veía todo con el ojo de la consciencia, lo mismo que puedes ver tu cuerpo de la cabeza a los pies con los ojos cerrados. Esta apariencia ilusoria no tiene principio ni fin; es *Brahman* y sólo *Brahman*. En todos esos objetos no hay más que consciencia. Este universo sólo es consciencia. ¿Cómo es posible

sostener entonces que hay incontables mundos que parecen existir en la mente de los ignorantes?

El que ha alcanzado la liberación, ha superado el sistema de castas y todas las leyes referentes al orden social y las recomendaciones y prohibiciones de las escrituras, como cuando un león se escapa de su jaula. Sus acciones no son motivadas ni voluntarias y por tanto, no debe preocuparse por sus culpas o sus méritos. Está más allá del elogio y la censura, no rinde culto a nadie, ni lo recibe, no molesta a otros, ni nadie puede molestarlo a él. Sólo él merece ser honrado, glorificado y adorado. La sabiduría no podemos alcanzarla con ritos y ceremonias, sino honrando debidamente a estos hombres sabios.

El conocimiento limitado es la causa de la esclavitud y la liberación sólo es la ausencia de tales ideas y limitaciones. Por consiguiente, abandona tales ideas. Cuando hay algo en este mundo que te atrae, estás esclavizado a ello, si nada te atrae, eres libre. Hagas lo que hagas y experiencias lo que experiencias, no haces realmente nada ni experiencias nada en absoluto. Comprende esto, y serás libre.

Todas estas ideas existen en la mente.

Somete la mente con la mente, purifica la mente con la mente, ¡destruye la mente con la mente! Los que saben lavar la ropa, quitan la suciedad con otra suciedad. Una espina se saca con otra espina. Hay venenos que sirven de antídoto contra otros venenos. El *jîva* tiene tres formas o cuerpos: la densa (*sthûla*), la sutil (*linga*) y la suprema (*karana*). La forma densa es el cuerpo físico, la forma sutil es la mente con sus ideas y limitaciones. Debes abandonar ambas y recurrir a la forma suprema o causal, que es la pura realidad, la consciencia inmodificada. Éste es el ser cósmico. Después de rechazar con decisión las dos primeras formas, permanece firme en esta última.

Este estado puro y ecuánime, desprovisto de ego y de no ego, que no es real ni irreal, se conoce como *turîya* (el cuarto). Es el estado del sabio liberado. La consciencia testigo que no sufre división ni rotura alguna. Es diferente al estado de sueño y de vigilia, que se caracterizan por el movimiento del pensamiento. También es distinta al sueño profundo, que se caracteriza por la inercia y la ignorancia. Cuando se abandona el sentimiento del ego, brota el estado de perfecto equilibrio en el que *turîya* se manifiesta a sí

mismo.

Lo único que hay es *turîya*, la consciencia inmodificada que existe en soledad. La vigilia, el sueño onírico y el sueño profundo son estados de la mente. Cuando éstos cesan, la mente muere y lo que queda es *satva*, lo que todos los *yoguis* esperan alcanzar.

La conclusión de todas las escrituras es que en realidad no hay ignorancia (*avidyâ*) ni ilusión (*mâyâ*) y sólo existe *Brahman*. Algunos lo denominan vacío, otros consciencia pura, otros el Señor, y suelen polemizar entre ellos con múltiples argumentos. Abandona esas nociones. Permanece en *nirvâna*. sin movimiento mental alguno, con la mente atenuada y la inteligencia en paz, como si fueras sordo, tonto y ciego. Abandona todas las cosas en tu interior, pero ocúpate en el exterior de las tareas adecuadas. La existencia de la mente es la felicidad y la desgracia. No siendo consciente de la mente, deja que estas consideraciones desaparezcan por sí solas. Permanece inafectado por lo atractivo y por lo repulsivo. El *samsâra* puede ser superado con el esfuerzo personal. No siendo consciente del placer ni del dolor, ni siquiera de lo que hay entre ellos dos, superarás el sufrimiento. Por este

pequeño esfuerzo personal alcanzarás el infinito.

Cuando uno comprende la esencia de la verdad que está más allá del *samsâra*, comprende que el individuo no realiza nada en absoluto y el único agente es Dios. Entonces abandona las vanas palabras sin sentido y permanece en un silencio mental e íntimo. Éste es el desapego superior que es la verdadera libertad. Ya ha abandonado toda dependencia, superior e inferior, interna y externa, tangible e intangible, consciente e inconsciente. En ese momento brilla como el espacio mismo, sin soporte y sin límites. Ésta es la libertad suprema. Entonces disfruta la paz y la alegría, la virtud y la pureza, la sabiduría y el autoconocimiento.

El deseo se manifiesta mientras uno cree en la existencia objetiva. Esto es precisamente el *samsâra*: el sentimiento de que los objetos existen y son algo. Su cesación es la liberación o *moksha*. Ésta es la esencia del *jñâna* o sabiduría. El reconocimiento de los objetos da lugar al deseo de poseerlos (o de evitarlos). El no reconocimiento de los objetos pone fin al deseo y cuando el deseo concluye, el *jîva* abandona su autolimitación. Por tanto, un gran hombre debe abandonar todos los pensamientos sobre lo que

ha experimentado y sobre lo que va a experimentar en el futuro. Proclamo con todas mis fuerzas que el mejor estado es el estado libre de pensamientos, carente de conceptos o ideas. Este estado es infinitamente superior al dominio del mundo. Es el estado de no pensamiento que se conoce como yoga. ¡Permanece siempre en ese estado, actuando o sin actuar! Mientras los pensamientos de yo y mío persistan, el sufrimiento no puede cesar. Cuando tales pensamientos han cesado, el sufrimiento se desvanece como una gota de rocío bajo el sol. Después de saber esto, puedes hacer lo que te plazca.

Soy el ser indivisible que posee los poderes de la consciencia y la inconsciencia. El ser inconsciente que se hunde en la consciencia infinita, se hace uno con ella, como el fuego se mezcla con el fuego de forma indiscernible, o como el muñeco de sal se introduce en el mar, abandona su nombre y su forma y se hace uno con el océano, o como el agua se mezcla con el agua o la mantequilla con la mantequilla y se hacen una. Del mismo modo me he fundido yo con la consciencia infinita.

Soy el supremo *Brahman*, eterno, puro, omnipresente, tranquilo, indivisible y libre de todo movimiento, cuyos pensamientos se materializan sin coger ni soltar ninguno de ellos, completamente libre de mérito o de culpa, la fuente del universo y su luz suprema, uno y sin segundo. Así veo y contemplo todo, sin ninguna agitación de la mente. Cuando ha cesado el movimiento de la mente, el ser brilla con su propia luz, en la que se disuelve el sufrimiento y reina la felicidad, que es la experiencia del ser en el ser. Entonces se produce una inmediata percepción de la verdad: No hay nada excepto el ser.